ELIDIA VILLAR



EPISODIO I 1/2

El Renacer Del Mal

El Señor del Sith que fue presentido en el Episodio I amenaza con acabar con toda la Orden Jedi. Obi-Wan Kenobi, Lee-Ahn Dylar y Anakin Skywalker son enviados de vuelta a Naboo en busca de un documento crucial para los Jedi.



Episodio 1½

El renacer del mal

Elidia Villar

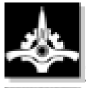


Título original: *El renacer del mal*

Autora: Elidia Villar (AKA Lee-Ahn Dylar, AKA Lady Aldery)

Publicado originalmente en loresdelsith.net

Publicación del original: 2000

25 años antes de la batalla de Yavin

Esta historia es fan fiction, no forma parte oficial de la continuidad

Revisión: …

Maquetación: Bodo-Baas

Versión 1.0

27.04.18

Base LSW v2.22

Declaración

Todo el trabajo de recopilación, revisión y maquetación de este libro ha sido realizado por admiradores de Star Wars y con el único objetivo de compartirlo con otros hispanohablantes.

Star Wars y todos los personajes, nombres y situaciones son marcas registradas y/o propiedad intelectual de Lucasfilm Limited.

Este trabajo se proporciona de forma gratuita para uso particular. Puedes compartirlo bajo tu responsabilidad, siempre y cuando también sea en forma gratuita, y mantengas intacta tanto la información en la página anterior, como reconocimiento a la gente que ha trabajado por este libro, como esta nota para que más gente pueda encontrar el grupo de donde viene. Se prohíbe la venta parcial o total de este material.

Este es un trabajo amateur, no nos dedicamos a esto de manera profesional, o no lo hacemos como parte de nuestro trabajo, ni tampoco esperamos recibir compensación alguna excepto, tal vez, algún agradecimiento si piensas que lo merecemos. Esperamos ofrecer libros y relatos con la mejor calidad posible, si encuentras cualquier error, agradeceremos que nos lo informes para así poder corregirlo.

Este libro digital se encuentra disponible de forma gratuita en Libros Star Wars.

Visítanos en nuestro foro para encontrar la última versión, otros libros y relatos, o para enviar comentarios, críticas o agradecimientos: librosstarwars.com.ar.

¡Que la Fuerza te acompañe!

El grupo de libros Star Wars

ATENCION, SPOILER: En este escrito se revelan tanto el final de Star Wars Episodio I - La Amenaza Fantasma, como el secreto de la Reina Amidala. Quien avisa no es traidor, con lo que no me responsabilizo de lo que pueda provocar el hecho de leer esta historia antes de ver el Episodio I.

La autora

INICIO DE LA AUTORA

¡¡Uchini!!

Bienvenido seas, Lord, Lady, Jedi, Padawan, droide, familia, amigo, enemigo, ¿algo más?… en fin, quien quiera que esté leyendo esta historia… tan sólo gracias por perder un poco de tu tiempo con ella.

Antes de nada me gustaría recordar que quien no tenga una pequeña base sobre Star Wars (personajes, planetas, etc.) y/o no haya visto el Episodio 1 no comprenderá nada de esta historia (probablemente la estará leyendo por compromiso ☺).

«No hace mucho tiempo, en una galaxia que no está muy lejana…

Hubo una vez una niña llamada Eli, que tenía seis años. No era ni buena ni mala, sólo era un poco traviesa (como casi todos). Vivía en un pueblo de Ciudad Real (España) que se llamaba Almadén.

Un día su padre trajo un estuche con tres cintas y le dijo a Eli que tenía que verlas. En la carátula se podía leer: «Trilogía de La Guerra de las Galaxias». Cuando Eli la tomó entre sus manos y comenzó a mirarla, decidió no verlas, puesto que el hombre que aparecía en la portada, con un traje y una máscara negra no le causó muy buena impresión. Así que guardó las cintas en un armario y se fue.

Pero pasaron los días, y Eli no podía resistir a la tentación de ver las cintas de vídeo. Escondidas dentro del armario, parecían llamarla desde su escondrijo, alentándola a que las viese. Y un día ya no pudo más. Una a una, las fue viendo, y cuando acabó la tercera película se quedó con ganas de más. Su padre, desde otro lado de la habitación, se sintió satisfecho porque su pequeña hija hubiera visto la Trilogía de Star Wars y le hubieran encantado (aunque no consiguiera lo mismo con su otra hija).

Desde entonces, su personaje favorito fue el sabio y venerable Obi-Wan «Ben» Kenobi, aunque fue Luke Skywalker quien consiguió metérsela en el bolsillo (y esto duró algunos años). Y, por supuesto, su película preferida de todos los tiempos fue (y es) «El Imperio Contraataca» *(The Empire Strikes Back)*.

Los años pasaron y Eli también creció. Dejó de ser una pequeña y susceptible niña, aunque su afición por Star Wars nunca llegó a apagarse.

Un día, se enteró que George Lucas pensaba crear una precuela, es decir, una serie de tres episodios que serían anteriores al Episodio 4 o «Star Wars: Una Nueva Esperanza». Ya os podéis imaginar lo que sintió Eli al recibir la noticia. Ya no era tan sólo ver una película de Star Wars original en el cine (ya que la Edición Especial también la había visto)… Sino poder sentirse satisfecha de que su generación pudiera disfrutar de ello, pues al haber nacido en el año en que se editó el «Retorno del Jedi» no había muchas posibilidades para ello. También le entusiasmó que en la película apareciese Liam Neeson y que el papel de su personaje preferido, Obi-Wan Kenobi, lo representara Ewan McGregor, uno de sus actores favoritos de todos los tiempos.

Lo único que Eli sintió mucho fue el no poder ir a ver la película el día del estreno. Pero días después su padre y ella (los aficionados a SW de la familia) disfrutaron como

nunca con La Amenaza Fantasma. Y a Eli le entusiasmó tanto que decidió escribir fanfics (historias creadas por un fan) en los que pudiera incluirse ella misma como un nuevo personaje.

El resto, señoras y señores, es historia…»

¿Hace falta que diga que la niñita de la historia soy yo?

Bueno, entonces imagina por un momento (venga, no es tan difícil) que se añade otra persona a la saga galáctica: Lee-Ahn Dylar. Su historia la irás conociendo a lo largo de este Episodio (me he ocupado de no dejar cabos sueltos sobre su vida para que sepáis quién demonios es esa Lee-Ahn). Lo único malo es que la pobre Lee-Ahn está condenada a no pasar del Episodio III. Sobre su físico… tan sólo tienes que imaginártela con mi cara y con unos cuantos años (en este momento, exactamente doce) más (sí, ya se que no es una tarea agradable, pero por que estés un rato con mi cara en tu cabeza no te voy a cobrar el copyright ni nada por el estilo). En el caso de que no me conozcas, haz uso de esa buena imaginación que Dios te ha dado (Eso sí, el físico de Lee-Ahn ya ha sido explicado, con lo que no te salgas de la raya) ☺. Respecto al resto de los protagonistas, tan sólo deberéis ponerle la cara de los actores que protagonizaron el Episodio 1: Liam Neeson, Ewan McGregor (ya deberéis estar hartos de oír de él a través de mis palabras), Natalie Portman… y, en el caso del Anakin Skywalker de dieciséis años (os lo ruego), dejaos de Leonardo DiCaprio y cosas de esas. Con que dejéis a Elijah Wood, Josh Hartnett o a alguno de los de su calaña me basta. (He dicho).

Una cosa, estos signos: //…// indican cuando un Jedi está hablando telepáticamente a través de la Fuerza, no pienses que es que me falta un tornillo o algo así.

No sé para qué te digo nada, si al final vas a acabar haciendo lo que te salga de las narices… menuda forma de gastar papel y tinta. En fin, pasemos al peloteo…

Por su apoyo y su ayuda, me gustaría darle las gracias a las siguientes personas: A todos/as eTOD@Sn la listas de correo por Internet de **Los Lores del Sith** y las **Ladies del Sith** (no me referiré a nadie en especial, aunque ellos/as ya saben quienes son); de Internet a Rafa, mi estimado Padawan, por su apoyo incondicional a la hora de revisar el dialecto de Jar Jar (¡¡¡Misa tá muuuuu agradecida!!!) y a María por escuchar mi obsesión de todos los días con SW. Mi más sincero (literalmente) agradecimiento a Fabiola (Qui-Fabi), Beatriz (Primiiix), Angela, María Luisa (Xenita), mi prima Manoli, mi hermana Ana, y compañía… en resumen, a todos/as mis amigos/as; tan sólo por aguantar las horas que me tiro hablando de Star Wars y demás (os debo un psiquiatra). Ana, siento haberte arrastrado al cine para ver las pelis de Star Wars, de martirizarte todo el día hablando de lo bien que está, y de poner a todas horas la Banda Sonora. Comprendo que yo soy en parte culpable de que a ti no te guste Star Wars. ¡¡Pero la verdad es que no me arrepiento!!

De nuevo, he de agradecer a las personas que me han permitido usar su físico y su personalidad para crear personajes nuevos: Rafa (mi Padawan), quien naturalmente es Ki-Ond Simun; y mi prima Carmen, cuyo físico pertenece a Deiné Y'Sande (pero mayor).

Finalmente, doy las gracias al Hacedor de SW (en este caso el tito George Lucas). Espero que no me guarde rencor por haber tomado prestadas sus creaciones por algún tiempo… No he recibido un duro por esto, tan sólo unas cuantas horas de diversión, así que no me persigáis ni me metáis en líos de Copyright, ¿eh? Todo el Universo Star Wars y sus personajes pertenecen en su totalidad a Lucasfilm Ltd. TM y demás compañías… En otras palabras: Si le conoces, pertenece a George Lucas. Si no le conoces, es de mi propia invención.

Asimismo, si deseas usar alguno de mis personajes (Lee-Ahn, Ki-Ond o Deiné) para escribir un fanfic yo te lo permito, pero si primero me pides permiso, ¿eh?

Como fuentes para escribir este fanfic incluyo tanto libros de SW, historias creadas por fans, etc… y guiños a otras películas.

Lo que está escrito aquí no quiere decir que sea exclusivamente cierto o que, (en otras palabras) forme parte del canon, así que no me deis la lata si pensáis que algo de lo que he escrito es imposible que ocurra. Mi mente es mía, y uso la Fuerza para lo que quiero (no os lo toméis a mal, soy una Jedi muy responsable. Además, es una broma).

Este es mi primer fanfic serio sobre Star Wars (ya que tengo otros, pero son cómicos y de X- Files y Friends). Recordad que sólo tengo 16 años, no soy una experta, así que no seáis demasiado duros conmigo… acepto críticas constructivas a: LuvNoel@oa515.com

Bueno, tan sólo espero que os lo paséis leyéndolo tan bien como me lo pasé yo escribiéndolo y… lo dicho, ¡hasta luego, Lucas! ☺

Que la Fuerza os acompañe.
Eli Villar, alias Lee-Ahn Dylar.

Hace mucho tiempo, en una galaxia lejana, muy lejana…

STAR WARS

EPISODIO 1 ½
EL RENACER DEL MAL

Han pasado siete años desde la Batalla de Naboo. El Caballero Jedi Obi-Wan Kenobi es el Maestro del joven Anakin Skywalker, quien ahora tiene dieciséis años…

Pero no todo son buenos momentos para la República… el malvado Lord Sith Darth Sidious acecha desde la oscuridad para hacerse con el poder de la Galaxia.

Asimismo Lee-Ahn Dylar, ahora Caballero Jedi, debe tener el valor suficiente para hacer frente a su destino…

¿Podrá la Luz vencer a la Oscuridad?

Lee-Ahn, a sus veintiocho años de edad, conservaba aún un aniñado rostro que le hacía parecer más joven de lo que en realidad era. Tenía el cabello castaño y unos ojos marrones que escondían un inicio de tristeza que guardaba desde hacía casi siete años. El pelo lo llevaba suelto sin ningún tipo de adorno. En su cabeza ya no reposaba la trenza Padawan que le fue cortada hace siete años cuando la hicieron Caballero Jedi, justo después de la batalla de Naboo.

Justo después de la muerte de su Maestro Qui-Gon Jinn.

—¿Te ocurre algo, Maestra?

Lee-Ahn apartó la vista de la ventana y miró hacia su Padawan Deiné Y'Sande. Era una niña de aproximadamente catorce años. Tenía el pelo dorado recogido en una coleta y unos profundos ojos color violeta que ahora la miraban fijamente. El cansancio y algo más que Lee-Ahn no pudo interpretar se reflejaba en el rostro de la niña.

—Nada de lo que te debas preocupar, joven Padawan. Tan sólo… pensaba.

—Yo suelo acordarme a menudo de Corellia, el lugar del cual provengo —intervino la niña, agachando tímidamente la mirada hacia sus botas—. Hace mucho que no veo a mi familia y les echo de menos, sobre todo por las noches, cuando no estoy entrenando.

—Supongo que debemos encontrar pronto una solución a ese problema, Deiné. —Lee-Ahn miró un holo-reloj que reposaba sobre una mesa de la reducida habitación—. Ahora te recomiendo que vayas a tu habitación y medites sobre lo que has aprendido hoy. El entrenamiento ha acabado por hoy.

—Sí, Maestra —dijo serenamente Deiné, y sin añadir alguna otra palabra se marchó de la habitación.

Lee-Ahn la vio marchar en silencio, y luego murmuró en voz baja:

—Desde luego, a su edad yo no era tan callada. —Sonrió al recordar su años de Padawan.

—Bueno, la verdad es que tú nunca fuiste callada a ninguna edad. —Una voz se oyó en el fondo de la habitación, lo que provocó que Lee-Ahn volviera la cabeza en señal de alerta. Estaba tan retraída en sus pensamientos que no había sentido la presencia de ninguna persona en la habitación.

—Obi-Wan, si no fuera porque el Código lo prohibe, ahora mismo me gustaría estrangularte por el susto que me acabas de dar —sonrió Lee-Ahn.

—¡Usa la Fuerza, Lee-Ahn!

—No me tientes…

Obi-Wan Kenobi. Su imponente presencia llenaba toda la habitación, lo que hacía que Lee-Ahn se estremeciese poco a poco. Lee-Ahn conocía a Obi-Wan desde que ella tenía nueve años, cuando el Maestro Qui-Gon decidió tomarle como segundo Padawan (única excepción que ha hecho el Consejo Jedi y que jamás se ha vuelto a repetir) a su cargo. Al principio Qui-Gon rehuía la idea de tener que entrenar a otro Padawan después de la

reciente caída de Xanatos en el Lado Oscuro de la Fuerza, pero Lee-Ahn le persuadió para que se atreviese a volver a hacerlo.

Desde entonces Obi-Wan y Lee-Ahn habían sido muy buenos amigos. Secretamente, Lee-Ahn había comenzado a sentir una especie de atracción hacia este joven Jedi de pelo castaño claro y preciosos ojos verdosos que ahora mismo se encontraba frente a ella. Pero eso era algo de lo que nadie podría enterarse, pues seguramente Obi-Wan no compartía sus sentimientos.

—¿Cómo está Anakin?

—Bien —dijo secamente Obi-Wan.

—¿Tan sólo «bien»? Obi, no intentes ocultarme nada, puedo sentirlo a través de la Fuerza.

Obi-Wan sonrió y sus ojos verdosos chispearon.

—Ese es el único defecto que tienes, Lee-Ahn. Hemos pasado demasiado tiempo juntos y nuestro vínculo se ha abierto demasiado.

Lee-Ahn le rozó levemente la mano, y ambos se sentaron.

—Por favor, no me cambies de tema, Obi. Cuéntame qué es lo que te preocupa.

De repente, Obi-Wan se puso serio.

—Es algo extraño que siento en él, Lee-Ahn, algo…

—¿Esquivo? —Lee-Ahn sonrió abiertamente y Obi-Wan le propinó un pequeño golpe en el brazo.

—No, no… tan sólo es que presiento que no es capaz de controlar su furia. Justamente el otro día se peleó con otro Padawan en el jardín de entrenamiento. Creo que el Maestro Qui-Gon no hizo bien al encomendarme su entrenamiento, Lee-Ahn, esto se me está yendo de las manos…

Al oír pronunciar el nombre de Qui-Gon, Lee-Ahn no pudo evitar mostrar una leve mueca de tristeza.

—Qui-Gon confiaba en ti, y sabía que tú eras el más indicado para entrenar a Anakin. Tan solo estás nervioso porque es el primer Padawan que entrenas…

—No es eso, me refiero a que si Anakin no es capaz de controlar su furia va a encaminarse por un sendero muy peligroso. —Obi-Wan apartó la vista y miró a través de la ventana, donde ya era de noche.

Ambos permanecieron en silencio durante unos minutos. Lee-Ahn intentó entrar en la mente de Obi-Wan a través de la Fuerza para conocer cuáles eran sus pensamientos, pero no lo consiguió. Obi-Wan poseía una gran fuerza mental, y no le permitía que se adentrase ni siquiera en lo que estaba pensando.

Lee-Ahn buscó la mirada de Obi-Wan, pero éste luchaba por no apartar la vista de la ventana.

—¿Vas a pedir una reunión con el Consejo?

—No lo sé. —Lee-Ahn se levantó de la silla y se puso el manto con capucha marrón que todo Jedi poseía. Obi-Wan alzó la vista y miró a Lee-Ahn a los ojos—. ¿Tú crees que seré capaz de afrontarlo?

—Obi-Wan Kenobi, el hecho de que me preguntes eso demuestra lo poco que te conoces a ti mismo.

Ambos rieron suavemente, y Lee-Ahn se alegró de que por fin la tensión que llenaba la habitación hace un momento se iba disipando poco a poco.

—¡Maestro Obi-Wan! —Anakin Skywalker apareció por la puerta, e hizo una leve reverencia a los dos Jedi. El niño que Lee-Ahn había conocido años antes iba madurando poco a poco y ahora era incluso más alto que ella, casi como Obi-Wan. Su pelo rubio y sus ojos azules le daban un aire angelical que no se comparaba con la descripción que Obi-Wan había dado de él momentos antes.

—Padawan, ¿no te he enseñado educación? ¡Debes recordar que ese comportamiento no será admitido por el Consejo el día en que tomes las pruebas! —el hecho de que Obi-Wan se hubiese puesto tan serio de repente provocó que Lee-Ahn no pudiese evitar sonreír ante la escena. Anakin la miró y ella le guiñó un ojo con complicidad.

—Lo siento, Maestro, no volverá a ocurrir… Hola, Lee-Ahn.

—Precisamente eso fue lo mismo que me prometiste la última vez que ocurrió, Anakin. Quizá la próxima vez deba castigarte con una hora más de entrenamiento… —el rostro de Anakin palideció por momentos y Lee-Ahn comenzó a reír abiertamente.

—¡Obi-Wan, pero si sólo es un niño!

La cara de Anakin volvió a cambiar de color, esta vez enrojeciendo.

—¡NO soy un niño! ¡Ya tengo dieciséis años! —Ahora eran Obi-Wan y Lee-Ahn los que reían a carcajadas.

—Recuérdame que te cuente eso la próxima vez que me digas que eres demasiado joven para realizar ejercicios más complicados…

—¡Maestro, por favor! ¡Esa no es la razón por la que he venido hasta aquí! ¡¡Deiné Y'Sande no se encuentra bien!!

Lee-Ahn dejó de reír inmediatamente y miró con un gesto de sorpresa a Anakin.

—¿Deiné? Anakin, ¿qué le pasa?, ¿está enferma?

—No lo sé, Lee-Ahn. El Maestro Yoda me ha enviado para que te llame.

—Vete, Lee-Ahn. Tu Padawan te necesita —le urgió Obi-Wan.



Sin ni siquiera despedirse, Lee-Ahn emprendió una carrera hacia la enfermería. Como pudo, consiguió dar con la habitación en la que se encontraba Deiné e irrumpió en ella sin llamar a la puerta. Todos los presentes apartaron la vista hacia ella.

—Calmarte debes, antes de empezar a hablar, joven Jedi —señaló el viejo Maestro Yoda.

—Lo siento, Maestro.

—Demasiado precipitada has entrado. Maneras de un Jedi esas no son.

Lee-Ahn enrojeció levemente. Junto a ella se encontraba la Maestra Yaddle (que había sido Maestra de Lee-Ahn antes de que Qui-Gon pudiese entrenarla) y, tumbada en una cama, estaba Deiné.

—¿Se encuentra bien, Maestro?

—Sufrió un desmayo esta tarde, Lee-Ahn —comentó Yaddle con su baja voz—. Ahora mismo intentamos controlarle la fiebre… Como respuesta a tu pregunta, te diré que se encuentra en mejor estado que como la encontramos. El joven Anakin tardó bastante en avistarte.

—Hablar sobre el joven debemos, Lee-Ahn —dijo Yoda, tras masticar su vara de gímer—. Mucha furia hay en él, Obi-Wan ya se ha dado cuenta.

—Aprenderá a controlarla, Maestro. Él es el Elegido…

—Bastante confusa esa teoría es. Qui-Gon Jinn dejó que sus sentimientos hablasen por él. Perjudicarle, eso le provocó.

—¿Qué quiere decir con eso, Maestro?

—Será mejor que habléis en otro momento —dijo Yaddle—. La joven Deiné debe descansar. Mejor será que la dejemos sola.

Yoda y Lee-Ahn asintieron y ambos salieron de la habitación.

—Deberás acudir mañana urgentemente al Consejo Jedi para una nueva misión, Lee-Ahn. Recordárselo a Obi-Wan Kenobi has de.

—¿Una nueva misión, Maestro Yoda? ¿Y qué va a ser de mi aprendiz?

—Cuidar de ella deberemos. Anakin Skywalker con vosotros irá.

Lee-Ahn iba a responder, pero optó por hacer caso de las sabias palabras del anciano Maestro Jedi.

—Sí, Maestro.

—Entonces vete en paz, y que la Fuerza te acompañe. —El viejo Maestro Jedi se dio la vuelta lentamente y comenzó a andar apoyado en su vara de gímer.

Lee-Ahn estaba muy confusa. ¿Adónde y para qué tendrían que comenzar una nueva misión? ¿Por qué era tan importante que Anakin les acompañase? Y lo más extraño de todo… ¿qué querría decir Yoda con respecto a Qui-Gon?

—Aparta tantas preguntas de tu mente y descansa, joven Lee-Ahn —le sugirió Yaddle, adivinando sus pensamientos—. Todas ellas serán respondidas en el lugar y momento adecuados.

—Pero… —dijo Lee-Ahn—. ¿Qué quería decir el Maestro Yoda con que los sentimientos de Qui-Gon perjudicaron su decisión?

—Ése es un secreto que tan sólo Yoda y Mace Windu conocen. Te será revelada a su tiempo. Ahora vete, mañana os espera un día duro a Obi-Wan y a ti.

Lee-Ahn sonrió. Incluso ahora, que ella era una Caballero Jedi, Yaddle la seguía tratando como a esa niña que en su día fue una Padawan llena de preguntas y de comentarios hacia su Maestra.

—Sí, Maestra Yaddle —y dicho esto, Lee-Ahn se marchó.



Volvió a verlo otra vez. Una figura negra emergía de la oscuridad. De repente todo se volvió oscuro y Lee-Ahn no pudo asegurar la forma del extraño que se encontraba frente a ella. Su respiración la estaba volviendo loca, quería taparse los oídos, pero parecía que el sonido se encontraba más en su cerebro que en la propia realidad.

Entonces sintió el Lado Oscuro. Envolvía el lugar y Lee-Ahn sintió miedo por primera vez. Pero no, no podía dejar que la Oscuridad la envolviese a ella también. Puso la mano sobre su cadera, buscando su sable de luz, pero no lo encontró. No lo tenía, lo cual era extraño después de todo.

—No hay nada que pueda evitar mi surgimiento, Lee-Ahn Dylar. —Una voz metálica inundó la habitación y Lee-Ahn no pudo moverse. Intentó hablar, pero de su garganta no salían las palabras.

//¿Quién eres?// preguntó Lee-Ahn a través de la Fuerza.

El extraño se rió, y Lee-Ahn abrió los ojos al reconocer algo familiar en esa risa. De repente, comenzó a quitarse el casco que le tapaba la cara.

Lee-Ahn intentó gritar. Las lágrimas brotaban de su rostro al reconocer la deformada cara del extraño. No, no podía ser él. No después de todo lo que había ocurrido. No, no después de todo lo que había sufrido por él.

Una resonante risa inundó la habitación y la brillante hoja de un sable de luz rojo se abalanzó sobre ella.



Lee-Ahn se despertó llorando, gritando. Buscó a Deiné en la habitación de al lado, pero no la encontró. Lentamente, comenzó a recordar. Recordó los sucesos del día anterior; la regañina a Anakin, la enfermedad de Deiné, las palabras del Maestro Yoda y la Maestra Yaddle…

«Perjudicarle, eso le provocó».

«Es algo extraño que siento en él…».

«Un secreto que sólo Yoda y Mace Windu conocen».

«No es capaz de controlar su furia».

«Anakin Skywalker con vosotros irá».

«¡NO soy un niño!».

«Urgentemente».

«Un secreto, un secreto, un secreto…».

Se levantó de la cama y se vistió lentamente. Fuera, los primeros rayos de luz comenzaban a colorear de dorado los cristales de los edificios en Coruscant.

Intentó recomponer las partes de la pesadilla, pero no fue capaz de enfocar la cara del extraño vestido de negro. Era un Sith, sin duda… ¿pero por qué Lee-Ahn parecía tan afectada por la revelada personalidad del desconocido? ¿Por qué sentía un

estremecimiento tan grande cada vez que recuerda el sable de luz de color rojo atravesándola? Intentó quitarle importancia al asunto, diciéndose a sí misma que esa escena podría ser perfectamente el recuerdo de la muerte de Qui-Gon, que aún no había superado.

Pero no podía ser eso. La Fuerza, de alguna manera, le estaba susurrando al oído que precisamente ese sueño le estaba contando la causa de su verdadera muerte. Quizá no en este planeta, definitivamente no ahora; pero alguna vez ocurriría…

Y Lee-Ahn Dylar sintió miedo.

—Maestro, ¿por qué nunca estás aquí cuando te necesito? —preguntó a la nada, pero nadie le contestó.



—Lee-Ahn, ¿para qué crees que nos habrá convocado el Consejo Jedi? ¿Acaso pediste tú una reunión para hablar sobre el tema de Anakin?

—No. El Maestro Yoda me dijo ayer que nos va a enviar a una nueva misión; a Anakin, a ti y a mi. No me dijo cuándo, ni dónde ni para qué. Aunque la verdad, yo tampoco me molesté en preguntarle…

Obi-Wan y Lee-Ahn se encaminaron por los pasillos que llevaban a la sala del Consejo Jedi. A su alrededor caminaban Caballeros, Maestros y algunos Padawan, ajenos a la conversación que Obi-Wan mantenía con Lee-Ahn.

—A propósito, ¿cómo está Deiné?

—Va mejorando poco a poco —contestó Lee-Ahn, sin adentrarse demasiado en detalles—. Por fin consiguieron bajarle la fiebre y ahora deberá guardar reposo durante varios días.

—¿Y cuál fue la causa de su enfermedad?

—Probablemente, según me explicaron los médicos, la causa ha sido un virus que Deiné ha ido incubando desde la última vez que visitamos Corellia. El hecho de por qué yo no lo he contraído es que este virus tan sólo afecta a niños y ancianos.

—Ya veo… pobre Deiné, siempre la he considerado una buena chica.

—Y una Padawan excelente. Será una estupenda Jedi, de eso estoy segura.

—¿Aunque su nivel de midiclorianos no sea tan excesivamente alto como el de Anakin?

—Obi, no empieces… —sonrió Lee-Ahn, y ambos subieron al ascensor que les llevaría a la planta donde se encontraba el Consejo.

Los dos se quedaron callados, y el silencio llenó el ascensor. De repente, Obi-Wan se dio la vuelta y dijo preocupadamente:

—Sin duda, el tema de Anakin va a salir a relucir.

—Sí, eso es algo inevitable, ya que tu lo habías comentado con el Maestro Yoda… Aunque yo también necesito algunas respuestas —dijo pensativamente Lee-Ahn.

El rostro de Obi-Wan presentaba claros signos de extrañeza.

—¿Respuestas? ¿Sobre qué?

Lee-Ahn sonrió y se dijo a sí misma que esta vez Yoda no impondría excusas ante las preguntas que le iba a hacer.

—Todo a su momento, Obi-Wan… Todo a su momento.



—La razón por la que os hemos hecho llamar, Jedi Kenobi y Jedi Dylar, es porque hemos decidido que os vamos a enviar a una nueva misión al planeta de Naboo —dijo Mace Windu fríamente mirando a los dos Caballeros Jedi de pie en medio de la sala.

El simple nombramiento del planeta de Naboo hizo que Lee-Ahn sintiera un estremecimiento. Ella ya había estado en Naboo durante la batalla con la Federación de Comercio, y lentamente una serie de imágenes flotaron por su mente.

Recordó a la Reina Amidala (a la cual Anakin echaba terriblemente de menos), a Jar Jar, al jefe Nass, a Sio Bibble, al capitán Panaka, al ahora Canciller Palpatine…

Pero también recordó la batalla, el Oscuro Lord del Sith, el duelo, la sangre, los gritos… la muerte del Maestro Qui-Gon…

—Comprendemos vuestra reacción al oír de nuevo nombrar a ese planeta. —Lee-Ahn se dio cuenta de que habían leído sus pensamientos, y no se extrañó al comprobar que Obi-Wan estaba pensando exactamente en lo mismo que ella—. Pero la Reina Amidala en persona ha pedido vuestra presencia que debe ser efectiva en el plazo de un día —dijo Ki-Adi-Mundi, a la vez que el Maestro Yoda y Mace Windu asentían en señal de aprobación.

Lee-Ahn miró súbitamente a los miembros del Consejo.

—¿Mañana? ¿Y qué va a ser de mi Padawan? ¡Está enferma!

—Tranquilizarte debes, Lee-Ahn —dijo Yoda serenamente—. De su entrenamiento, yo mismo me encargaré.

—Casi pareces hija de Qui-Gon Jinn —añadió pensativamente Mace Windu—. Te comportas de la misma manera que él, y tienes sus mismas reacciones… Realmente se nota que ha sido él quien te ha criado…

Todo el mundo en la sala comenzó a reír débilmente, incluso Obi-Wan, quien dulcemente le propinó un leve empujón a su amiga.

Era cierto que Qui-Gon había sido quien crió a Lee-Ahn como si fuera su hija. Cuando sus padres, dos notables Caballeros Jedi, habían sido asesinados por unos cazadores de recompensas durante una emboscada en su planeta natal de Dantooine, Lee-Ahn Dylar, una pequeña niña de dos años, fue entregada al entonces recién nombrado Caballero Jedi Qui-Gon Jinn. Éste, al percibir la Fuerza que se encontraba en el interior de Lee-Ahn, decidió llevársela consigo al Templo de Coruscant y realizarle las pruebas para continuar un posterior entrenamiento como Padawan que sus padres ya habían iniciado por su cuenta. El Consejo dio el sí casi inmediatamente y Lee-Ahn fue entrenada durante nueve años por la Maestra Yaddle, aunque Qui-Gon siguió ocupándose de ella

como su hipotética hija, a raíz de la promesa que le había hecho a Drysalda y Jay-Bel Dylar, padres de Lee-Ahn. Cuando Yaddle comenzó a estar en el Consejo todo el tiempo, Lee-Ahn fue concedida a Qui-Gon Jinn, Maestro Jedi de Obi-Wan Kenobi por petición expresa de la misma Lee-Ahn. Al principio, el Consejo denegó la petición de que Qui-Gon entrenase a dos Padawan a la vez. Nunca jamás se había hecho así, y se pensó en todas las posibles opciones para entrenar a la joven Lee-Ahn. Debido a que ninguna de ellas resultaba la más adecuada, el viejo Maestro Yoda fue (muy a pesar suyo) quien finalmente opinó que Qui-Gon era el más indicado para entrenar a la pequeña Lee-Ahn Dylar. Jamás se volvió a repetir dicha excepción, con lo cual Lee-Ahn se consideró privilegiada por ello.

Desde entonces Lee-Ahn había estado junto a Qui-Gon hasta que el Sith oscuro le arrebató la vida sin que se pudiese hacer nada para evitarlo, y Obi-Wan contemplando horrorizado la escena detrás del rojizo campo de fuerza que los separaba.

Y después llegó la ira, el miedo, la venganza… Lee-Ahn nunca había sentido tan de cerca el Lado Oscuro hasta ese momento.

Entonces tuvo la visión. La figura negra extendiendo su mano hacia ella. Lee-Ahn sintió pánico, y Obi-Wan le gritó que no dejase que el Lado Oscuro la envolviese, que retirase ese pensamiento de su mente. Lee-Ahn le contestó con algo que jamás en su vida sería capaz de olvidar…

—Obi-Wan, no lo entiendes… lo que he visto no es el presente… ¡es el futuro!

Y a partir de ahí comenzaron las pesadillas. El oscuro desconocido le hablaba, le hacía señas, la mataba… Y, de alguna manera, Lee-Ahn conocía a ese ser.

De alguna manera, todo lo que estaba soñando podría llegar a ser realidad…



—… Pero esa no es la cuestión por la que os hemos llamado. —Mace Windu se inclinó hacia delante, y apoyó las manos sobre su mentón.

Tan sólo habían pasado unos segundos, y Lee-Ahn aún permanecía en medio de la sala del Consejo Jedi, junto a su amigo Obi-Wan. Tuvo que hacer un esfuerzo para no seguir pensando y atender a las palabras del Maestro Windu.

—Hace poco pudimos percibir la extraña presencia de un Sith en los alrededores de Coruscant. No podríamos especificar el porqué ni quién podría ser ese misterioso ser… sin embargo creemos que es el Maestro del Sith que eliminamos en Naboo hace siete años y que ha vuelto con sed de venganza…

—¡Entonces el Sith al que destruimos era el aprendiz! —Obi-Wan parecía realmente nervioso.

—Exactamente, Jedi Kenobi… La cuestión por la que debéis ir es porque pensamos que la estancia en Naboo le será más adecuada al joven Skywalker que en cualquier otro lugar. De este modo, no hará preguntas.

—En cualquier caso —añadió Ki-Adi-Mundi—, si se produjese un nuevo enfrentamiento con el Lord del Sith, enviaremos un ejército de Caballeros Jedi para salvaguardar la paz en la galaxia…

—¿Y qué tiene que ver Anakin en todo esto? —preguntó súbitamente Obi-Wan, aunque ya sabía de antemano la respuesta.

—Tu Padawan él es, y continuado debe ser su entrenamiento… —dijo Yoda severamente—. Pero peligrosa su presencia sería, pues, si Anakin estuviese solo…

—No lo entiendo, Maestro. ¿Por qué sería peligrosa su presencia?

—Porque el Lord del Sith ya lo sabe, Obi-Wan…

—¿Saber el qué?

—Que Anakin el Elegido es.



Una vez que todos habían salido de la sala, Lee-Ahn corrió detrás del Maestro Windu y del Maestro Yoda, quienes hablaban animadamente en el jardín de entrenamiento en la planta baja del edificio.

Lee-Ahn sabía que estarían allí, lo había presentido por la Fuerza. No había hablado con Obi-Wan, y por un momento se sintió culpable por no hacerlo. Pero lo que tenía que preguntarle a los Jedi que se encontraban frente a ella debería hacerlo ahora o si no se arrepentiría durante toda su vida.

Cuando Mace Windu y Yoda se volvieron a mirarla, Lee-Ahn hizo una leve reverencia.

—Maestro Windu. Maestro Yoda… necesito que me contestéis unas preguntas.

Yoda la miró de tal manera que ella supo que sin duda él ya sabía cuál iba a ser su pregunta.

—De acuerdo, Lee-Ahn, vamos a sentarnos a ese banco y luego nos preguntarás qué es lo que tanto te preocupa.

Los tres se sentaron en un banco que se encontraba a unos pasos frente a ellos. El ambiente que se respiraba, a parte de la inevitable tensión a causa de la pregunta de Lee-Ahn era el de la más perfecta armonía con la naturaleza. A Lee-Ahn siempre le había gustado ese lugar, tan lleno de vida y de luz.

—Y bien, Lee-Ahn… —Mace Windu captó la atención de la joven Jedi, y Lee-Ahn se volvió para mirarle—. ¿Qué era eso tan importante que nos tenías que preguntar?

Lee-Ahn inspiró lentamente, cerró los ojos, y dejó que la Fuerza la guiara en la mejor forma de formular esa pregunta que le preocupaba desde el día anterior.

—Yo… ayer el Maestro Yoda me dijo que los sentimientos del Maestro Qui-Gon habían influido notablemente a la hora de decidir que Anakin debía ser entrenado y que más tarde acabaron perjudicándole… Mi pregunta es, ¿a qué sentimientos se refiere?

Lee-Ahn abrió los ojos y contempló a los dos Maestros Jedi compartir una mirada cómplice. A Lee-Ahn no le hizo falta el uso de la Fuerza para darse cuenta que los dos sabían algo.

—Qui-Gon siempre ha sido como un padre para mi, y si hubo alguna razón que influyó de alguna manera en su muerte, creo que tengo el derecho a saberlo.

Yoda comenzó a mordisquear su vara de gímer y Mace Windu suspiró profundamente.

—Creo que ya es hora de que lo sepa, Yoda. Tarde o temprano acabaría averiguándolo.

—Demasiado fuerte, ella es. ¿Debes saberlo, tú crees?

Lee-Ahn no supo qué decir. Por una parte quería averiguar el porqué de tanto misterio, pero por otra prefería no escuchar lo que se cernía sobre la persona a la que más había admirado durante toda su vida.

—Creo que… seré capaz de afrontarlo.

—De acuerdo entonces, pero esto lo deberás averiguar tú sola. —Mace Windu le hizo una indicación para que se sentase enfrente de ellos, y Lee-Ahn le obedeció.

—¿Qué quiere decir con que debo averiguarlo sola?

—Cerrar los ojos debes… Contarnos lo que ves, entonces nos dirás.

Lee-Ahn se acordó del día en que la probaron para ser entrenada como Padawan y del día en que tomó las pruebas para ser Caballero Jedi. Cerró los ojos y se dejó llevar por la Fuerza.

—Debes enfocar tu mente en el pasado, hace dieciséis años —le recomendó Mace Windu—. ¿Qué ves?

Lee-Ahn asintió en silencio y comenzó a visionar primero borrosamente una imagen. Era un planeta que de alguna manera ella conocía, incluso podía sentir el viento rozándole la cara y la luz cegándole los ojos. Luego la imagen se tornó más nítida y vio la arena que parecía ocupar todo el espacio. Vio dos soles gemelos lucir en lo más alto del cielo, y al fondo, vio una ciudad.

—Tatooine —dijo Lee-Ahn en voz baja—. Estoy en Tatooine… y la ciudad que veo al fondo debe de ser Mos Espa.

—Haces bien en dejarte llevar por tus instintos, Lee-Ahn —sonrió Mace Windu—. Dime, ¿qué ves ahora?

—Veo… una casa… me resulta muy familiar…

—¿Has estado allí antes?

—No. Es decir, no lo sé… ¿He estado ahí, Maestro?

—Lee-Ahn, la respuesta a esa pregunta sólo tú la conoces.

Lee-Ahn intentó formular la pregunta en silencio y la Fuerza le dio la respuesta a través de sus pensamientos.

—No, nunca he estado allí. Pero gente a la que conozco sí que lo ha hecho.

—¿Qué tipo de gente?

—… Gente a la que no veo desde hace mucho tiempo. —Lee-Ahn se concentró y poco a poco fue recibiendo los nombres—. Jar Jar Binks, Pad… es decir, la Reina Amidala, R2D2…

—¿Te dicen algo esos nombres?

—¡Es la casa de Shmi Skywalker! Pero ahora está vacía, Anakin no está dentro… es más, creo que aún ni siquiera ha nacido…

—Concentrarte más debes, joven Jedi… la respuesta a tu pregunta pronto la encontrarás…

Lee-Ahn siguió mirando a través de la imagen… y entonces vio a Qui-Gon Jinn salir de la casa. En su cara se dibujaba un asomo de tristeza, y sin mirar atrás se fue del lugar. De repente, la imagen se tornó de negro… pero Lee-Ahn ya sabía la respuesta. Abrió los ojos y la confusión inundó su mirada.

—¡Qui-Gon es el padre de Anakin!



—Pero… ¿por qué no lo sabía? ¿Por qué Shmi no le reconoció cuando volvió a Tatooine? ¿Y qué tiene que ver todo esto con la muerte de Qui-Gon?

—Todo a su tiempo deberá ser, Lee-Ahn… —comentó Yoda, conciliador—. ¡Muchas preguntas son para un tiempo tan escaso!

—¡Pero necesito saber!

—De acuerdo, Lee-Ahn, yo te lo explicaré… —dijo Mace Windu, y se recostó débilmente sobre el respaldo del banco en el que estaba sentado—. Hace dieciséis años aproximadamente, Qui-Gon fue enviado a una misión a Tatooine. Seguramente tú te acordarás porque durante ese tiempo Obi-Wan y tú estuvisteis entrenando con Yoda y con la Maestra Yaddle…

—Sí, por supuesto que me acuerdo. Por un tiempo se llegó incluso a comentar que Qui-Gon nunca más volvería a Coruscant para finalizar nuestro entrenamiento, y yo nunca supe la razón…

—La razón, que creo que ahora comprenderás, fue que durante su estancia en Tatooine conoció a una joven esclava llamada Shmi Skywalker. Los detalles no podría contártelos ahora mismo, pero Qui-Gon llegó incluso a pensar en dejar de ser un Caballero Jedi para quedarse con Shmi en Tatooine y llevarte con él cuando tú hubieses finalizado tu entrenamiento como Padawan… Sí, ya sé que esa es una postura muy egoísta, pero conseguimos disuadirle, y él finalmente accedió a abandonar Tatooine y con ello a Shmi Skywalker.

—… Aún no me has contestado el porqué de que ella no le recordara cuando años más tarde él volvió a Tatooine.

—Los Jedi somos capaces de, con el debido uso de la Fuerza, hacer que las personas puedan olvidar ciertos capítulos de su vida. Siempre habíamos usado este método en casos extremos, y sin duda este era uno de ellos… Qui-Gon hizo posible que Shmi

olvidara todo lo relativo a su presencia durante esos días… Lo que no se esperaba fue cuando, meses después, descubrió que Shmi Skywalker estaba embarazada y que el hijo era suyo.

—Entonces esa es la razón por la que Shmi no pudo explicar el porqué de la inexistencia de un padre a la hora de concebir un hijo…

—Precisamente. Os contamos que había sido concebido a partir de los midiclorianos porque Anakin estaba presente; y no considerábamos oportuno revelar la verdad sin la petición expresa de Qui-Gon.

—Entonces, el empeño de Qui-Gon de llevarse a Anakin de Tatooine y entrenarle él mismo era por el hecho de que era su hijo, a parte del nivel de midiclorianos…

—Sí, Lee-Ahn, pero no podíamos permitir que le entrenase. La ira es muy fuerte en él, como te habrás dado cuenta. Además, ya era demasiado mayor como para ser entrenado; y no podíamos permitir que entrenase a un tercer Padawan cuando el entrenamiento de dos a la vez ya está prohibido por el código…

—¿Y qué tiene que ve todo esto con su muerte, Maestro?

—La respuesta es muy simple, Lee-Ahn. El Lord del Sith ya debía de conocer la existencia de Anakin, y si no fuera porque Qui-Gon se empeñó en entrenarlo y llevárselo consigo a Naboo ahora mismo seguiría vivo.

—No lo entiendo. Yo siempre creí que murió por otra causa…

Yoda y Windu sonrieron débilmente. Lee-Ahn parecía confundida, pero sin duda había comprendido toda la verdad acerca de Qui-Gon Jinn y, con el tiempo, acabaría asumiéndola y aceptándola. De repente, el semblante de Mace Windu se tornó serio.

—Ahora que conoces toda la verdad sobre el padre de Anakin, debemos rogarte que mantengas esta revelación en secreto…

—Por supuesto, Maestro.

Todos quedaron en silencio. Lee-Ahn recapacitaba sobre la historia que acababa de oír; Mace Windu estaba con los ojos cerrados y parecía que meditaba. Yoda, por su parte, aún seguía masticando tranquilamente su vara de gímer como si nada hubiese ocurrido.

De repente, se oyó un murmullo a sus espaldas. Los tres se volvieron y vieron a Obi-Wan Kenobi permanecer junto a la puerta de entrada al jardín. Pálido y paralizado ante la historia que acababa de oír.



Horas más tarde Obi-Wan se encontraba en las habitaciones de Lee-Ahn. Después de haberse enterado de la historia de Qui-Gon había hablado muy poco, apenas algún escaso monosílabo.

—Obi-Wan… Obi. —Lee-Ahn intentó llamar la atención de su amigo, pero éste seguía en posición de meditación, sentado en el suelo junto a la ventana—. No le des más vueltas, es algo que ocurrió y ya no se puede evitar. ¿Hizo mal en no contárnoslo?

Quizás, pero Qui-Gon fue siempre muy libre de hacer lo que pensaba que sería más adecuado para nosotros… no entiendo por qué te afecta tanto.

—No estaba pensando en eso, Lee-Ahn. Estaba recordando la muerte de nuestro Maestro.

Obi-Wan abrió los ojos y miró a Lee-Ahn. El rostro del joven estaba cruzado con una mueca de dolor y sus ojos estaban empañados de lágrimas. A Lee-Ahn se le partió el corazón ante tal escena. Ella siempre había pensado que Obi-Wan era mucho más fuerte que ella, que había afrontado la muerte de su Maestro de una manera más rápida… Lentamente, se agachó al lado de Obi-Wan y le acarició el pelo. Obi-Wan cerró los ojos y se dejó abrazar por su amiga.

—No estás solo, Obi-Wan Kenobi.

—Lo siento mucho, Lee-Ahn… Lo siento tanto… —Entonces Lee-Ahn comprendió el porqué de la tristeza de Obi-Wan… no era tan sólo el hecho de la pérdida de Qui-Gon… sino que él se sentía responsable de la misma.

—¡No! —Incluso Lee-Ahn se asombró de la fuerza de su respuesta—. ¡No te culpes a ti mismo, Obi-Wan! Hiciste todo lo que pudiste, sé que lo hiciste. —Muy despacio, ella le cogió la cara entre sus manos y le miró a los ojos seriamente—. Escúchame: La muerte de Qui-Gon fue una muerte noble. Murió defendiendo en lo que creía, en su propio hijo. Siempre estuvo preparado para ello. —Ambos sonrieron débilmente, y Lee-Ahn pensó que nunca había visto a Obi-Wan tan derrotado—. Lo que pasa es que nunca estuvimos del todo listos para dejarle ir… al menos, yo aún sigo sin estarlo.

—Yo tampoco.

Lee-Ahn besó dulcemente la frente de Obi-Wan e intentó sonreír, apartando las lágrimas del rostro de su amigo.

—Debes ir a preparar tus cosas. Recuerda que partimos dentro de dos horas, y no creo que quieras que Anakin te vea en este estado…

Ambos se levantaron y Lee-Ahn acompañó a Obi-Wan hacia la puerta. Antes de salir, Obi-Wan se dio la vuelta y miró a los ojos de la joven.

—Lee-Ahn, gracias por ser mi amiga. No sé si hubiera aguantado todos estos años si no hubieras permanecido a mi lado…

Lee-Ahn le hizo un gesto para que no siguiera.

—De nada, Obi…

Una vez que él hubo salido por la puerta, Lee-Ahn la cerró lentamente y se apoyó contra ella. Se frotó los ojos con la mano y sonrió tristemente.

—Para eso estamos «las amigas», ¿no? Sólo las amigas…



Lee-Ahn comenzó a hacer su equipaje tranquilamente. Aún le quedaba algo más de una hora, y le daría tiempo a hacerle una rápida visita a su Padawan Deiné. Después de todo, no la volvería a ver por algún tiempo.

Iba a cerrar el armario cuando vio la caja. Era de madera, sin ningún tipo de adorno o dibujo, y se cerraba con una llave que Lee-Ahn también poseía. Pasó la mano por encima de la caja y apartó un poco el polvo de ella. Entonces la abrió.

Dentro de ella, envuelto en un pañuelo de terciopelo color verde se encontraba el sable de luz de Qui-Gon Jinn.

Lo tomó entre sus manos y accionó el botón rojo que se encontraba en el mango. La brillante hoja de color verde que Lee-Ahn conocía tan bien sobresalió del emisor, y lo balanceó débilmente ante sus ojos. Nunca antes se había atrevido a usarlo.

Obi-Wan y ella habían decidido hacia algún tiempo que Anakin lo usaría una vez que estuviese preparado para llevar un sable de luz; pero cuando éste construyó uno propio, fue guardado de nuevo en la caja a la que originalmente perteneció.

No pudo evitar que las lágrimas aflorasen a sus ojos. La reciente historia de Qui-Gon y la escena con Obi-Wan habían traído a su memoria sentimientos que ya creía enterrados. Pero volvió a sentir el dolor, la culpabilidad y la soledad que sintió después de la muerte de su Maestro. Se limpió las lágrimas con una mano, pues Lee-Ahn pensaba que los Jedi no podían lloran, que deben ser fuertes ante cualquier situación. Pero esta extremaba a cualquier otra que hubiera podido sufrir.

—Tú tampoco estás sola, Lee-Ahn Dylar…

Lee-Ahn se sobresaltó enormemente y de dio la vuelta. Entonces, su rostro palideció.

Allí, en medio de la habitación, estaba su Maestro.

Su fallecido Maestro.

Qui-Gon estaba igual que la última vez que Lee-Ahn le había visto… la misma alta y esbelta figura con una pacífica y orgullosa expresión. Un brillo azulado envolvía su figura, y cuando Lee-Ahn le miró a los ojos, Qui-Gon sonrió.

—¿Maestro? —preguntó, sin saber realmente si no estaría sufriendo una de sus múltiples visiones.

Qui-Gon volvió a sonreír.

—Me alegra ver que aún no me has olvidado.

Lee-Ahn se acercó a él.

—Pero… ¿cómo? ¿Cómo puedes estar aquí? —Qui-Gon suspiró.

—La Fuerza es una entidad misteriosa y poderosa, Lee-Ahn. Incluso ahora, que estoy en ella, no puedo presumir de conocer todo lo que puede ofrecer…

Lee-Ahn le miró por unos instantes, luego apartó la vista de él.

—Qui-Gon, ya lo sé todo sobre…

—Lo sé. Y también sé que os ha afectado tanto a Obi-Wan como a ti. Pero debes comprender que si no os conté nada sobre ello, fue por vuestra propia seguridad.

—¡¿Nuestra propia seguridad?!

—Lee-Ahn, ¿cómo hubieras reaccionado si te contase que he tenido un hijo con otra mujer y he hecho uso de la Fuerza para que ella me olvide y críe a ese bebé por sí sola?

Lee-Ahn reflexionó por unos momentos, intentando meterse en la situación.

—Te hubiera odiado por ello, seguramente… ¡pero más tarde te hubiera perdonado!

—Eso es algo que nunca sabrías, mi niña.

Ambos sonrieron. Cuando era pequeña, Qui-Gon solía llamarla «niña», y el hecho de que la volviese a llamar así le hizo por un momento pensar que todo seguía igual que antes.

Qui-Gon siguió sonriendo débilmente y luego reparó en el sable de luz.

—Veo que aún conservas el sable de luz de tu viejo Maestro…

De repente, Lee-Ahn se sintió terriblemente entristecida.

—Maestro, ¿por qué tardaste tanto en volver? —dicho esto, avanzó unos pasos para abrazarle, pero Qui-Gon se apartó de ella.

—Ya no puedo tocarte más, mi joven aprendiz… Reglas.

La misma palabra provocó la sonrisa de Lee-Ahn.

—¿Los muertos también tienen que seguir reglas?

—Todo el mundo debe seguir unas reglas, Lee-Ahn. Incluso tú.

—¿Qué quieres decir, Maestro?

—No dejes que la preocupación de Obi-Wan por Anakin te invada a ti también. Sí, quizás Anakin haya desafiado a Obi-Wan o al Consejo a causa de su furia… Pero aún no se ha desafiado a si mismo, y eso es lo más importante…

Lee-Ahn miró el holo-reloj de encima de la mesa. Aún quedaba algo más de media ahora para su viaje a Naboo.

—Maestro, desde tu muerte sufro constantes pesadillas que contienen un elemento en común…

—Lo que ves, Lee-Ahn, es el futuro.

—¿Entonces he soñado con mi propia muerte?

El rostro de Qui-Gon se volvió serio, y Lee-Ahn supo que estaba dudando en contestar.

—Sí, mi niña, lo que has visto es una especie de premonición de tu muerte, pero como ya sabes el futuro siempre está en movimiento… Puede que no ocurra de la misma manera en que la sueñas…

—… Sino de una forma parecida… Maestro, tengo miedo.

—Debes ser fuerte, Lee-Ahn. Tienes que cuidar de Anakin y de Obi-Wan pues, una vez que te enfrentes a tu destino tal y como yo hice, tu trabajo habrá terminado.

—¿Y cuando llegará ese momento?

—Paciencia, Lee-Ahn, aún queda mucho tiempo… Recuerda, debes seguir adelante ocurra lo que ocurra.

—Sí, Maestro Qui-Gon.

—Que la Fuerza te acompañe, Lee-Ahn Dylar. Seguramente la necesitarás.

Y dicho esto, la imagen de Qui-Gon Jinn se disipó con el aire, perdido en la eternidad.



—¡Lee-Ahn, llegas tarde!

Anakin se reía jovialmente mientras Lee-Ahn corría lo más que podía hacia la puerta de embarque.

—Lo siento mucho, de verdad; no podía irme sin visitar previamente a Deiné… ¿Crees que Obi-Wan se habrá dado cuenta?

—Por supuesto que se ha dado cuenta, es más, creo que ahora mismo está ahí dentro preparando su sable de luz para cortarte en unos cuantos trozos…

—Annie, ¡no hagas bromas de ese tipo!

Anakin soltó un leve bufido y señaló con un dedo a Lee-Ahn.

—¿Podrías hacerme el favor de dejar de llamarme de ese modo? ¡Haces que me sienta como un niño de diez años!

—Oh, discúlpame, Anakin. Supongo que frente a la Reina Amidala debería llamarte algo más respetuoso… ¿Qué te parece «Señor Annie»?

—¡Esta me la vas a pagar, Jedi Dylar!

Y dicho esto ambos entraron corriendo dentro de la pequeña nave que los conduciría a Naboo.



—¿Cuánto tiempo permaneceremos en Theed, Maestro?

Obi-Wan miró levemente a su Padawan y luego cruzó una mirada con Lee-Ahn, quien sonreía abiertamente ante la pregunta del joven aprendiz.

—¿Se puede saber a qué viene este repentino interés por una misión, Padawan?

Anakin enrojeció débilmente y Lee-Ahn le revolvió el pelo como si se tratase de su hermano pequeño.

—Obi, creo que no deberías mofarte del Señor Annie… Perdón, Anakin; y menos en una situación tan seria como esta…

—En ese caso, os deberé informar que nuestra estancia en Naboo se alargará aproximadamente unas semanas.

Anakin se levantó del asiento con un gesto de alegría repentino y, sonriendo enormemente, se dirigió hacia su cuarto. Antes de cruzar la puerta, se volvió de repente y miró a los dos Jedi.

—¿Creéis que se acordará de mi? —dijo, rompiendo el silencio. Obi-Wan frunció el ceño y Lee-Ahn le miró interrogativamente, esperando un nombre. De momento, la habitación comenzó a llenarse de una especie de energía nerviosa que procedía indudablemente de Anakin—. Padmé, Amidala… ¿La Reina?

—Ah, claro… ¿quién, si no? —sonrió Obi-Wan, mirando hacia los paneles de control. Luego se volvió de nuevo hacia su aprendiz y le inspeccionó de arriba a abajo—. Bueno, Anakin, la verdad es que hace mucho tiempo que no te ve y has cambiado bastante…

—Sí, has crecido, físicamente te has desarrollado…

—¿Y? ¿Entonces qué creéis?

Los dos Jedi sonrieron y Lee-Ahn, levantándose de su asiento, le palmeó el hombro.

—Créeme, Anakin, eres imposible de olvidar…

Y Anakin, enojado por unos momentos, se dio la vuelta y se marchó, dejando a los dos Caballeros Jedi riendo a carcajadas.



—¿Cuánto queda para que lleguemos, Obi-Wan?

—Oh, vamos… no me irás a decir que no estás disfrutando de este viaje TAN entretenido…

Obi-Wan comenzó a reír, a la vez que miraba a la pantalla de los controles.

—Saldremos de la velocidad luz aproximadamente dentro de media hora.

—¡Oh, al fin! —Lee-Ahn sonrió perezosamente y se recostó en su asiento—. Nunca me han gustado los viajes interestelares… me aburren solemnemente y, además, el espacio es tan frío…

—Eso es fácil de entender, ya que tú provienes de Dantooine. Pero imagínate que eres de Hoth; entonces el frío espacial no debería de importarte mucho.

—Yo no soy de Dantooine, Obi-Wan. Más bien, no soy de ninguna parte. Si tuviese que decir un lugar de procedencia sin duda elegiría Coruscant.

—Pero tú naciste en Dantooine…

—¿Y? No hay nada que me aferre allí. No tengo padres, ni familia… ni siquiera Qui-Gon, que es lo más parecido a un padre que he tenido nunca, está ya aquí… Tú al menos sabes que tus padres y tu hermano viven. Tienes suerte, Obi-Wan Kenobi.

Lee-Ahn cerró los ojos y, por un momento, Obi-Wan pensó que estaba durmiendo. Aprovechó ese momento para contemplarla y admirar sus facciones… Comenzó a pensar despreocupadamente en que nunca había tenido tan cerca de él a un ser tan bello…

Lee-Ahn, que había leído los pensamientos de Obi-Wan a través de la Fuerza, abrió los ojos sorprendida.

—¡Te he pillado! ¿Qué hacías observándome, Obi-Wan? ¡Te he leído el pensamiento!

—«Preparados para salir de la velocidad luz» —anunció el panel de control de la nave.

—Yo, yo no… —balbuceó Obi-Wan nerviosamente. La mirada acusatoria de Lee-Ahn, junto a sus palabras, habían hecho lo suficiente como para hacerle perder la compostura—. Lo siento, Lee-Ahn, no quería pensar sobre eso contigo. De verdad, lo siento, perdóname…

—Vuelve a decir una vez más «lo siento» y te tragas el sable de luz. En realidad, tus pensamientos no me han molestado en absoluto.

Obi-Wan, pillado por la sorpresa, no esperaba de ninguna manera esa respuesta por parte de Lee-Ahn.

—Ah, ¿no?

—No. —Lee-Ahn sentía que ella tenía ahora mismo las riendas de la situación y, poco a poco comprobó que Obi-Wan había comprendido el sentido de aquella frase. Obi-Wan decidió seguirle el juego y se levantó de su asiento, inclinándose levemente hacía el rostro de Lee-Ahn…

—¡¡Ya hemos llegado!! ¡¡¡Ya hemos llegado!!! —Anakin, corriendo como alma que lleva el diablo, apareció repentinamente (sin llamar) en la sala de control. Entonces, los tres se quedaron quietos, sin emitir ningún sonido o hacer algún movimiento.

//Anakin Skywalker, en verdad puedes llegar a ser un verdadero aguafiestas algunas veces// le envió Lee-Ahn a través de la Fuerza a Anakin. El pobre chico tenía cara de no saber dónde meterse y apartó la vista de los dos jóvenes.

—Yo… ¡lo siento! —Lee-Ahn había llegado a odiar realmente esa expresión desde hacía algún tiempo. Inesperadamente, la expresión aturdida de Anakin se tornó en una sonrisa maliciosa, y se cruzó de brazos—. ¿Pero se puede saber QUÉ es lo que estabais haciendo?

Anakin comenzó a reír y los tres se prepararon para bajar de la nave.



Obi-Wan, Lee-Ahn y Anakin emprendieron un corto camino hacia el salón del trono. Anakin se movía nerviosamente a la cabeza del grupo, apresurando el paso como si de su vida dependiese el llegar lo más antes posible ante la Reina Amidala.

Obi-Wan meneó la cabeza.

—Al menos aquí estará entretenido en algo y se olvidará de esos ataques de furia que sufre tan a menudo.

Lee-Ahn asintió pensativamente y miró a su alrededor. Nunca antes había pensado que el lugar por el que por un tiempo había llegado a sentir repulsión, se acabaría convirtiendo en su hogar durante al menos unas semanas. Cuando sintió la mano de Obi-Wan rozar la suya, se volvió hacia él y le miró sorprendida.

—No me estabas escuchando, ¿eh? ¿De veras he tenido que hacer esto para que me prestases atención?

—Lo siento —musitó Lee-Ahn. «Otra vez la maldita frase», pensó.

De repente, al fondo se oyeron unos gritos que les hicieron volverse.

—¡¡¡Ani, Li-Ann, Obiguan!!

Jar Jar Binks se aproximaba hacia ellos con torpes movimientos. «Oh, no…» percibió Lee-Ahn a Obi-Wan decir a través de la Fuerza.

—¡Hey, Jar Jar! ¿Cómo estás? —Anakin se acercó hacia él y Jar Jar abrazó a su amigo.

—¡Hola Dola, Ani! ¡Tusa crece mucho! —Amistosamente, le pegó un empujón a Anakin que a punto estuvo de tirar al joven al suelo. Lee-Ahn se adelantó y le ofreció una mano.

—Hola Jar Jar. —Sin previo aviso, el gungan agarró a Lee-Ahn y la abrazó fuertemente, junto a Anakin, quienes creían que no serían capaces de respirar. «Esto es peor que un wookie…», llegó a pensar Lee-Ahn.

—¡Hola Dola, Li-Ann! ¡¡¡¡Oh, Misa tá muuuuu contento!!!

—No hace falta que lo jures —dijo Lee-Ahn casi sin respiración.

—Jar Jar, ¿puedes soltarles ya? —dijo Obi-Wan, a punto de estallar en carcajadas.

—Oh, cladro… misa lo siente mucho. —Acto seguido, soltó a los dos jóvenes, quienes respiraron profundamente, faltos de aire.

—De verdad, Jar Jar… —jadeó Anakin—. ¡El hecho de que no nos veas desde hace mucho tiempo no significa que tengas que matarnos!

—Misa muy burro, ya lo sé.

—A propósito, ¿qué es lo que haces aquí?

Jar Jar parecía no saber dónde meterse.

—Bueno… misa… ¡misa tiene que irse! ¡Ya! ¡Rápido!

—Alto ahí… —Lee-Ahn hizo parar al gungan, para lo que casi tuvo que hacer uso de la Fuerza—. ¿Qué es lo que has hecho esta vez?

—Misa… ¡tusa no puede saber!

—¿Y por qué no?

—¡Muy malo! ¡Muy malo!

—¿Quieres que use la Fuerza? —se aventuró Anakin, comenzando a mover la mano.

—Padawan, no debes aprovecharte de una mente inferior tan sólo para satisfacer tus propios caprichos. —Obi-Wan le dijo seriamente a Anakin.

—¿Misa mente infedior? ¿Misa tonto? ¡Obiguan, tusa ser…!

—No —intentó disculparse Obi-Wan—. tener una mente inferior no significa ser tonto…

—Obi, ahora no intentes arreglarlo… —dicho esto, Obi-Wan y Anakin comenzaron a reír. Lee-Ahn se volvió hacia Jar Jar—. ¿Y bien, Jar Jar? ¿Nos lo vas a contar o no?

—Al menos, no debe de ser tan grave después de todo lo que has hecho… —Anakin comenzó a reír jovialmente, haciéndole un gesto a todos de que era una broma.

—¡Oh, Ani mu grazioso también!… Misa… misa quemó… un bosque.

Todos se quedaron mudos por un momento, y Jar Jar apartó la vista, totalmente avergonzado.

—No… no puedes ir en serio, ¿verdad? —Anakin preguntó con los ojos como platos.

—Creo que Jar Jar no está mintiendo, Anakin. Tan sólo fíjate en su cara.

De repente, Jar Jar se dio la vuelta corriendo y se escapó.

—¡Misa mu avergonzao, de veddá! ¡Misa tiene que irse! ¡Tá luego!

Y Jar Jar dejó a los tres Jedi con la palabra en la boca. De repente, Lee-Ahn miró a los demás y exclamó:

—¡¿No sabéis la hora que es?!

—¡¡La Reina Amidala!! —chilló Anakin, corriendo hacia el salón del trono.

—Espera un momento, ¿dónde he oído yo esa hora antes? —bromeó Obi-Wan, y Lee-Ahn le golpeó el brazo amigablemente, mientras intentaban seguir a Anakin en su loca carrera.



—Es un gran honor volver a verles, Jedi Kenobi, Dylar y Skywalker. De no ser por vosotros mi pueblo ahora mismo estaría devastado.

Con su a veces monótona voz, la Reina Amidala les saludó amigablemente, dándoles las gracias por lo que hicieron hace tantos años. Aún se podía leer la gratitud reflejada en la cara de la joven.

Aunque la verdad es que Amidala ya no era «tan» joven. Atrás habían quedado esos años de adolescencia, dando paso a una joven que florecía poco a poco en los veinte años. Por supuesto, ya no era la niña de catorce años que apenas tenía experiencia en cómo actuar de la mejor manera para salvar a su pueblo. Ahora tenía veintiún años, los mismos que Lee-Ahn tenía cuando visitó Naboo por primera vez para negociar con la Federación de Comercio junto a Qui-Gon y Obi-Wan. A pesar del maquillaje, se podía ver a más de un kilómetro que la niña había madurado.

—Os damos la bienvenida a los tres, y os otorgamos todos los derechos y privilegios de un ciudadano de Naboo. Espero que vuestra estancia aquí sea duradera y pacífica.

—No podemos pensar en un honor más grande, su Alteza —dijo Obi-Wan, y los tres se inclinaron levemente hacia ella.

Pero algo parecía no encajar. Lee-Ahn comenzó a mirar a la Reina pensativamente, y mas tarde sonrió:

—Majestad, ¿dónde se encuentra vuestra asistente Padmé?

El rostro de la Reina, por primera vez, mostró una emoción humana. La sorpresa invadió su cara, y apartó la vista de ellos. Anakin, quien parecía no haberse percatado del asunto, miró a Lee-Ahn con expresión de extrañeza. Obi-Wan se tapó la boca para esconder una maliciosa sonrisa.

—¿Qué quiere decir, Lee-Ahn Dylar?

Lee-Ahn rió débilmente y miró a la Reina. Anakin, por su parte, emitió un leve bufido al darse cuenta del «engaño».

—Vamos, Sabé, déjate de juegos… ¿por qué no está aquí la Reina Amidala?

A pesar del maquillaje, se pudo notar que Sabé había enrojecido. Las demás asistentes (Rabé, Eirtaé, Saché y Yané) murmuraban débilmente entre ellas. Lee-Ahn apenas pudo escuchar las palabras «inteligencia Jedi' y 'truco anticuado». No pudo evitar sonreír triunfalmente.

—Su Majestad se encuentra en Theed, Jedi Dylar…

—¿Y por qué no ha venido? —Anakin parecía realmente molesto, lo cual fue bastante fácil de entender para Lee-Ahn.

—No sabíamos nada de vuestra llegada hasta el mismo momento en que nos informasteis de ello. Su Majestad se tomó un descanso hace unos días, de lo contrario no se hubiera marchado.

—¿Pero no tiene un comlink o algo por el estilo? —dijo Obi-Wan, quien parecía aburrirse, o quizás todo era a causa del cansancio.

De nuevo, se comenzó a sentir la energía nerviosa de Anakin. Lee-Ahn inspiró profundamente para que ésta no le contagiase el nerviosismo también a ella.

—¡¿Y la habéis dejado sola?!

—Su Alteza es capaz de cuidar de si misma, joven Skywalker —le dijo Sabé con tono severo—. Posee conocimientos de defensa personal y uso de armas, joven Jedi. Nunca debe olvidar eso.

—… Pero según la opinión del joven Anakin nunca estaría de más estar acompañada por un Jedi, ¿no es así? —comentó Rabé mirando hacia Obi-Wan, y todas las asistentes de Amidala comenzaron a reír, excepto Sabé (quien parecía insistir en su representación de Reina) y Eirtaé, que al ser la mayor de todas ellas demostraba una mayor seriedad que Rabé, Saché o Yané.

Obi-Wan sacudió la cabeza pensativamente, y Lee-Ahn sonrió maliciosamente. Estaba totalmente de acuerdo con el comentario de Rabé.

—Es suficiente —dijo Sabé—. Acompañad a nuestros invitados a sus habitaciones.

Dicho esto, la «Reina» se retiró con movimientos que no delataban ninguna emoción, seguida de Rabé, Saché y Yané.

Eirtaé les acompañó a lo largo de un enorme pasillo que parecía no tener fin.

—Siento el comentario de Rabé, Jedi Kenobi. Aún es joven y a veces parece no darse cuenta de a quién se dirige…

—Lo comprendo perfectamente. Y por favor, llámame Obi-Wan.

—De acuerdo… Obi-Wan.

Oír el nombre de su amigo sonar en los labios de otra hizo a Lee-Ahn acelerar el paso inconscientemente.

—… Y tu nombre es Eirtaé.

La joven asistente enrojeció debajo de la capa que tapaba la mitad de su cara, y balbuceó su propio nombre provocando la sonrisa de Obi-Wan.

«Vaya’ —se dijo Lee-Ahn—‘Parece que todas las asistentes de la Reina coinciden en gustos hacia los hombres».

Obi-Wan debía de haber leído los pensamientos de Lee-Ahn por la expresión de su cara, aunque por el gesto de Lee-Ahn, quien por primera vez parecía sentir celos, se podría haber dado cuenta hasta el propio Anakin quien permanecía ajeno a todo y pensando en Padmé Naberrie (o la Reina Amidala de Naboo), como Lee-Ahn pudo comprobar.

Afortunadamente, no tardaron mucho hasta que llegaron a sus cuartos.



Amidala había sido inteligente al elegir unas habitaciones que se encontrasen cerca del jardín. De esta manera, se facilitarían los entrenamientos con Anakin. Ahora que Deiné no estaba con ella, Lee-Ahn no tendría otra ocupación que asistir los entrenamientos con Anakin (si es que a eso se le podía llamar ocupación). De todas maneras, hacía poco que Anakin se había construido su propio sable de luz, y ambos disfrutaban luchando en el jardín de entrenamiento. De este manera, la agudeza de Anakin había aumentado notablemente.

—¡Eh, Lee-Ahn! ¿Te has fijado qué vistas se ven desde aquí?

Lee-Ahn se volvió hacia el joven y angelical Anakin, quien se sentó frente a ella junto a la ventana.

—Annie, tienes suerte de que Obi-Wan no esté aquí ahora mismo. Si no, ahora mismo estarías meditando *otra vez* por entrar sin llamar a la puerta… —Lee-Ahn miró el semblante enfadado del chico—. Y sí, ya sé que no debería llamarte Annie, pero déjame disfrutar un poco, al menos cuando estemos solos.

—De acuerdo —dijo Anakin, y ambos miraron por la ventana, cada uno pensando en sus cosas. A Lee-Ahn no le hizo falta el uso de la Fuerza para adivinar en qué pensaba Anakin.

—¿Aún sigues pensando en la Reina?

Anakin sonrió.

—Eso es algo inevitable.

—Ya lo veo. Pero por lo visto no eres el único que posee esas ideas.

—Bail Organa —dijo Anakin, leyendo los pensamientos de Lee-Ahn.

—Es un joven bastante apuesto, ¿no crees? —Dijo Lee-Ahn, sabiendo cuánto podría llegar a molestar eso a Anakin.

—¡¿Apuesto?! ¿Y qué hay de mi? Estoy seguro de que ella preferirá a un Jedi antes que a un simple senador de Alderaan…

—APRENDIZ de Jedi —le corrigió Lee-Ahn.

—Además —dijo Anakin sin hacerle caso—. He soñado con que me casaba con ella, y ya sabes lo que ocurre con mis sueños. Ya te lo he contado.

—Sí, me lo has contado mil veces. Y por lo que veo ahora me dices que estás celoso y enfadado. Anakin Skywalker, debes controlar tu temperamento. Esas no son las maneras de un Jedi. Obi-Wan ya me había hablado sobre esto, pero no quería creerle. Ahora veo que realmente pierdes el control fácilmente.

Era la primera vez que Lee-Ahn hablaba a Anakin de esa forma tan severa. A decir verdad, no le había hablado así a nadie, ni siquiera a Deiné. Anakin apartó la mirada de su amiga. Estaba aturdido y avergonzado, pues se había dado cuenta que había dejado que sus sentimientos le traicionasen.

—Tienes razón, Lee-Ahn. Perdóname.

//Pero esta mañana tú también has estado celosa, e incluso enfadada// «oyó» Lee-Ahn decir a Anakin a través de la Fuerza.

«Vaya, conque sí estaba escuchando», se dijo Lee-Ahn, impidiendo que Anakin leyese ese pensamiento.

//Anakin, eso no es asunto tuyo.//.

//Pero SÍ lo estabas. Lo he sentido cuando Obi-Wan tonteaba con esa asistente llamada Eirtaé.//.

Lee-Ahn enrojeció débilmente, e intentó controlar su rabia poco a poco.

//Anakin, tú sabes lo que pasó esta mañana en la nave…//.

//Sí, lo sé. Lo único que Obi-Wan quiere es eso, hacerte sufrir un poco// Anakin miró a Lee-Ahn y sonrió.

//Obi-Wan no es capaz de hacer una cosa así.//.

//Oh, vamos// —Lee-Ahn oyó en su mente la risa de Anakin, y por un momento tuvo una sensación de «deja vú»—. //Tan sólo está jugando. ¿No te diste cuenta en lo pronto que dejó de hacer el tonto cuando percibió tu enfado?//.

//Anakin, no digas bobadas. A propósito… ¿por qué no podemos hablar sobre esto en voz alta?//.

// Porque las paredes oyen, y Obi-Wan está en la habitación de al lado. Nunca debes fiarte de un Jedi que puede leer tus pensamientos…//.

Ambos rieron inocentemente, y Anakin se levantó, encaminándose hacia la puerta.

—Bueno, Lee-Ahn Dylar, siento dejarla sola pero hay que prepararse para la fiesta de esta noche… Ha sido un placer.

—Igualmente, Anakin Skywalker. —Anakin cerró la puerta tras él—. //Ponte guapo para la Reina Amidala, Annie// —le mandó a través de la Fuerza.

Anakin le «respondió» con una maldición, y Lee-Ahn no pudo evitar echarse a reír.



La fiesta que se celebró esa noche sin duda se convertiría en una de las más grandes en la historia de Naboo.

El salón principal del palacio de Theed era una enorme sala repleta de luces y gente. Preciosas pinturas adornaban el techo y en cada esquina yacía una escultura de algún héroe mitológico.

Allí se encontraban Sio Bibble, el capitán Panaka, Rabé, Saché, Yané, Eirtaé (quien por suerte no se sentaba cerca de Obi-Wan), y Sabé, entre otros. Esta última debía seguir representando el papel de la Reina Amidala, ya que su Alteza no había regresado a palacio.

Lee-Ahn se sentaba al lado de Anakin, y a su otro lado estaba la joven Saché, con la que conversaba animadamente. Anakin miraba a su alrededor pensativamente, y Lee-Ahn se dio cuenta de que no tenía muchas ganas de hablar. Obi-Wan se sentaba frente a ella y discutía amigablemente con el senador Sio Bibble, lanzando de vez en cuando miradas furtivas a su amiga.

—En verdad Anakin ha cambiado mucho. Está tan alto… tan guapo…

—Sí, tienes razón —contestó Lee-Ahn—. El tiempo ha pasado rápidamente. Parece que fue ayer cuando Qui-Gon le trajo de Tatooine… —ambas sonrieron; Lee-Ahn lo hizo recordando su encuentro anterior con el espíritu de su Maestro.

Cuando vio a Anakin a punto de saltar de la silla, supo en seguida quién aparecerá en ese instante por la puerta.

—¡Buenas noches a todos! —la Reina Amidala, vestida como Padmé Naberrie, sonrió a los asistentes, quienes se levantaron de sus asientos y se inclinaron ante ella—. Siento mucho haber tardado tanto… pero me siento tan feliz de que todos estéis aquí…

Padmé saludó a todos los presentes. Habló brevemente con Obi-Wan acerca del estado de Coruscant y luego se acercó hacia Lee-Ahn.

—¡Lee-Ahn Dylar! Me alegro mucho de que estés aquí también. ¿Cómo estás? Ha pasado tanto tiempo…

—Es verdad —afirmó Lee-Ahn, regocijada por la jovialidad de la joven Reina—. Su Alteza ha cambiado bastante desde la nuestra última visita a Naboo… ya es usted toda una mujer…

—Muchas gracias, Lee-Ahn, pero por favor, dejémonos de cortesías…

Lee-Ahn sonrió débilmente y miró hacia su alrededor. Padmé la miró interrogativamente y luego asintió, comprendiendo.

—El pasado es muy persistente. Le ha robado a este lugar su serenidad.

—Majestad, siento mucho tener que estar de acuerdo con eso. Pero este lugar no me recuerda nada excepto la muerte.

—Sí, estás en lo cierto. Pero recuerda que donde hay muerte también hay vida.

Lee-Ahn asintió. Realmente la Reina había madurado considerablemente, pues la inteligencia que comenzaba a hacer asomo cuando la conoció ahora se había convertido en una enredadera de sabiduría. «Algo normal en una Reina» se dijo Lee-Ahn, y sintió la sonrisa de Obi-Wan a su espalda.

Cuando Padmé se acercó a Anakin, su mirada se tornó confundida.

—¿Annie?… ¿Eres tú?

El joven enrojeció considerablemente, y un instante después se encontraba en los brazos de su amiga.

—¡Claro que eres tú! ¡Pero cuánto has cambiado! ¡Si cuando nos vimos por última vez eras un niñito que me llegaba a la altura del hombro!

—Todo cambia, Padmé. Incluso tú tampoco pareces la misma.

Padmé sonrió abiertamente y le dio un efusivo beso en la mejilla.

—Ven. Siéntate a mi lado.

Aprovechando el momento de alegría, Lee-Ahn se levantó de su asiento y se escabulló de la fiesta.



Lee-Ahn paseó por el palacio de Theed. Algunos lugares los conocía, otros no. Quizá por instinto, o porque realmente deseaba ir allí, Lee-Ahn se encontró de repente en la sala de generadores donde se llevó a cabo el duelo contra el Lord del Sith hacia siete años.

Lee-Ahn caminó lentamente a lo largo de la estancia, ahora sombría y pacífica. En su mente creía oír el sonido de los sables de luz al chocar y de los gritos de Obi-Wan y Qui-Gon. Al parar en medio de la sala, un extraño sabor apareció en su boca.

En ese lugar fue donde Qui-Gon Jinn había caído muerto.

Instintivamente, se agachó en el mismo sitio donde lo había hecho en esa ocasión y cerró los ojos. Ya no había restos de sangre ni olor a quemado. Tan sólo el silencio, la oscuridad y ella. La soledad invadía el ambiente, y cuando Lee-Ahn se levantó no pudo evitar mirar al fondo del oscuro pozo negro que se encontraba en medio de la estancia.

Lee-Ahn sonrió, y un amago de placer y satisfacción recorrió su cuerpo. En ese lugar cayó muerto el Oscuro Sith llamado Darth Maul. Por un momento creyó sentir de nuevo ese sentimiento de rabia y venganza que la inundó una vez que vio a su Maestro agonizar. Pero esos sentimientos ahora se encontraban bien enterrados por su bien propio.

O al menos eso creía.

Apartó la vista del negro pozo y miró a su alrededor. ¿Cuánto tiempo llevaba allí? ¿Una hora, quizá unos minutos? El tiempo no era importante en ese momento, el momento en el que Lee-Ahn volvía a encontrarse con sus viejos fantasmas.

Una solitaria lágrima corrió por su mejilla, cayendo en la oscura infinidad del pozo.

—¿Alguna vez te he dicho que la calma es una gran virtud? No es bueno que te tortures viniendo a este lugar.

Lee-Ahn sonrió, y contestó dándose la vuelta.

—La Reina me ha dicho antes que el pasado es muy persistente, y la verdad es que tiene razón. Maestro, ¿hice mal en venir aquí?

—Lee-Ahn, sólo tú eres responsable de tus acciones y tú eres la única capaz de juzgar si éstas son las correctas o no… —Qui-Gon sonrió y se colocó al lado de Lee-Ahn sin tocarla.

—Sigo teniendo pesadillas, Maestro.

—No debes preocuparte por ellas, pues son inevitables. Todo el mundo sufre pesadillas premonitorias alguna vez.

—Quizá, pero no de forma tan prolongada.

—El hecho de que te obsesiones con ellas sólo provocará un mal en ti, mi joven aprendiz. Cada cosa llega a su tiempo, y debes admitirlo con paciencia.

—¿Cuántas veces nos has repetido eso a mi y a Obi-Wan?

El Maestro Jedi rió, e hizo un intento de rozar la cara de Lee-Ahn, pero luego apartó la mano.

—Obi-Wan está buscándote.

Lee-Ahn apartó la vista de Qui-Gon.

—No me importa.

—¿Entonces no te ha servido de nada la conversación que mantuviste con Anakin esta tarde?

Lee-Ahn le miró sorprendida.

—¿Estabas allí, Maestro?

—Yo sé lo que haces en cada momento, jovencita.

—El hecho de que me llames así hace que parezcas más viejo…

—¿Acaso no lo soy? —Qui-Gon sonrió y sus ojos azules brillaron.

—Claro que no lo eres, Qui-Gon.

El Maestro Jedi la miró sorprendida.

—¿Qui-Gon? Hacia mucho tiempo que no me llamabas por mi nombre.

—Hacia mucho tiempo que ni siquiera te llamaba. —Lee-Ahn miró a su Maestro tristemente.

—Lee-Ahn, debes ir en busca de Obi-Wan.

—Lo sé. ¿Acaso es ese mi destino?

—Eso sólo puedes decidirlo tú… que la Fuerza te acompañe, mi niña.

Y Lee-Ahn lo supo. Supo que ese era su destino.



Tras buscar a través de unas cuantas habitaciones sin éxito, Lee-Ahn decidió buscar a Obi-Wan a través de la Fuerza. Cerró los ojos y dejó que esta la guiase. Vio árboles, una fuente… y sentado junto a ella se encontraba Obi-Wan. Entonces abrió los ojos.

—El jardín… —murmuró, y corrió a lo largo del pasillo.

Lo encontró sentado en un banco, junto a la fuente. Seguramente él ya se había percatado de su presencia, pero no quería darse la vuelta.

—Obi… —dijo Lee-Ahn, pero éste no se movió.

Entonces optó por sentarse a su lado. Obi-Wan miraba hacia un punto perdido en la distancia, en el firmamento. Lee-Ahn le rozó la mano, y como él no hizo ningún movimiento de rechazo, la cogió entre la suya.

—Lo siento —murmuró Obi-Wan. Lee-Ahn sonrió por un momento… ¿Cuántas veces había oído esa expresión a lo largo del día?

—¿Por qué lo sientes?

Obi-Wan parecía empeñado en no querer mirarla a los ojos.

—Yo… no quería tontear con Eirtaé, Lee-Ahn. Te juro que esa no era mi intención.

Lee-Ahn se quedó atónita. Miró el agua correr, pensando en lo tonta que había sido al desconfiar de su mejor amigo. Al menos no había hecho caso a las tonterías de Anakin sobre él.

—Lo sé, Obi. Lo sé.

Entonces fue cuando Obi-Wan la miró a los ojos por primera vez en esa noche.

—¿Lo sabes?… Por un momento pensé que estabas furiosa, lo sentí mientras hablaba con ella, cuando de repente percibí un sentimiento extraño de ti…

—Yo nunca podría enfadarme contigo, Obi. No sería capaz…

Obi-Wan sonrió dulcemente y le pasó un dedo por la mejilla. Ella cerró los ojos.

—Lee-Ahn Dylar, me conoces demasiado bien…

Lee-Ahn rió, aún con los ojos cerrados.

—No lo creas tanto. Por ejemplo, ahora mismo no sé en qué estás pensando. Escondes tan bien tus sentimientos que no puedo llegar a ellos ni siquiera a través de la Fuerza…

Lee-Ahn sintió el rostro de Obi-Wan a milímetros de distancia del suyo.

—¿De verdad que no lo sabes?

Lee-Ahn sonrió justo antes de que Obi-Wan la besara. Al principio fue un breve roce; luego la cosa fue a más y Obi-Wan comenzó a jugar con los labios de Lee-Ahn. Ella no podía pensar, tan sólo se abrazó a él y le pasó las manos por el cabello, que con el paso de los años había crecido hacia una melena rubio-pelirroja por encima de los hombros.

Lee-Ahn suspiró cuando Obi-Wan comenzó a rozar su cuello con los labios y luego por los hombros. Ella le besó en la cabeza, en los ojos, en la nariz… hasta llegar de nuevo a sus labios; y por un momento pensó que el mundo era perfecto. Pensó que, después de todo, el hecho de que hubieran tenido que volver a Naboo no era tan malo.

—Nunca duermo bien en lugares extraños… —le susurró Lee-Ahn a Obi-Wan mientras se besaban, y este abrió los ojos.

—Yo tampoco —dijo Obi-Wan sonriendo.

—¿Te importaría acompañarme al menos esta noche?

Ambos rieron jovialmente y, antes de que lo supiese, Lee-Ahn se encontraba en brazos de Obi-Wan.



De repente, todo se volvió oscuro. Lee-Ahn se encontró en medio de la nada, pero esta vez estaba sola. No podía ver, parecía ciega a todo lo que se encontraba a su alrededor. Por un momento, todo se tornó borroso y Lee-Ahn se mareó, obligándose a sí misma a cerrar los ojos.

Cuando los abrió todo había cambiado. Se encontraba en el interior de una nave. No reconocía nada de lo que se encontraba a su alrededor. Todo era tan raro, tan distinto… sin embargo, todo su cuerpo se veía envuelto en el mismo brillo azul que poseía Qui-Gon cada vez que se le aparecía.

Entonces volvió a aparecer. El ser oscuro, con su máscara negra y su sable de luz rojo. Pero esta vez no la miraba a ella. Miraba hacia algo que se encontraba a su espalda, lo que obligó a Lee-Ahn a volverse.

Era un anciano con vestiduras Jedi que encendía un sable de luz color azul. Lee-Ahn no le conocía, pero sin embargo había algo familiar en esa mirada, ese rostro… ¿por qué tenía la sensación de que sí le conocía? El Ser Oscuro, con su respiración mecanizada, comenzó a hablar.

—El círculo se ha cerrado, Obi-Wan. Ahora yo soy el Maestro.

¡¡¡¿OBI-WAN?!!! «No, esto no es posible» se dijo Lee-Ahn. Se dijo a sí misma que esto era tan sólo un sueño, que ese hombre no podía ser Obi-Wan…

Pero en el fondo sabía que sí lo era. Que ese sentimiento tan familiar era verdadero.

Lo que estaba viendo era el futuro.

—Sólo Maestro en maldad, Darth.

La simple mención al nombre de Darth le hizo pensar en el Maestro de Darth Maul. Quizá este momento era el encuentro con él… ¿pero por qué ella estaba envuelta en ese brillo azul y seguía permaneciendo joven? ¿Acaso en ese momento ella estaría MUERTA?

Lee-Ahn intentó gritar, pero no pudo. Nunca la permitían hablar en sus sueños. Ni siquiera la Fuerza le servía ahora de ayuda.

Darth y Obi-Wan lucharon por unos instantes. Pero Obi-Wan era un anciano, y parecía cansarse por momentos.

Entonces una imagen apareció en el fondo. Era un jovencito, rubio, muy parecido a Anakin. Junto a ella se encontraban un joven algo mayor y una chica que se parecía a Padmé. El chico rubio gritó «¡Ben!», y Obi-Wan se volvió a él sonriendo.

¿Ben? ¿Qué querría decir eso? ¿Por qué no llamaban a Obi-Wan por su nombre?

Siguió mirando al chico por unos instantes, cuando de repente éste gritó.

Entonces vio al Señor Oscuro traspasar a Obi-Wan con su sable de luz, consumiéndose éste en ese instante. Lee-Ahn intentó gritar, pero no pudo. Vio al chico disparar, el caos inundó la sala.

Entonces vio la imagen del anciano Obi-Wan, envuelto en ese brillo azul. Mirándola y sonriéndola. Las lágrimas corrían por las mejillas de Lee-Ahn, impotente ante lo ocurrido. Obi-Wan se volvió hacia el chico, y gritó a través de la Fuerza «¡Corre, Luke!». El chico debía de ser sensible a la Fuerza porque inmediatamente echó a correr. ¿Pero por qué se llamaba Luke? ¿Qué quería decir todo esto? ¿Era el futuro lo que estaba viendo? Entonces vio la imagen del Maestro Qui-Gon materializarse junto a la de Obi-Wan, y ambos sonrieron.

—Cada pregunta será respondida a su debido momento, Lee-Ahn —resonó en la sala. Y Lee-Ahn volvió a verlo todo negro.



Lee-Ahn volvió a despertarse, empapada en sudor. Se sentó en la cama temblando, mirando hacia la nada. Obi-Wan Kenobi, que yacía a su lado, se incorporó junto a ella y la miró confundido.

—¿Qué es, Lee-Ahn? ¿Qué ocurre?

Lee-Ahn comenzó a sollozar y se abrazó a él. Obi-Wan tapó con una sábana su tembloroso cuerpo a causa del miedo y del frío.

—¿Has vuelto a tener pesadillas? ¿Era otra vez ese ser negro que ves en sueños?

Lee-Ahn asintió, apoyando la cabeza en su hombro y rozando su cara con su cuello. Comenzó a tranquilizarse poco a poco, con el contacto de Obi-Wan y su mano acariciando su pelo.

—Desde hace un tiempo, las pesadillas han empeorado —susurró Lee-Ahn, a la vez que Obi-Wan limpiaba las lágrimas de su rostro.

—¿Qué pasaba esta vez?

Lee-Ahn pensó en contárselo todo en ese instante, pero luego decidió callar. No quería desgraciar más la vida de ambos con algo que quizá sólo era eso: un simple sueño.

—Eso ya no importa ahora —sonrió levemente, recostándose de nuevo en la cama.

—Entonces vuelve a dormir, y no te preocupes más por ello.

Lee-Ahn se abrazó a Obi-Wan, quien le acariciaba dulcemente la cabeza, y cerró los ojos.

Pero no pudo volver a conciliar el sueño, pensando en el ser oscuro, en la muerte de «Ben» Obi-Wan… y en ese chico llamado Luke.



El paisaje de Naboo siempre había sido algo especial para Lee-Ahn. Algo diferente a los demás planetas que ella había visitado. Era tan opuesto a Tatooine, a Hoth… Y, al contrario que estos dos últimos planetas, Naboo poseía estaciones. No era un calor o un frío extremos, lo cual Lee-Ahn siempre había odiado.

Lo verde inundaba el paisaje. La belleza de la capital de Naboo, Theed, era tan cuantiosa como la cantidad de edificios que hay en Coruscant. Lee-Ahn sonrió ante la comparación.

—Debes concentrarte, Anakin, y dejar que la Fuerza te guíe.

—Si, Maestro.

Lee-Ahn dejó de soñar despierta por un momento y activó su sable de luz color púrpura. Asimismo, Anakin activó el suyo. Mientras tanto, Obi-Wan les observaba a ambos serenamente mientras el entrenamiento se llevaba a cabo.

Lee-Ahn miró fijamente a los ojos de Anakin, intentado averiguar cuáles eran sus pensamientos en ese momento, adivinando cuál sería su siguiente movimiento. No le fue bastante fácil averiguarlo, pues el chico había desarrollado enormemente su mente en los últimos años.

Primero fueron golpes de acercamiento. Anakin parecía divertirse de algún modo con el «duelo» que estaban llevando a cabo, y Lee-Ahn no podía concentrarse lo suficiente. A Anakin no le resulto difícil el vencer a Lee-Ahn en el primer asalto.

—No puede ser, Lee-Ahn, no estás atendiendo a nada de lo que estás haciendo. —Anakin parecía un poco molesto, pues siempre le había gustado luchar con su amiga, pero de igual a igual. Sin duda, hoy Lee-Ahn estaba perdiendo aptitudes para él.

Lee-Ahn, quien había estado mirando a Obi-Wan, fijó una mirada confusa en Anakin.

—Perdón, Anakin, ¿decías algo…?

—A eso me refería. —Anakin suspiró, intentando apartar su enfado, tal y como Lee-Ahn le había indicado. Luego miró a Obi-Wan, quien le dirigió una sonrisa que también confundió al chico.

—Anakin, no debes preocuparte. Todo Jedi tiene que estar alerta, pero esto es tan sólo un entrenamiento. Seguramente Lee-Ahn no se hubiese dejado vencer tan fácilmente si no hubiera sido un simulacro… —Obi-Wan y Lee-Ahn intercambiaron una mirada cómplice.

—Oh, cielos… —Anakin se sentó en la hierba y miró a los dos Jedi—. Ya sabía yo que os habéis traído algo entre manos esta noche, pero… ¡¿qué demonios es lo qué habéis estado haciendo?! ¡Por culpa del vínculo que compartimos no he podido dormir en toda la noche!

Obi-Wan rió nerviosamente y Lee-Ahn se puso realmente colorada. Anakin se sentó al lado de su amiga y ésta le revolvió su pelo rubio.

—Creces demasiado rápido, Anakin Skywalker. Es una pena que no podamos hacer nada para evitarlo.

—Esta tarde he de enseñarte cómo evitar que el vínculo te afecte demasiado, Padawan. Te mostraré cómo cerrar tus sentimientos a los demás y a cómo evitar que te molesten los nuestros.

—Eso será lo mejor, Maestro, porque tal y como me imagino no podré dormir muchas noches si no me enseñas cómo hacerlo. —Entonces Anakin desvió la mirada y se puso de pie de repente—. ¡Padmé!

Lee-Ahn sonrió y los tres se pusieron de pie. A pesar de que el verdadero nombre de la Reina era Amidala, Anakin insistía en llamarla Padmé, al ser este el nombre que ella poseía cuando ambos se conocieron.

De nuevo con su maquillaje y su complicado vestido, la Reina era sin duda Amidala. Acompañada por Sabé y las demás asistentes, se colocó delante de los Jedi, quienes se inclinaron ante ella.

—Os podéis marchar, he de hablar con ellos a solas —le dijo a sus asistentes, quienes lentamente volvieron de regreso hacia el palacio.

Anakin parecía extasiado ante la Reina, y Obi-Wan le dio un leve codazo, indicándole mentalmente que no era de buena educación fisgonear. Obi-Wan Kenobi, siempre ateniéndose a las reglas del protocolo y al Código Jedi.

—Siento haber interrumpido vuestro entrenamiento…

—En realidad no importa, su Alteza —respondió Lee-Ahn afablemente—. Ya habíamos acabado.

—Si hay algo en lo que podamos ayudarla… —dijo Obi-Wan.

—Bueno, la verdad es que os tengo que comunicar que acabamos de recibir un holo-video del Maestro Mace Windu. Parecía bastante urgente…

—Pero Majestad, para darnos ese mensaje podría haber enviado a cualquiera de sus asistentes…

—… Lo que pretendía era que, ya que Anakin ha finalizado su entrenamiento y vosotros debéis ir a ver el holo-video… me preguntaba si os podía tomar prestado a Anakin durante un poco de tiempo.

//¡¡¡Sí, sí, por favor!!!// sintió Lee-Ahn gritar a Anakin a través de la Fuerza.

—De acuerdo Alteza, si eso es lo que deseáis… —Dijo Obi-Wan. A pesar del sereno rostro del chico, Lee-Ahn pudo percibir cómo éste saltaba de alegría en su interior.

—Perfecto —sonrió la Reina, y tomó el brazo de Anakin.

—Pero… —dijo Obi-Wan, provocando a Anakin que se volviese—. Padawan, debes recordar que por tu bien debemos entrenar tu autocontrol esta tarde. Por tanto quiero que medites y aclares tu mente algo de tiempo antes de que comencemos la clase.

—Sí, Maestro… ¿Algo más? —dijo Anakin impacientemente.

Obi-Wan sonrió.

—No.

Lee-Ahn y Obi-Wan observaron en silencio partir a la pareja, quienes reían jovialmente.

—Lo están haciendo —señaló Lee-Ahn.

—¿Hacer el qué? —preguntó Obi-Wan, dirigiéndole una mirada de extrañeza.

—Iniciar una relación. Tal y como tú y yo hemos hecho.

Obi-Wan comenzó a reír y agarró a Lee-Ahn por la cintura.

—Entonces… ¿quieres decir que…?

Lee-Ahn rió nerviosamente.

—Claro que sí, ¿acaso pensabas lo contrario? —y ambos se besaron.



—«Lee-Ahn, Obi-Wan… Tras haber sentido de nuevo la presencia del Lord del Sith recientemente nos vemos en la obligación de enviar una serie de documentos en caso de que un nuevo enfrentamiento se produjese. Tememos que las vidas de muchas personas corran un excesivo peligro, puesto que el poder de este Oscuro ser es tan inconmensurable que podría destruir galaxias enteras. Tememos por la paz establecida en la República, y la Orden Jedi no sería lo suficientemente fuerte como para acabar con él. Por tanto os enviaremos de la mano de un Jedi un documento único escrito en el idioma de Alderaan. Que la Fuerza os acompañe, mis valientes Jedi».

La imagen holográfica del Maestro Windu se inclinó ante ellos y el mensaje finalizó. La preocupación estaba escrita en el rostro de los dos Jedi. Al oír la frase de «Oscuro ser» Lee-Ahn no pudo evitar acordarse de sus cuantiosas pesadillas. Quizá el ser de la máscara que Lee-Ahn veía en sueños era el Maestro Sith de Darth Maul… o quizá no.

—Deben de traer a un Jedi muy poderoso para entregarnos ese documento… —comentó Obi-Wan, intentado tranquilizarse.

—Eso llamaría demasiado la atención, Obi. Recuerda que lo que nos envían es un documento único…

—Tienes razón, Lee-Ahn. —Obi-Wan suspiró, y apoyó la cabeza en el hombro de Lee-Ahn—. ¿Es normal tener miedo?

—El miedo es una reacción totalmente humana, Obi. Es normal tener miedo en un determinado momento. Lo que nunca debe ocurrir es que ese miedo lleve a la ira, al odio, al sufrimiento… Entonces se habrá comenzado un viaje hacia el Lado Oscuro del que es muy difícil regresar…

—Lo entiendo. —Más tarde, el joven sonrió—. Lee-Ahn, deberías estar en el Consejo Jedi.

—No lo creas. Ese lugar no es para mi. Creo que Qui-Gon ejerció una gran influencia sobre mi y yo tampoco estoy de acuerdo con muchas cosas del Código o de las decisiones que toma el Consejo. Aunque lo muestro de una manera menos explícita que Qui-Gon.

Obi-Wan rió levemente.

—Deberías haberte llamado Lee-Ahn Jinn. ¿Por qué Qui-Gon nunca te aceptó como hija adoptiva?

Lee-Ahn suspiró.

—Porque yo soy Lee-Ahn Dylar, hija de Jay-Bel y Drysalda Dylar. Nunca he querido negar mi pasado, que mis padre murieron asesinados cuando yo era muy joven. Y Qui-Gon lo aceptó. —Lee-Ahn captó la tristeza en la mirada de Obi-Wan.

—Le echo de menos, Lee-Ahn…

—Yo también, en todo momento. Pero él siempre está presente. Está aquí, ahora mismo. —Lee-Ahn miró a Obi-Wan—. No, no me preguntes por qué. Simplemente lo sé.



—Acabamos de recibir noticias del Consejo Jedi —informó el capitán Panaka a la Reina y a los Jedi—. Nos han informado de la llegada del Jedi Ki-Ond Simun desde Alderaan, efectiva en el día de mañana, la cual es estrictamente confidencial a causa de una serie de documentos que trae consigo. Me dijeron que Obi-Wan Kenobi y Lee-Ahn Dylar lo entenderían —dijo, haciéndoles una indicación a ambos Caballeros Jedi con la cabeza, y Lee-Ahn asintió…

De repente todo se volvió frío. Lee-Ahn sintió un frío más gélido que el espacio, muy parecido al que sentía en todos sus sueños. Miró a Obi-Wan, y ambos compartieron una mirada de enorme preocupación. Incluso Anakin, quien hacía apenas unos minutos se encontraba mirando fijamente a Amidala estaba ahora inquieto, mirando hacia todos lados de la habitación. El capitán Panaka se calló y miró a Amidala, luego los dos miraron a los Caballeros Jedi. Estaban visiblemente nerviosos.

Obi-Wan les hizo un gesto con la mano para que se calmasen, pero no fue suficiente. Un sepulcral silencio se hizo en la habitación; y Lee-Ahn no se esperaba nada bueno. Apoyó la mano en su cadera, justo donde se encontraba su sable de luz. Desechó cualquier imagen en su mente. Necesitaba calmarse, averiguar de dónde provenía esa Fuerza oscura que invadía el ambiente…

Pero tan pronto como vino desapareció. Obi-Wan seguía con su sable de luz en la mano, desconfiado ante lo que pudiera pasar. Lee-Ahn se concentró, pero no percibió nada. El Ser Oscuro se había desvanecido. Anakin suspiró brevemente y lanzó una mirada de satisfacción a su Maestro. Éste le afirmó con la cabeza y los tres guardaron los sables de luz.

—Todo ha pasado, Majestad —le indicó Obi-Wan a Amidala. Las asistentes de la Reina estaban visiblemente nerviosas y murmuraban entre ellas. El rostro de Rabé, la más joven de ellas, estaba totalmente lívido. Panaka se acercó a ellas y, tras una breve indicación, Saché y Eirtaé se llevaron a la joven.

—Todo esto es muy extraño —comentó Anakin débilmente—. Esa Fuerza no puede aparecer de la nada y desvanecerse así como así. Yo no puedo hacer eso.

—Sin duda esa Fuerza no era Jedi. Y estaba perfectamente entrenada.

—¿Puede un Sith ser capaz de hacer eso? —preguntó el chico con aspecto de preocupación.

—No lo sé, Anakin. De veras que no lo sé. —El rostro de Obi-Wan, aunque con el ceño fruncido, seguía tan sereno como siempre. Siempre tuvo mucho autocontrol.

—Maestro…

—¿Sí, Anakin?

—¿Cree necesario que acompañe a su Majestad a sus aposentos para que se tranquilice?

Lee-Ahn no pudo contener la risa, asimismo como Amidala.

—¡Annie! —rió la Reina.

—¿A qué tipo de tranquilidad te refieres, jovencito? —señaló Lee-Ahn—. Contigo no hay tranquilidad que valga…

—Bueno, ya sabes que con Anakin el código Jedi está equivocado: ¿«No hay pasión, existe serenidad’? ¿’No hay emoción, existe la paz»? No, el Código no está hecho para él.

Todos comenzaron a reír jovialmente excepto Anakin, a quien parecía no haberle hecho gracia el comentario.

Y de repente, las puertas se abrieron.



—¡Canciller Palpatine!

Lee-Ahn se quedó perpleja ante la figura del hombre de mediana edad que avanzaba a lo largo de la sala, sonriendo débilmente a los presentes.

¿Por qué no había percibido su presencia?

—Su Majestad, siento el haber tardado tanto en enviarle noticias del Senado…

—No se preocupe, Canciller… ¿Cómo van las cosas por Coruscant?

—Demasiado pacíficas, diría yo. Creo que se va avecindando una tormenta…

—Es usted demasiado pesimista, Canciller Palpatine —señaló Lee-Ahn.

Palpatine se volvió hacia ella y le dirigió una extraña mirada que Lee-Ahn no supo explicar.

—Me alegra mucho que se encuentre aquí, Jedi Dylar… y veo que está usted muy bien acompañada —dijo, apoyando una mano sobre el hombro de Anakin—. Joven Skywalker, un día de estos deberemos sentarnos a solas y hablar detenidamente…

No supo por qué, pero a Lee-Ahn no le gustó el tono de esa frase. Pero inmediatamente desechó cualquier tipo de idea. Quizá se estuviera volviendo demasiado paranoica.

—Será un placer, Canciller Palpatine —sonrió Anakin.

—Y bien —puntualizó Palpatine—. He de decir que no he podido evitar escuchar su conversación… mucho antes de ese prolongado silencio que han mantenido… —Palpatine volvió a dirigirle la misma mirada a Lee-Ahn y Obi-Wan, pero solo ella se dio cuenta—. ¿Qué es eso de que viene un Jedi de Alderaan trayendo unos… importantes documentos?

—Estamos en continuo riesgo, Canciller. Un poco de ayuda desde Alderaan no nos vendrá mal.

—Alderaan… posee un gran senador, sin duda. Se llama Bail Organa. Supongo que habrá oído hablar de él, ¿no, Majestad? —comentó Panaka, provocando la típica energía nerviosa por parte de Anakin.

—¿Qué es lo que contienen exactamente esos documentos? —dijo Palpatine, haciendo caso omiso al comentario.

—Son estrictamente confidenciales, Canciller. Siento no poder facilitarle esa información —dijo secamente Obi-Wan, haciéndole una indicación de «No más preguntas» con la mirada.

—De acuerdo, entonces —sonrió el Canciller, con la mirada fija en Anakin—. Espero que disfruten de su estancia en Naboo, caballeros… y señorita —dijo, inclinándose ante Lee-Ahn, quien le sonrió incómodamente como respuesta. Luego, repitió el mismo gesto hacia la Reina—. Su Majestad debe excusarme, pero el viaje ha sido largo y necesito descansar.

Y dicho esto abandonó la sala con el mismo aire señorial que usaba para toda acción.



Lee-Ahn se dispuso a salir de la sala. No podía ni pensaba perderse la clase de autocontrol que Obi-Wan pretendía impartirle esa tarde a su Padawan. No era el simple hecho de la clase, pues Qui-Gon ya se la había impuesto a Lee-Ahn hacía ya algunos años. Lo que llamaba la atención a Lee-Ahn era la finalidad con la que Obi-Wan pretendía enseñarle autocontrol a Anakin.

—¡Jedi Dylar, espere! —Lee-Ahn se dio la vuelta y vio a Yané, una de las asistentes de la Reina Amidala, quien cortésmente le indicó el camino de vuelta a la sala—. Su Majestad la Reina os quiere hablar en persona.

—¿Ha de ser en este momento? —preguntó Lee-Ahn, viendo a Obi-Wan y Anakin marcharse.

—Me temo que sí. No obstante, si tiene que realizar alguna tarea urgente…

—De acuerdo. Tan sólo dígame dónde se encuentra su Alteza.

La joven asistente la llevó a lo largo de la sala, y a continuación le mostró un pequeño pasillo, en cuyo extremo se alzaba una enorme entrada de dos puertas hechas con una madera de tonalidad bastante oscura. Lee-Ahn llamó a la puerta educadamente y entró en la habitación.

El dormitorio de la Reina Amidala era todo excepto sencillo. Quizá la palabra que mas se atuviese a su descripción sería «recargado». El color azul predominaba en la habitación, y enormes vidrieras filtraban la luz, que jugaba con sus colores dando una enorme belleza a la habitación.

—¿Sorprendida? —preguntó Amidala, quien con ayuda de Rabé acababa de quitarse el maquillaje de la cara. Ahora parecía más Padmé que la Reina.

—No —sonrió Lee-Ahn, y al indicarle la Reina que tomase asiento se sentó en una silla—. Simplemente algo… admirada. El colorido en esta habitación es extraordinario.

—Lo es, sin duda. Pero esa no es la razón por la que te he hecho llamar. —Amidala se volvió a su asistente y le hizo una breve indicación con la mano—. Rabé, ya que has acabado… ¿podrías dejarnos a solas?

—Por supuesto, Alteza —susurró Rabé, y con eso se marchó de la habitación.

Lee-Ahn aguardó en silencio hasta que Amidala hubo terminado de darse unos retoques en el cabello, tras lo que se volvió hacia ella y le sonrió.

—Supongo que sabrás que he desarrollado una especie de sentimientos hacia Anakin…

Lee-Ahn volvió a sonreír.

—Por supuesto, Alteza. Pero la verdad es que eso era algo que ya nos esperábamos.

—¿Oh? ¿De veras?

—Sí. De alguna manera lo supe en el momento en que usted elogió la manera de crecer de Anakin.

La joven Reina rió algo incómoda.

—Sí, la verdad es que soy poco discreta para mostrar mis sentimientos… Con lo que he de decirte que nuestra relación es oficial.

—Me alegro mucho, Majestad. Lo digo en serio. Anakin lleva soñando con usted desde el primer momento en que la vio en la tienda de Watto.

—Yo también me alegro mucho por Obi-Wan y por ti.

Lee-Ahn, obviamente no esperaba esa respuesta, y todo el autocontrol que Qui-Gon le había enseñado no le sirvió de nada, pues su reacción habló más que sus propias palabras.

—¿Disculpe?

—No intentes ningún truco Jedi mental conmigo para hacerme desechar esa idea, Lee-Ahn. Sé perfectamente lo que hay entre Obi-Wan Kenobi y tú. Anakin me estuvo contando lo mal que le dejasteis dormir…

Ambas comenzaron a reír durante unos segundos, luego fue Amidala la que volvió a hablar.

—Pero… ¿no es Obi-Wan cinco años mayor que tú a mi entender? ¿No es eso mucha diferencia?

—Majestad, perdóneme si la contrario… pero usted es otros cinco años mayor que Anakin… y él es aún un niño; sin embargo Obi-Wan y yo ya somos dos adultos.

Amidala enrojeció y apartó la vista hacia el suelo.

—Tienes razón, pero has de saber que mis conocimientos sobre temas sentimentales no están muy extendidos… A una Reina joven como yo se le censuran continuamente muchos conocimientos, a los cuales sólo he podido acercarme a través de mi personalidad de Padmé Naberrie. A decir verdad, sé algo sobre los hombres tan sólo de las cosas que me cuentan mis asistentes. Al menos, ellas son mujeres libres. A mi me están vetados muchos caminos…

—Según mis conocimientos, una Reina debe guardar su educación, Alteza…

—¿Sabes? El hecho de tu relación con Obi-Wan me dio fuerzas para hablar con Annie sobre el tema… al principio pensé que vosotros los Jedi no…

—Alteza, ser Jedi no significa ser un monje. De acuerdo, el Código Jedi dice «No hay pasión, existe la serenidad»… pero el lado luminoso se creó a partir del amor, ¿comprende? Todo depende del uso que se le dé a la Fuerza.

Amidala comenzó a reír.

—A propósito… —comentó Lee-Ahn—. ¿Le permite Anakin que le llame Annie?

Amidala enarcó una ceja, extrañada.

—Por supuesto… ¿por qué no iba a dejarme?

—No es nada, Majestad… —sonrió Lee-Ahn, cruzándose de brazos—. Pura y simple curiosidad…



—¡He vuelto a ganar, Jar Jar! ¡Dame esos veinte créditos!

—¡Tusa no juega limpio, Ani! ¡Tusa usa trucos Jedi!

Lee-Ahn vio al joven Padawan y al gungan discutir alrededor de una mesa de ajedrez de mármol. Llevaban largo rato callados, después de que la clase con Obi-Wan hubiera finalizado. Lee-Ahn leía un libro de poesía escrito en coreliano, algo impensable en Anakin u Obi-Wan. No, no era porque a los dos no les gustara leer… Obi-Wan y Anakin eran los fuertes. Annie con su temperamento y Obi con su serenidad. Sin embargo Lee-Ahn era la sensible, con sus ganas de aprender ante todas las cosas. Además, ni Obi-Wan o Anakin hablaban coreliano.

—¡Misa no darte créditos! ¡Ani mala persona!

—Jar Jar, eres muy mal perdedor. No pienso volver a jugar al ajedrez contigo.

—¡Misa tampoco!

Lee-Ahn sonrió al ver a ambos discutir. Jar Jar tenía razón, Anakin había hecho trampas. Se había aprovechado de la mente del gungan para adentrarse en ella y adivinar cuál sería su siguiente movimiento. A Lee-Ahn, en medio del silencio, le había resultado fácil percibirlo.

Por ese motivo, Anakin nunca quería jugar al ajedrez con Lee-Ahn. El chico siempre perdía.

—Anakin, ¿por qué apuestas dinero?

Todos se quedaron callados. Lee-Ahn suspiró, al haber por fin algo de silencio en la sala.

—Vamos, Lee-Ahn, tan sólo eran veinte créditos…

—Puede ser, pero un Jedi nunca usa sus poderes mentales para conseguir un beneficio propio, sino el de los demás.

El enfado de Anakin era visible en las facciones de su cara.

—¡¡Ajá!! ¡¿Tú también piensas acusarme de eso?!

—Anakin, no intentes mentirme, mi mente es más poderosa que la tuya. Sabes muy bien que has estado leyendo la mente de Jar Jar para ganar el juego.

Jar Jar señaló con gesto amenazador al joven Padawan.

—¡¡Tramposo!!

—¡¡Oh, perfecto!! —el temperamento de Anakin aumentaba a la vez que hablaba—. ¡¡Por lo visto es impensable que yo pueda ganar por mis propios medios!!

—De acuerdo… —sonrió Lee-Ahn—. Echemos una partida tú y yo, y comprobemos lo buen jugador de ajedrez que eres.

Jar Jar comenzó a reír, y Lee-Ahn sonrió hacia el gungan. Anakin no compartía el mismo sentimiento, pues no soportaba que nadie se burlase de él. Lee-Ahn creyó arrepentirse de su comentario, pues el chico estaba rojo por la ira y la vergüenza. Estaba a punto de estallar.

—¡¡¡LEE-AHN, ERES UNA…!!!

—¡¿Qué pasa aquí?!

El tono elevado en la voz de Obi-Wan provocó que Anakin se asustara y no terminara su frase. Lee-Ahn sabía que iba a llegar; siempre aparecía cuando su Padawan comenzaba a perder los nervios.

—No pasa nada, Obi-Wan, Anakin y yo estábamos hablando.

Obi-Wan miró a Anakin severamente, quien miraba al suelo aún con el rostro enrojecido.

—No era eso lo que me parecía que estuvieseis haciendo… Padawan, quiero que te retires en este momento hacia tu habitación y medites sobre tus acciones. Debemos hablar inmediatamente sobre lo que has hecho. Y no quiero ningún tipo de contestación, ¿me has entendido?

—Sí, Maestro.

Anakin salió de la habitación como una exhalación, cerrando tras de sí la puerta con un sonoro portazo que estremeció a Lee-Ahn. Obi-Wan se sentó en una silla y se frotó los ojos con las manos.

—Yo ya no sé cómo tratar a este chico…

Jar Jar le palmeó la espalda débilmente y sonrió.

—Tusa no tiene culpa, Obiguan… hoy jóvenes son muuuuu rebeldes.

Obi-Wan sonrió y miró al gungan.

—Gracias, Jar Jar. Pero Anakin tiene escenas como ésta por cosas menores. Es incapaz de controlar su furia.

—Por todos los cielos, no debí haberle provocado… —murmuró Lee-Ahn, sentándose al lado de Obi-Wan.

—No te sientas culpable. Las reacciones de Anakin son impredecibles. Tiene… sus días. Quizá en otro momento hubiera reaccionado bien a tu broma.

—Pero este no era uno de esos momentos.

—¿Misa ir a ver a joven Ani?

Los dos Jedi miraron al gungan, y Obi-Wan negó con la cabeza.

—Será mejor que no. Ahora mismo le espera una regañina muy gorda… Cualquiera diría que tiene cinco años. ¡Ya es casi un hombre y no puede comportarse como es debido!

—Vamos, Obi, tú también te enfadabas con frecuencia cuando eras un niño…

—Pero no me enfadaba así y tú lo sabes, Lili.

Lee-Ahn comenzó a reír.

—¡¿Lili?! ¡No me llamabas así desde que éramos niños!

—¡¡¡Oh, misa ta muuu emocionao!!! ¡Amor bonito!

Y los tres estallaron en carcajadas.



Por primera vez en mucho tiempo, esa noche Lee-Ahn no tuvo pesadillas.



—Saludos, mi nombre es Ki-Ond Simun. Vengo de Alderaan por orden del Consejo Jedi para entregarles estos documentos.

Lee-Ahn enarcó una ceja a la vez que Obi-Wan tomaba los documentos que el joven les extendía. Seguidamente, comenzó a hojear la serie de hojas que parecían tener cientos de años de antigüedad, apartándose un poco del grupo.

Notó a través de la Fuerza la contrariedad de Anakin, lo cual a Lee-Ahn no le pareció extraño: De acuerdo, podía ser que el Jedi encargado de la misión debía ser un Caballero que no llamase demasiado la atención, pero esto pasaba de castaño oscuro.

Ki-Ond Simun era un chico casi tan alto como Anakin, moreno con ojos castaños… hasta ahí todo podía ser normal. Pero entonces se repara en la trenza que le cuelga al chico por el hombro: ¡Ki-Ond es tan solo un Padawan! Y por sus facciones físicas, no debía ser mucho mayor que Anakin, si no era más pequeño, pensó Lee-Ahn…

—Acabo de cumplir quince años.

Lee-Ahn alzó la vista al chico, quien la miraba con cara de circunstancias.

—¿Has dicho algo?

—Te estabas preguntando por mi edad y simplemente he respondido.

Anakin parecía ahora mucho más molesto.

—¡Pero si es un año más pequeño que yo, Lee-Ahn! ¡Y yo aún no puedo llevar a cabo una misión solo! ¡No es justo!

—Tranquilízate, Anakin. Comprende que tu entrenamiento debe de ser más vigilado, y tu posición te convierte en un blanco perfecto para el Lado Oscuro… Además, tan sólo llevas como Padawan… siete años. ¿Cuántos años llevas entrenando, Ki-Ond?

—Catorce años, Maestra Dylar.

Anakin se quedó boquiabierto, por lo que Lee-Ahn sonrió.

—Joven Ki-Ond, no hace falta que me llames «Maestra» puesto que tú no eres mi Padawan…

—De acuerdo —sonrió Ki-Ond.

—Lee-Ahn —la llamó Obi-Wan, acercándose de nuevo al grupo—. Quiero que hablemos un momento sobre los documentos…

—Por supuesto. Anakin, ¿por qué no os vais Ki-Ond y tú al jardín y le enseñas…?

—Maestra Lee-Ahn, sabemos perfectamente cuándo sobramos en un sitio. No hace falta que nos trates como a niños pequeños —bufó Anakin, marchándose de la sala acompañado por Ki-Ond, quien se despidió educadamente antes de irse.

—Dime, Lee-Ahn… ¿sabes en qué idioma está escrito esto?

Lee-Ahn tomó el papel entre sus manos y comenzó a pasar hojas. El escrito no estaba expresado en el idioma Jedi estándar, como todo documento oficial que se preciase (y más si era de tanta importancia), sino que se encontró con otro tipo de lenguaje que tardó bastante en identificar.

—Toda esta hilera de signos ortográficos… —murmuró Lee-Ahn en voz baja.

—¿Crees que pueda estar sometido a algún tipo de método de codificación?

—En absoluto —dijo Lee-Ahn alzando por un momento la vista—. Conozco todos estos signos, y creo identificar bastantes palabras… Me atrevería a decir que el idioma usado para este documento es el Alderaani antiguo, puesto que todos estos papeles son muy viejos… parece que se te vayan a desintegrar en las manos.

—¿Hablas Alderaani? —preguntó un extrañado Obi-Wan.

—Alderaani moderno, para más información. No parece demasiado diferente al antiguo, así que con ayuda de mis conocimientos y un data-pad creo que podré tenerlo todo traducido… —miró el número de hojas del documento, que apenas superaba las cinco—. Para mañana.

—De acuerdo, entonces mejor será que te deje sola.

—Exacto, pues tú serías una gran distracción, te lo aseguro —dijo Lee-Ahn, urgiéndole a marcharse.

Antes de que Lee-Ahn entrase a su habitación, Obi-Wan volvió a llamarla.

—No sabía nada de tus dotes traductoras… —sonrió el Caballero Jedi.

—Ni te puedes imaginar lo que puedo llegar a hacer.

Los ojos de Obi-Wan se abrieron como platos.

—¡¿Qué quieres decir con eso?!

—… Que aparte del Alderaani y del idioma que tú y yo hablamos puedo hablar coreliano y el idioma de Dantooine… ¡¿o en qué estabas pensando?! —una vez más, Lee-Ahn había conseguido leerle el pensamiento.

Sin contestar, Obi-Wan se marchó a lo largo del pasillo, y Lee-Ahn se encerró en su habitación. Incluso mientras preparaba el data-pad y sus utensilios de traducción, a lo lejos pudo oír la risa de Anakin y Ki-Ond. Miró por la ventana, y descubrió a ambos practicar con sus sables de luz, bajo la jovial mirada de la Reina Amidala.

Lee-Ahn sacudió la cabeza, y volvió la vista hacia la mesa.

—Al menos durante este tiempo Annie no se enfadará tanto, como es de rigor —musitó débilmente, e inició su trabajo.



Al cabo de unas horas Lee-Ahn suspiró, frotándose los ojos, y miró hacia un holo-reloj. No entendía nada, todo el documento se basaba en cosas básicas que cualquier Jedi conocía a la hora de enfrentarse ante cualquier enemigo, sea Sith o no, en «defensa propia» tal y como alega el Código Jedi.

—Un Jedi nunca usa sus armas para atacar, sino para defenderse o defender a los demás ante un peligro…

Mientras pasaba las hojas comprendió entonces el porqué de que un simple Padawan hubiera traído unos documentos tan simples. Lo único que pretendía el Consejo Jedi con ello era atraer al Lord del Sith y acabar con él, diciendo que eran unos documentos muy importantes en los que se decidía el futuro de la Orden Jedi.

—No, esto no me entra en la cabeza —dijo Lee-Ahn a la nada—. No se puede elaborar un plan tan simple para algo tan serio… un Sith no es tonto en absoluto. ¿Qué querrán tramar con esto?

Afuera todo permanecía tranquilo. Hacía largo rato que los Padawan se habían marchado, y lo único que se oía era el sonido de la respiración de Lee-Ahn y el murmullo de fondo que siempre acompañaba al palacio. Afuera, el sol comenzaba a teñir de rojo el verdor del jardín, dando una vista preciosa que Lee-Ahn no quiso perderse. Se asomó a la ventana y por un momento olvidó todos sus problemas. Cerró los ojos y mientras los últimos rayos de Sol le acariciaban la cara, comenzó a meditar en todos los hechos que habían ocurrido recientemente desde que recibió la noticia de que su Padawan Deiné

Y'Sande estaba enferma. Le daba la impresión de que habían transcurrido años y sin embargo había pasado apenas una semana.

Cuando volvió a abrir los ojos miró a su alrededor desorientada. ¿Se había quedado dormida? ¿Cuánto tiempo llevaba ahí? Debía de haber estado en la misma posición bastante tiempo, pues aparte de que en el exterior brillaba una enorme Luna llena, al levantarse sintió que todo el cuerpo había decido castigarla por tratarlo tan mal.

Encendió una luz y cogió de nuevo sus traducciones. No paró de darle vueltas a la misma pregunta. Necesitaba hablar con alguien sobre esto, pero Anakin y Ki-Ond eran tan sólo unos jóvenes Padawan. Buscó en su vínculo a Obi-Wan, para que la Fuerza le revelase dónde estaba. Nada. Como respuesta vio una serie de extrañas imágenes, con lo que supuso que Obi estaría durmiendo. La Reina no podría saber nada del asunto, y Lee-Ahn no confiaba en la figura del Canciller Palpatine.

Tan sólo había una persona que pudiera ayudarla en ese momento.

—Maestro Qui-Gon —llamó Lee-Ahn a la nada, pero nadie contestó.

Lee-Ahn suspiró débilmente, dándose cuenta que ella no podría ordenar la aparición de alguien que formaba parte de la Fuerza.

Se sentó en la silla y cerró los ojos de nuevo.

—¿Hay algún problema que te perturbe, mi joven aprendiz?

Lee-Ahn abrió los ojos y delante de ella vio la fulgurante figura de Qui-Gon Jinn, sentado enfrente suya. Lee-Ahn tuvo que entornar los ojos a causa de la luz.

—Maestro —comenzó Lee-Ahn—. He de decirte que estoy muy preocupada por unos documentos que hemos recibido esta mañana, y pienso que aunque todo parezca muy simple puede desencadenarse en algo muy peligroso…

—Lo sé todo, Lee-Ahn, y ya sabes la respuesta que siempre te doy ante esas preocupaciones.

—Sí, Maestro… «todo será respondido a su tiempo»… hace algún tiempo que no hago nada más que darle vueltas a esa frase…

—También lo sé —sonrió la afable figura del Maestro Jedi.

—Parece ser que tú lo sabes todo.

—En efecto, joven Padawan. Conozco todos los hecho del pasado, presente e incluso el futuro, al formar parte de la unidad etérea de la Fuerza. Pero desgraciadamente no puedo revelarte nada acerca de ello…

Lee-Ahn sonrió.

—Reglas —tras esto, Qui-Gon afirmó con la cabeza.

—El futuro —prosiguió Qui-Gon— es algo irregular, que no es constante. Cambia a medida que haces uso de tu libertad. Si eliges hacer algo, el futuro es de una manera. Pero si haces lo contrario, el futuro volverá a cambiar a su vez.

—Es algo complicado —comentó Lee-Ahn.

—Toda la vida es complicada, mi niña —sonrió Qui-Gon—. Al ver el futuro sólo ves una de sus múltiples posibilidades. Y ello sólo puede ser revelado inconscientemente a través de los sueños y con mucha concentración a través de la Fuerza.

Los sueños. Qui-Gon había dado en la tecla adecuada, lo cual provocó incomodidad en la mente de Lee-Ahn.

—Maestro Qui-Gon… ¿quién es Luke?

Un parpadeo. Lee-Ahn supo que Qui-Gon conocía todo acerca de aquel joven cuando vio su reacción.

—Lee-Ahn, sabes perfectamente que no puedo decírtelo.

—Con eso quieres decir que el tal Luke existirá.

—¿Qué te hace pensar en un tiempo futuro, Lee-Ahn?

—Porque le vi con Obi-Wan. Y Obi-Wan era anciano, solitario… todo me lleva a pensar que para entonces yo estaré muerta…

—¿Y qué viste sobre Obi-Wan exactamente?

No pudo evitarlo. Las lágrimas se le agolparon a los ojos cuando recordó la horrible escena del sueño. Qui-Gon la tranquilizó a través de la Fuerza.

—Maestro, yo… vi su muerte.



Repentinamente, Obi-Wan entró en la habitación.

—¿Qué ocurre, Lee-Ahn? ¿Por qué estabas llorando?

Lee-Ahn se limpió los restos de lágrimas de la cara, y miró hacia la silla donde anteriormente estaba Qui-Gon. Ahora estaba vacía.

—No es nada, Obi. Tan sólo pensaba. No he podido evitarlo.

Obi-Wan se sentó junto a ella y se pasó la mano por el pelo despeinado.

—Estaba durmiendo cuando de repente sentí tu ansiedad a través de nuestro vínculo. No lo sé, por un momento pensé que te estaba ocurriendo algo malo, pues llegué a sentir el frío de la muerte…

—Sólo estaba pensado, pero me alegra que te preocupes por mi.

Obi-Wan le besó en la frente y miró el holo-reloj.

—¿No tienes hambre? —preguntó.



Durante la cena todo transcurrió con normalidad. Amidala, Palpatine, Anakin, Obi-Wan, Sio Bibble, Panaka, Ki-Ond y Lee-Ahn charlaron amigablemente sobre sus propios temas. Anakin y Ki-Ond hablaban sobre temas de jóvenes (tal y como eran), mientras que Obi-Wan y Lee-Ahn hablaron sobre el Consejo Jedi y los documentos a la vez que Amidala discutía afablemente con Palpatine y Sio Bibble sobre temas de política.

Una vez que la cena hubo acabado, Amidala se disculpó comentando el cansancio que tenía y se marchó a su habitación, así como Ki-Ond, Sio Bibble y Panaka. Al cabo de un rato Anakin y Palpatine habían desaparecido.

—¿Quieres dar un paseo? Me gustaría que hablásemos tranquilamente sobre los documentos de Alderaan —preguntó Obi-Wan, levantándose de su asiento.

—¿Afuera, en el jardín?

—¿Dónde, si no? —dijo Obi-Wan, guiñándole un ojo—. En serio, me gustaría que mantengamos una cierta discreción para con este tema. El interior de palacio no me parece un lugar seguro.

—Obi, ¿acaso has sentido la cercanía del Lado Oscuro? —preguntó Lee-Ahn mientras ambos salían hacia el jardín.

Obi-Wan afirmó en silencio con la cabeza.

—Al menos me alegra saber que no eran invenciones mías.

La temperatura en el exterior era agradable. Quizá hiciese algo de fresco, pero no era nada que no se pudiese arreglar con la opacidad de las túnicas Jedi.

—Lee-Ahn, he estado pensando en lo que me has contado… ¿De veras es tan simple el escrito que nos ha traído el Padawan Simun desde Alderaan?

—Obi-Wan, son reglas tan simples que las puede llegar a conocer un Padawan que posea ciertos conocimientos de duelo con sables de luz. La traducción consta de unas tres páginas, sin dibujos, y el escrito termina con una repetición de nuestro tan conocido Código Jedi.

Obi-Wan se sentó en un banco y se apoyó una mano en el mentón. Obviamente estaba pensando.

—Es una trampa —afirmó al cabo de un rato.

Lee-Ahn sonrió.

—Obi, un Lord del Sith no es estúpido. La Fuerza está con él y puede ser realmente poderoso, aparte del peligro que eso supone. El Consejo Jedi nunca nos expondría a un riesgo de tales dimensiones.

—¿Me estás diciendo que puede que haya un mensaje secreto o que el escrito esté codificado, tal y como supusimos al principio?

—Creo que no, Obi. Y lo único que podemos hacer para ello es hablar con el Maestro Yoda o el Maestro Windu. Mañana a primera hora deberemos establecer una conexión urgente con el Consejo Jedi.

Obi-Wan volvió a asentir. Al fondo se escuchó un murmullo, un movimiento de plantas. Entonces Lee-Ahn sintió un repentino frío. El Lado Oscuro.

Obi-Wan debió de haberlo sentido también, pues inmediatamente se había puesto en pie, sable de luz en mano, aunque sin activar.

Lee-Ahn le hizo un gesto para que no lo hiciese.

—Eres demasiado impulsivo —le susurró al oído—. Deja que él dé el primer paso.

A su lado Obi-Wan respiraba rítmicamente, intentando parecer sereno.

—Lee-Ahn, no consigo captar a Anakin. No está en ninguna parte.

Ella buscó a través de su vínculo con la Fuerza. No consiguió nada. Por lo visto, el chico había aprendido demasiado rápido a pasar desapercibido.

—No te preocupes, probablemente estará con Ki-Ond o con Amidala. —Lee-Ahn no supo si con esa frase intentaba tranquilizar a Obi-Wan o tranquilizarse a sí misma. Volvió a intentarlo, concentrándose lo más que pudiese. Era imposible, el chico era demasiado poderoso. Y sin embargo no estaba con Ki-Ond, de eso estaba segura.

De repente hubo un ruido a sus espaldas. Lee-Ahn activó su sable de luz color púrpura, así como Obi-Wan activó el suyo y se dieron la vuelta.

Era Palpatine. Con Anakin a su lado.

Sin embargo, Lee-Ahn ya no sentía frío. El Ser Oscuro les había vuelto a dar esquinazo. «Maldita sea», pensó Lee-Ahn. Ambos desactivaron sus sables de luz.

Luego Lee-Ahn cayó en la cuenta de lo extraño que resultaba que Anakin estuviese a solas con Palpatine, incomunicando el vínculo que unía a los tres. Los dos sonreían, parecía que Anakin se sentía a gusto con el Canciller.

—Vaya, lo sentimos si os hemos asustado… —sonrió Palpatine con esa mirada extraña—. Aunque he de decir que no hacía falta recibirnos de esta manera.

Anakin comenzó a reír.

—Padawan —dijo Obi-Wan en un tono severo—. El hecho de que te enseñe cómo cerrar tu vínculo con nosotros no quiere decir que puedas hacerlo cada vez que te apetezca. La próxima vez deberemos tener una seria charla, ¿no crees?

Anakin miró a Palpatine y luego bajó la vista.

—Lo siento, Maestro. Es que… lo he hecho porque quería practicar lo que he aprendido. Prometo que no volverá a suceder.

—Eso espero —musitó Obi-Wan.

Pero Lee-Ahn no pensaba así. Le había costado bastante trabajo, pero supo que Anakin no estaba diciendo la verdad. ¿Qué le habría empujado a mentir?

—He oído que ya habéis recibido los documentos del Consejo Jedi…

—Hemos tenido que traducirlos, Canciller —comentó Obi-Wan despreocupadamente—. Sin embargo mañana mismo deberemos hablar con el Consejo urgentemente.

—Oh… —sonrió misteriosamente Palpatine—. ¿Tan importantes son?

Lee-Ahn no confiaba en el Canciller, así que se obligó a sí misma a mentir, concentrándose todo lo que pudo para que tan sólo Obi-Wan descubriese la mentira.

—Sí, Canciller, son muy importantes. Vitales para la continuidad de la Orden Jedi. —Todos permanecieron en silencio—. Y si me disculpan, caballeros, ya han sido suficientes emociones por hoy.

Lee-Ahn decidió marcharse del jardín inmediatamente, enviándole a Obi-Wan la nota mental de que por nada del mundo revelase algo relacionado con los documentos de Alderaan. Cuanto éste, a través de la Fuerza, le preguntó la causa, ella respondió con que «la discreción es una gran virtud, Obi-Wan. Buenas noches».



De camino de vuelta a su habitación, Lee-Ahn comenzó a darle vueltas de nuevo a lo ocurrido en los últimos días. No podía creer cómo, después de siete tranquilos años, después de que la nombrasen Caballero Jedi, pudiese averiguar y descubrir tantas cosas en tan sólo unos días.

Iba a entrar en su habitación cuando descubrió una luz proveniente de la sala que se encontraba frente a la suya. La puerta no estaba cerrada del todo, y tras dudarlo mucho, Lee-Ahn se decidió a mirar por la misma.

En su interior se encontraba Ki-Ond Simun, sentado en el suelo. Tenía los ojos cerrados, con lo que Lee-Ahn pudo ver que el chico estaba meditando. Iba a apartarse de la puerta cuando el chico abrió los ojos. Sin duda la presencia de Lee-Ahn le había sobresaltado.

—Maestra Dylar —dijo el muchacho, poniéndose en pie—. Creo que el Código Jedi no dice nada acerca de espiar a un Padawan cuando éste está meditando.

Lee-Ahn no se molestó en corregirle por llamarla «Maestra».

—Lo siento —murmuró.

Lee-Ahn entró en la habitación y tomó asiento. No podía comprender cómo el chico podía ser tan avispado cuando aún era apenas un Padawan.

—¿Entrenas en Alderaan, Ki-Ond? Me parece no haberte visto por el Templo Jedi…

—Entonces no te fijas demasiado, Maestra Lee-Ahn —sonrió el chico—. Yo entreno en el Templo junto a los demás aprendices en Coruscant. He oído mucho hablar acerca de ti, Obi-Wan Kenobi y de Anakin Skywalker…

—¿De veras? Me sorprende saber que quede alguien que no haya oído hablar de nosotros. —Lee-Ahn comenzó a reír, y se apoyó una mano en la mejilla—. De hecho, todo lo relacionado con las negociaciones con la Federación de Comercio en Naboo resulta un tanto insólito ahora que pienso en ello.

El chico parecía incrédulo.

—¿Insólito? No comprendo qué es lo que quieres decir…

—Ahora soy yo la que se asombra, joven Padawan. Por lo que he podido comprobar tú tienes gran facilidad de palabra, una inteligencia insólita… y no consigues explicarte por qué uso una determinada palabra. ¿Cuál fue tu nivel de midiclorianos al nacer?

—Dieciséis mil, Maestra Lee-Ahn.

—Hmmm… realmente es una tasa muy alta. La mía fue de diecisiete mil.

—Casi como el Maestro Yoda.

—Dices bien, Padawan… casi. Pero Yoda es mucho más poderoso que yo, y posee más experiencia. Él lleva entrenando a los Jedi desde hace más de ochocientos años… Y yo, que tengo veintiocho años, tan sólo siete de ellos han sido como Caballero Jedi con una Padawan sin acabar de entrenar… ¿Quién es tu Maestro, Ki-Ond?

—Mi Maestra Jedi es Adi Gallia…

Ahora Lee-Ahn pudo comprenderlo todo. Tan sólo cuando el nivel de midiclorianos de un niño al nacer es muy alto el chico es entrenado por un miembro del Consejo Jedi o

por un Maestro experimentado. Por ello Lee-Ahn en un principio fue Padawan de Yaddle, así como Adi Gallia es la Maestra de Ki-Ond.

—¿Adi Gallia? Entonces comprendo tu capacidad de entender las cosas… ¿es ella la que te ha hablado de mi?

—Sí —contestó brevemente Ki-Ond, agachando la mirada.

—Y también veo que eres de Coruscant, ¿no es así?

El chico alzó la mirada hacia ella.

—¿Cómo lo has sabido?

—Tu acento te delata, joven Padawan. Para saberlo no hace falta conocer los caminos de la Fuerza…

—Tú fuiste la Padawan de Qui-Gon Jinn, ¿no?

Esa pregunta había pillado a Lee-Ahn fuera de guardia. ¿Cómo podía el chico conocer a su Maestro? Aunque en realidad no era nada extraño, al ser el propio Ki-Ond un Padawan en el Templo Jedi de Coruscant.

—Sí, lo fui. ¿Por qué lo preguntas?

—Mi Maestra me contó la historia que se relaciona con tu niñez y el… asesinato de tus padres. —Lee-Ahn notó que el chico se encontraba incómodo al hablar sobre un hecho tan delicado en la vida de Lee-Ahn, con lo que ella se limitó a asentir.

—Mis padres murieron cuando yo era muy pequeña. No recuerdo apenas nada de ellos, con lo que no puedo sentirme tan afectada cuando hablo de su muerte.

—Eran unos poderosos Caballeros Jedi, ¿no es así? Dicen que iban a formar parte del Consejo Jedi justo antes de que muriesen.

—Eso es cierto. Formar parte del Consejo Jedi les facilitaría la «carga» de ocuparse de mi, y ambos fueron los que se encargaron de mi entrenamiento hasta que los asesinó un cazador de recompensas. Entonces fue cuando Qui-Gon se ocupó de mi.

Ki-Ond no supo qué decir, y Lee-Ahn se levantó de su asiento.

—Sin embargo, esas son historias que deben ser contadas en otra ocasión, y mañana deberás partir hacia Coruscant para continuar tu entrenamiento… Debes dormir, Ki-Ond. Probablemente Anakin ya esté haciendo lo mismo.

«Si no está con la Reina Amidala…», se dijo a sí misma.

—Sí, Maestra.

—Y por favor —dijo Lee-Ahn antes de cerrar la puerta—. No me llames Maestra. Ese «derecho», por así llamarlo, solo lo posee mi Padawan Deiné Y'Sande.

—¿Deiné es tu Padawan?

—Duerme, Ki-Ond Simun —dijo, Lee-Ahn, acompañándose de un leve gesto con la mano—. Mañana hablaremos sobre Deiné, Qui-Gon, mis padres o de lo que quieras.

Y cerró la puerta tras de sí.



Por otra noche no fueron las propias pesadillas de Lee-Ahn las que la despertaron en medio de la noche. Fueron las de Anakin.

Lee-Ahn dormía apaciblemente cuando de repente comenzó a sufrir de nuevo visiones. Vio al Ser Oscuro con su máscara y su respiración mecanizada, una lucha de sables de luz, un ser cuyo rostro no se veía a causa de la capucha de una túnica negra… Justo entonces escuchó la palabra «Destino».

Lee-Ahn volvió a despertarse, pero aún seguía sufriendo las visiones. Quiso taparse los oídos, los ojos… quiso cerrar su mente ante tales imágenes… Y entonces fue cuando descubrió que la pesadilla era de Anakin, y las imágenes eran transmitidas por su mente hacia Lee-Ahn a través del vínculo que les unía.

Obi-Wan se despertó y se sentó a su lado, colocando una mano sobre su hombro. No dijo nada, pero Lee-Ahn sabía que Obi-Wan no comprendía nada. Él nunca había sufrido con las pesadillas de Anakin o visto sus sueños. Ése parecía ser una especie de «don» entre ella y el chico. Sin embargo, Anakin nunca había percibido las pesadillas de Lee-Ahn… ¿entonces por qué soñaban los dos con el mismo Ser Oscuro?

—Lee-Ahn, ¿qué ocurre? —dijo Obi-Wan, con una voz somnolienta pero preocupada a la vez.

Lee-Ahn no respondió inmediatamente.

—Es Anakin —dijo, levantándose de la cama.

—Lee-Ahn —la llamó Obi-Wan, antes de que ésta saliese corriendo de la habitación—. No puedes estar siempre preocupándote de él, velando su sueño. Él debe aprender a traspasar esa barrera sin tu ayuda.

Lee-Ahn se dio la vuelta, apoyándose en el umbral de la puerta.

—¿Eso quiere decir que no estás de acuerdo con que vaya a calmar sus pesadillas?

Obi-Wan no contestó.

—Obi, los Jedi no somos invencibles. Todo el mundo tiene sus miedos y los sueños son un medio perfecto para ello. Yo lo sé mejor que nadie. Y Anakin es una persona, no un droide al que se pueda reprogramar o limpiarle la memoria.

—¡Lee-Ahn, si no le dejas superar sus miedos por si mismo nunca conseguiremos que…!

Pero Lee-Ahn ya no le prestaba atención, sino que corría hacia la habitación de Anakin Skywalker.



Una vez que llegó allí, vio a Anakin removerse inquieto en la cama. Lee-Ahn volvió a abrir su vínculo, el cual había cerrado previamente para no sufrir el dolor y la angustia que toda pesadilla provoca.

Lo que «vio» la dejó helada. Era una especie de mar de lava, incluso podía sentir el calor que le abrasaba la piel con su mínimo contacto. Lee-Ahn pensó que eso ya era suficiente.

—Annie —le llamó, dándole pequeños golpes en el brazo—. Anakin, despierta.

El chico abrió los ojos y emitió una especie de ruido que Lee-Ahn identificó como un grito o un sollozo, aunque fuera más grave y apagado. Anakin se dio la vuelta y miró a Lee-Ahn; luego se incorporó en la cama y se frotó la cara con ambas manos.

—Lee-Ahn, ¿qué pasa? ¿Qué haces aquí?

A Lee-Ahn le extrañó que le hiciese esa pregunta.

—Tenías una pesadilla, Annie. Una pesadilla horrible, por lo que sentí en nuestro vínculo. Tenías pánico… ¿te sientes mejor ahora?

Anakin afirmó con la mirada ausente, como si estuviera intentando recordar. Lee-Ahn le acarició el pelo.

—¿No te acuerdas de nada?

Anakin la miró y negó con la cabeza.

—Recuerdo la negrura —dijo dubitativamente—. Algo negro… y grande. Y también recuerdo el calor. Un calor que me atravesaba como un sable de luz por todo el cuerpo, por todas partes a la vez… Aparte de eso no recuerdo nada… ¿Crees que significa algo?

Lee-Ahn no supo qué responder.

—Probablemente sólo sea fruto de tu imaginación. Mejor será que vuelvas a dormirte, yo intentaré que no vuelvas a sufrir pesadillas —dijo, besándole en la cabeza.

De nuevo tumbado en la cama, el chico sonrió maliciosamente.

—Lee-Ahn, ¿crees que mañana Obi-Wan me dejará pilotar un rato un caza estelar N-1?

—Ni en tus mejores sueños, Anakin Skywalker —rió Lee-Ahn—. Créeme, cuando te hagan Caballero Jedi tendrás tiempo para pilotar todo lo que quieras. Pero mientras seas un Padawan… y con Obi-Wan como Maestro…

—No sabes cuánto espero que el momento de hacerme Caballero llegue pronto.

Lee-Ahn sonrió, mas luego su semblante se tornó preocupado pues… ¿qué pasaría cuando ese momento llegase?



Después del incidente entre Anakin y Jar Jar con el ajedrez, el tablero había quedado abandonado sobre la mesa de la sala de juegos del Palacio de Theed. La habitación tenía un suave color dorado, que relucía con los rayos del sol que traspasaban las ventanas. Incluso se podía asegurar que uno podía verse reflejado en el techo.

—Alfil a Torre A4.

El hecho de que Lee-Ahn Dylar jugara limpio (o al menos eso era lo que el gungan creía) fue suficiente para que Jar Jar Binks aceptase a echar una partida de ajedrez con ella.

Desde que la Maestra Yaddle le mostró las reglas del juego cuando era pequeña, a Lee-Ahn le había gustado jugar al ajedrez. Para ella el ajedrez era como un duelo de sables de luz: Debes estar atento ante cualquier reacción o movimiento de tu adversario, y

hay que intentar averiguar cuál sería su siguiente paso antes de que lo realizase. Incluso eran piezas blancas (el Lado Luminoso) contra piezas negras (el Lado Oscuro). La única diferencia era que el ajedrez no permitía el uso de la Fuerza, y eso era algo que Lee-Ahn no estaba dispuesta a quebrantar.

Al fondo de la habitación, Obi-Wan observaba la escena. Por un momento llegó a pensar que Lee-Ahn estaba haciendo trampas al igual que Anakin; pero cuando se adentró en el vínculo Jedi descubrió que estaba equivocado. Al ver a Lee-Ahn mirarle de reojo y enarcar una ceja también supo que ella le había descubierto hurgar en su mente.

En el exterior Anakin y Ki-Ond Simun parecían estar arreglando unas piezas de una nave o algo parecido. Aunque más bien era Anakin el que lo estaba haciendo, mientras que Ki-Ond observaba atentamente las acciones del otro chico.

Todo estaba tranquilo, en paz. Acorde con la Fuerza.

—Jaque mate —anunció Lee-Ahn, indicándole a Jar Jar que cualquier movimiento que intentara hacer con sus piezas sería inútil, pues su Rey siempre sería eliminado.

Jar Jar admitió su derrota con un movimiento de manos.

—Li-Ann, tusa juega limpio. Misa no queja.

Lee-Ahn sonrió satisfactoriamente, y ambos comenzaron a recoger el tablero y las piezas. Sin querer, a Jar Jar se le cayó la caja de las piezas y las dos o tres que estaban dentro rodaron por el suelo. Lee-Ahn miró al gungan con cara de fastidio, con lo que Jar Jar la miró con cara de circunstancias, sin decir una sola palabra.

Una de las piezas, el caballo blanco, rodó hacia los pies de Obi-Wan, quien lo recogió y se acercó a Lee-Ahn.

—Siento mucho lo de anoche —le susurró mientras ella extendía el brazo para tomar la pieza.

—Yo también. De todas maneras, Anakin ni siquiera recordaba lo que había soñado cuando le desperté. Puede que ése sea su método de autodefensa…

—Está progresando, Lee-Ahn —dijo Obi-Wan. Luego señaló al caballo blanco—. Realmente tenía que ser esa pieza la que cayera a mis pies… Yo soy el Caballo Blanco en esta partida, ¿sabes? Y tú eres la Reina Blanca. —Lee-Ahn rió suavemente.

—¡Yo tan sólo soy un peón!

—Puede ser, pero un peón puede llegar a ser la Reina o la pieza que quiera cuando atraviesa todo el tablero. Todos los Jedi somos una especie de peones que tenemos que atravesar un tablero mientras nos entrenan como Padawan. Cuando somos nombrados Caballeros Jedi recibimos la opción de convertirnos en una pieza al llegar al final del tablero; y yo elegí ser caballo… ¿Por qué te ríes? ¿Es que nunca me has visto en plan filosófico?

—En absoluto. Pero es que tienes razón: La vida es como una partida de ajedrez, en la que cada uno es una pieza que tiene que desarrollar una determinada acción durante la misma.

Obi-Wan comenzó a reír.

—¿En qué libro has leído eso?

Alguien llamó a la puerta, y ésta se abrió. Era Saché, la asistente de Amidala.

—Jedi Kenobi y Dylar; su Alteza requiere su presencia y la de Anakin Skywalker y Ki-Ond Simun en la sala de recepciones de inmediato. El Canciller Palpatine tiene malas noticias.



Desde el primer instante en que abrieron la puerta que daría a la sala de recepción, Lee-Ahn supo que algo no andaba bien. Era algo extraño que se percibía en el ambiente, algo que ella no supo identificar. Cuando los cuatro se inclinaron frente a la Reina Amidala, sentada junto al Canciller Palpatine, esta afirmó con una cara de verdadera preocupación.

—El Canciller Palpatine nos ha comunicado que la alarma ha sonado en toda la galaxia. La paz de nuestros sistemas está en peligro, con lo que el Consejo Jedi nos ha dado severas instrucciones a seguir.

Lee-Ahn levantó la cabeza, extrañada. ¿Cómo iba el Consejo Jedi a dar una orden sin que ellos supiesen nada, cuando ya habían enviado a Ki-Ond con los documentos de Alderaan?

—Nadie podrá salir de Naboo durante los próximos días —intervino Palpatine—. Debemos prepararnos para lo peor.

—Entonces tenemos que establecer comunicación con el Consejo Jedi para informarles de nuestra situación y preguntarles cuál será nuestro siguiente movimiento —dijo Obi-Wan, visiblemente serio.

—Lo siento, pero eso no será posible, señor Kenobi —sonrió misteriosamente Palpatine—. Todas las comunicaciones vía holograma han sido cortadas, con lo que permaneceremos aislados durante unos días hasta que las conexiones se restablezcan.

—Eso no es posible… —musitó Ki-Ond, y Anakin asintió ante tal comentario, pero no dijo nada.

—Asimismo —prosiguió el Canciller—, deberéis entregarme los documentos provenientes de Alderaan tal y como el Consejo Jedi me ha indicado…

A través de la Fuerza, Lee-Ahn les dijo «NO» a los demás Jedi.

—Deberemos ir en busca de ellos, Canciller… —dijo Lee-Ahn.

—De acuerdo. No obstante los quiero en mis manos inmediatamente.

Por muy educada que hubiera sido la forma de pronunciar esa frase, a Lee-Ahn le sonó a amenaza. Obi-Wan les hizo un gesto a los tres para que salieran de la sala.



—He de decir que la actuación del Canciller Palpatine no me ha convencido lo suficiente —dijo Obi-Wan.

—Oh, vamos, sólo está haciendo su trabajo… —comentó Anakin, caminando no muy convencido junto a los demás.

—Puede ser, pero no me fío de sus palabras, y por lo que veo vosotros tampoco, ¿no es así?

Los cuatro caminaron a lo largo del pasillo que llevaba a sus respectivas habitaciones. De repente, Obi-Wan se paró, y todos se volvieron hacia él.

—¿Qué ocurre, Obi-Wan? —preguntó Lee-Ahn.

Obi-Wan comenzó a andar despacio, obviamente pensando, y entonces se volvió hacia Anakin.

—Padawan, después de la Batalla de Naboo… ¿qué fue de los droides C-3PO y R2D2?

Anakin pareció confuso ante la pregunta.

—… Creo que están aquí, en Palacio… probablemente trabajen para Amidala, aunque no estoy seguro, ¿por qué lo preguntas, Maestro?

Obi-Wan sonrió pensativamente.

—Creo que por un momento nos van a servir de ayuda. Debemos encontrarlos.

Y acto seguido, los cuatro se dieron la vuelta y comenzaron a andar en dirección opuesta.

Al cabo de un rato, se encontraron en una sala donde había algunos droides de mantenimiento, y algunas unidades R2. Entonces oyeron una serie de pitidos que les resultaron familiares. R2D2 apareció frente a ellos.

—Nunca pensé que me alegraría tanto de ver a un droide —comentó jovialmente Obi-Wan.

—R2 —dijo Lee-Ahn, agachándose frente al droide—. Tu ayuda y la de C-3PO nos resultan de vital importancia en este momento. ¿Dónde está C-3PO?

R2 emitió de nuevo una ráfaga de pitidos y se dirigió hacia un extremo de la habitación, seguido por los cuatro Jedi. En una esquina se encontraba C-3PO, ahora envuelto en una capa dorada que cubría todo su «cuerpo», desactivado.

Anakin se agachó a su lado y le conectó. Los ojos del droide de protocolo se encendieron.

—Saludos, soy C-3PO, relaciones entre humanos y organismos cibernéticos… ¡Amo Anakin!

El chico comenzó a reír, más por asombro que por cordialidad.

—Vaya, C-3PO, me alegra ver que estás en tan buen estado… ¡y que no te hayan borrado la memoria!

—Por favor, dejémonos de sentimentalismos. El Canciller debe de preguntarse dónde nos hemos metido. C-3PO, necesitamos comprobar el estado de las conexiones por hologramas de todo el planeta, comenzando por la capital de Theed. ¿Crees que R2D2 será capaz de hacerlo?

—Por supuesto, señor, R2 es un droide que…

Obi-Wan sonrió impacientemente.

—Tan sólo hazlo.

Los Jedi vieron como el pequeño droide comenzaba a hurgar en uno de los ordenadores que se encontraban en medio de la sala.

—El Canciller Palpatine es un hombre bastante extraño. ¿Por qué querría los documentos que traje? —preguntó un confundido Ki-Ond.

—Quizá por avaricia —respondió Anakin.

Lee-Ahn miraba en silencio a R2, esperando impacientemente que el droide acabase con su investigación y les diese una respuesta. Ki-Ond se volvió hacia ella.

—Lee-Ahn, ¿y qué va a ser ahora de mi entrenamiento?

Ella iba a responder, pero entonces R2 comenzó a emitir una larga serie de pitidos y señales. Todos se volvieron expectantes hacia C-3PO, quien conmutó por unos segundos la traducción.

—Señor —dijo el droide—. R2 dice que las conexiones están en perfecto estado.

—Nos ha engañado… —murmuró Anakin, totalmente aturdido.

La sala se llenó de la energía nerviosa tan típica en Anakin. Ki-Ond se sentó en un asiento junto al ordenador.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó.

—¿Existe algún tipo de problema, señor? —preguntó C-3PO.

—Aún no lo sabemos… de todas maneras, muchas gracias por vuestra ayuda —respondió Obi-Wan, y luego se volvió hacia los demás—. Escuchadme: Debemos establecer urgentemente conexión con Coruscant. Sin embargo, no podremos usar los holo-emisores que hay en Theed o en todo Naboo, puesto que nuestra conversación sería interceptada fácilmente…

—En eso puedo ayudar —dijo Ki-Ond, provocando que todos volviesen la vista hacia él.

Abrió uno de los compartimentos de su cinturón y de él sacó un insólito y complicado emisor de hologramas portátil. Todos comenzaron a reír.

—La verdad, nunca antes me había dado cuenta de lo importante que era llevar uno de éstos hasta ahora —comentó el joven Padawan.



Horas más tarde, en la habitación de Lee-Ahn, ella y Obi-Wan pudieron conectar con el Templo Jedi de Coruscant. Ante ellos apareció la imagen holográfica del Maestro Yoda. A su lado se encontraba Deiné Y'Sande, la Padawan de Lee-Ahn. Los dos se inclinaron ante la imagen del sabio Maestro.

—Maestro Yoda, hemos considerado urgente que esta conversación se celebrase a causa de la reciente señal de alarma en toda la galaxia… —dijo Obi-Wan.

Deiné frunció el ceño y miró al Maestro Yoda.

—¿Alarma? ¿Qué alarma? —preguntó Yoda, dejando de mordisquear su vara de gímer.

—Maestro, nos han comunicado que la galaxia está en peligro, que era necesario establecer medidas que el Consejo había comunicado…

Yoda comenzó a reír con esa extraña risa que le caracteriza.

—Demasiada imaginación tiene quien lo haya dicho…

—Ha sido el Canciller Palpatine. Ha prohibido la comunicación vía holograma y que nadie salga de este planeta…

—Demasiado arriesgada esta broma ha sido. Medidas deberéis tomar, cierto es.

—¿Broma? —dijo Lee-Ahn confundida—. El Canciller está muy interesado en los documentos que nos enviasteis… los cuales son bastante menos importantes de lo que en un principio parecía…

Yoda miró preocupado a Deiné.

—Imposible vuestra partida de Naboo es. El Lord del Sith de vosotros muy cerca está. La alarma sí sonará en la galaxia, si ahora huís…

—Maestra Lee-Ahn, el Lord del Sith también está interesado en esos documentos, al parecer. Aunque no sean tan importantes.

Lee-Ahn sonrió.

—Me alegra ver que estés bien, mi joven aprendiz… —luego miró preocupada a Yoda—. Maestro, ¿y qué va a ser del Padawan Ki-Ond Simun?

—De su entrenamiento tú te encargarás.

—¿Cómo segundo Padawan? ¿No está prohibido? —dijo Lee-Ahn irónicamente.

Yoda comenzó a reír.

—Demasiado a Qui-Gon te pareces tú… Una nueva excepción contigo haremos: Segunda Padawan fuiste tú; segundo Padawan tú también entrenarás.

—Sí, Maestro.

—El día del Gran Duelo cerca está. Preparaos deberéis. Y entregarle los documentos al Canciller Palpatine, no lo haréis.

Obi-Wan y Lee-Ahn asintieron en silencio.

—Que la Fuerza os acompañe, mis jóvenes Jedi.

Y dicho esto, la comunicación se cortó.



Una vez finalizado el mensaje, Obi-Wan decidió retomar el entrenamiento de Anakin. Quería darle las noticias del Consejo. Aunque el Caballero Jedi intentaba mostrarse sereno, en su interior Lee-Ahn sabía que se estaba dando lugar una lucha de sentimientos. Ahora el más preocupante de todos era si debían confiar o no en el Canciller Palpatine. Seguramente los intereses del Lord del Sith no tenían que ver nada con él. Quizá el Canciller estaba realmente preocupado por su pueblo y pensaba que los documentos Jedi le ayudarían para solucionar sus problemas. Al fin y al cabo, ninguno de los Jedi habían sido sinceros con él: Le habían dicho que los documentos eran realmente importantes

cuando en realidad era todo lo contrario. Pero ahora era demasiado tarde para echarse atrás, Yoda ya se lo había avisado.

Así que Lee-Ahn decidió ir en busca de Ki-Ond para hablarle de la decisión del Consejo. Lo encontró en la Biblioteca de Palacio, leyendo al parecer unos libros de Historia. Se sentó al lado del chico y acaparó su atención.

—¿Qué ha dicho el Consejo? —quiso saber el joven aprendiz de Jedi.

—No son ni buenas ni malas noticias. Deberemos esperar a que todo se aclare, lo cual puede durar un día, una semana o un mes… El Lord del Sith, el Maestro de Darth Maul está muy cerca de este lugar.

Ki-Ond asintió, comprendiendo la situación. Él mismo ya se había puesto al corriente de todo antes de abandonar Alderaan.

—¿Y qué va a ocurrir conmigo, Lee-Ahn? ¿Podré volver a Coruscant?

—Bueno —sonrió Lee-Ahn—. No exactamente. Quiero decir que a partir de ahora ya puedes llamarme «Maestra»…

El chico palideció por unos momentos, lo que confundió bastante a Lee-Ahn.

—¿Qué ocurre, Ki-Ond? ¿Acaso no quieres ser mi Padawan?

El chico volvió la vista inmediatamente.

—¡Oh, no, al contrario! Pero… pero ¡entrenar a dos Padawan está prohibido por el Consejo Jedi!

Lee-Ahn comenzó a reír.

—¡Ah, con que eso era lo que te preocupaba! Pues parece ser que yo soy la excepción que cumple la regla: Fui entrenada como segunda Padawan por el Maestro Qui-Gon; y ahora me veo en la obligación de entrenar a dos Padawan… claro, eso siempre que tú estés de acuerdo.

—¡Por supuesto que sí, Maestra Lee-Ahn! —sonrió el chico.

—Muy bien, entonces mañana reanudaremos tu entrenamiento… —Lee-Ahn iba a salir por la puerta, pero entonces se paró dubitativa y tras pensarlo un momento decidió volver a la mesa—. A propósito, ayer parecías muy interesado al saber que Deiné Y'Sande es mi Padawan… ¿qué relación tienes con ella?

Ki-Ond enrojeció visiblemente.

—No es lo que piensas, Maestra Lee-Ahn…

—Yo no pienso nada. Tan sólo siento curiosidad.

—Conozco a Deiné desde que somos pequeños. A decir verdad, fue una de las primeras personas que conocí en el Templo Jedi. Somos muy buenos amigos, pero nada más…

—Me extraña que ella no te haya nombrado en ningún momento, pero no es raro: Deiné no es muy locuaz que digamos… —ambos comenzaron a reír—. Pero ten cuidado, Obi-Wan y yo teníamos la misma relación que vosotros cuando éramos jóvenes…

—¡Maestra Lee-Ahn!

—De acuerdo, de acuerdo, ¡ya me voy!

Cuando Ki-Ond volvió a llamarla, ella se vio obligada a darse la vuelta por segunda vez en unos minutos.

—¿Hay algo más que te preocupe, mi joven aprendiz?

—Sólo es una pregunta personal… —cuando ella le indicó que continuara, prosiguió hablando—. ¿Admirabas al Maestro Qui-Gon?

Lee-Ahn se sorprendió ante esa pregunta.

—Ki-Ond, yo no sólo admiraba a Qui-Gon Jinn. Le quería como si fuese mi verdadero padre. Esa es la razón por la que su muerte me afectó y aún me sigue afectando tanto… lo que no entiendo es por qué estás tan interesado en ello.

Ki-Ond bajó los ojos.

—Me preocupa la relación que pueda existir entre un Padawan y su Maestro, porque a diferencia de Deiné yo no me acuerdo de mi familia.

Lee-Ahn le apoyó una mano en el hombro.

—¿No tienes padres?

—Me entregaron al Templo Jedi justo antes de que midieran mi nivel de midiclorianos. Eso es mucho peor que saber que existen y visitarlos de vez en cuando, o que tus padres hayan sido asesinados. Al menos sabes que ellos te querían, Maestra Lee-Ahn.

Por un momento, Lee-Ahn pensó que el chico iba a llorar.

—Ki-Ond Simun, te pareces demasiado a tu pobre Maestra Jedi… Y no sé si eso resulta bueno o malo.



Las nubes tapaban parcialmente a la Luna, que teñía débilmente de plateado el agua de la fuente que ocupaba el centro del jardín de Palacio de Theed. Antes, esta visión hubiera apartado a Lee-Ahn de la realidad por unos instantes; pero los problemas que acontecían en ese instante y los problemas que aún acechaban por ocurrir distorsionaban la belleza de cualquier cosa.

En ese momento Lee-Ahn hubiera hecho cualquier cosa para que Qui-Gon estuviese ahí apoyándoles y dándoles consejo. Por un instante deseó volver a ser una inexperta Padawan, regresar al mismo instante en que les informaron de los problemas que Naboo tenía con la Federación del Comercio. Si el futuro estaba en constante movimiento… ¿cómo hubiera sido este de no haberle dado a Qui-Gon esa misión? Probablemente él no hubiera desaparecido, y la ceremonia para ser Caballero Jedi no le hubiera resultado tan dolorosa tanto a Lee-Ahn como a Obi-Wan. Tampoco hubieran conocido a Anakin Skywalker, El Elegido, en ese instante; sino que tarde o temprano el mismo Qui-Gon hubiera sido quien les contara la verdad acerca de su traslado a Tatooine…

Pero la verdad era que Qui-Gon estaba muerto, y por mucho que su espíritu reconfortara de alguna manera la mente y el alma de Lee-Ahn, nunca sería lo mismo.

Siempre hay que estar en condiciones de escoger entre dos alternativas… quién sabe si aquella fue la correcta o no.

—Obi-Wan —musitó en medio del silencio.

Él se volvió de la mesa donde leía las traducciones hechas por Lee-Ahn, intentado encontrar algo que denotara que los documentos eran realmente importantes como para no entregárselos a nadie. Ambos se miraron por un momento, pero él no dijo nada, expectante ante cualquier pregunta por parte de Lee-Ahn.

Ella sonrió. Fue una sonrisa algo forzada, intentado transmitir serenidad en el ambiente. Fue bastante complicado conseguirlo.

—Ven, siéntante aquí —ella le indicó, señalando un hueco en el sofá junto a ella.

Él obedeció sin rechistar. Se sentó al lado de Lee-Ahn y cerró los ojos lentamente.

—Obi, debes descansar. De lo contrario no nos servirás de mucho si el Lord del Sith nos encuentra…

Obi-Wan negó con la cabeza, con una sonrisa que denotaba el cansancio acumulado a lo largo del día.

—No puedo descansar con todos estos problemas que nos persiguen. No es sólo el Lord del Sith, sino el Canciller Palpatine o las decisiones enrevesadas del Consejo Jedi… Lee-Ahn, no entiendo nada. No sé a qué viene todo esto. Lo único que sé es que para cuando aparezca el Sith deberemos estar preparados tanto física como psicológicamente.

—Por lo que veo tú no lo estás, psicológicamente hablando… —ambos sonrieron, y Lee-Ahn le besó dulcemente en los labios—. Debes mantenerte firme y sereno, sobre todo por el bien de Anakin…

—¿Y no temes por Ki-Ond?

—Ki-Ond sabe a lo que se atiene, y no es tan temperamental o emocionalmente irregular como Anakin. Además, él no es El Elegido.

Obi-Wan rió, jugando con un mechón de cabello de Lee-Ahn.

—¿Cómo puedes llegar a confiar tan ciegamente en las personas?

—Yo no hago eso, Obi. Ki-Ond se ha ganado mi confianza, y eso no resulta tan fácil de conseguir como tú crees…

En ese instante, el comlink de Lee-Ahn comenzó a sonar. Rápidamente, lo cogió, preocupada por si hubiera algún tipo de problema.

—Lee-Ahn Dylar al habla —dijo, mientras Obi-Wan se acercaba a ella, interesado.

—Lee-Ahn, soy Amidala. Necesitaba urgentemente hablar contigo.

—¿Ocurre algo, Alteza?

La Reina tardó unos segundos en contestar.

—Estoy muy preocupada por los documentos que recibisteis de Alderaan, Lee-Ahn. El Canciller me ha dicho que hay riesgo de que Naboo vuelva a tener problemas si no actuamos rápido.

Lee-Ahn miró a Obi-Wan en silencio, quien presentaba un preocupado semblante.

//Debemos contarle la verdad// le oyó decir en su mente.

Ella asintió pensativamente.

—¿Lee-Ahn, estás ahí?

—Alteza —dijo Lee-Ahn suavemente—. Los documentos que recibimos del Consejo Jedi carecen totalmente de importancia.

—¿Pero cómo…? —Amidala se quedó totalmente sin palabras.

—Sí, he de decir que cuando lo supe me quedé tan sorprendida como usted. Los documentos son una mera trampa para atrapar al Lord del Sith.

//Lo cual dudo mucho// musitó a través de la Fuerza, provocando una irónica sonrisa de Obi-Wan.

—Entonces deberé hablar con el Canciller Palpatine…

—Alteza —dijo Obi-Wan, tomando el comlink de Lee-Ahn entre sus manos—. Le rogamos que no haga comentarios sobre esta conversación con nadie hasta que hayamos solucionado este asunto.

—¿Ni siquiera con el Canciller Palpatine?

—Lo siento, Majestad, pero hemos de tomar severas precauciones. El Consejo Jedi nos comunicó que el día del duelo está muy cerca.

—¿De modo que mi planeta está de nuevo en peligro, Obi-Wan? ¿Y ni siquiera puedo decírselo al Canciller Supremo del Senado? —la voz de Amidala era seria y algo airada en este instante.

—Amidala, te lo ruego —dijo Lee-Ahn, quitándole el comlink a Obi-Wan—. Nuestro deber es preservar la paz en la galaxia, y mucho me temo que esto no será posible si no tomamos ciertas medidas de seguridad.

—… De acuerdo —dijo la Reina tras unos breves instantes de reflexión—. Confiaré en vosotros.

—No la defraudaremos, Alteza —dijo Lee-Ahn, y cerró la comunicación.

Obi-Wan se sentó en una silla y suspiró levemente.

—¿Crees que hemos tomado la decisión adecuada? —preguntó pensativamente, sin mirar a Lee-Ahn.

—No lo sé —susurró Lee-Ahn—. Sin embargo, lo que sí creo es que mantener esta conversación ha sido muy arriesgado, aunque mucho más seguro que una comunicación holográfica.

Obi-Wan no pudo evitar mostrar una sonrisa a medias.

—¿Deberíamos comentarle a la Reina todo acerca las mentiras de Palpatine? Seguramente ella no sabe que no se ha dado ninguna señal de alarma, o que los sistemas de comunicación funcionan perfectamente…

—Por ahora no creo que sea una buena idea —dijo Lee-Ahn, aunque dudó bastante en su respuesta—. ¿Quién sabe si Palpatine también está preocupado por la seguridad de Naboo y está intentando buscar soluciones, a su manera?

—No creo que a eso se le puedan llamar «maneras»… —dijo Obi-Wan, y ambos sonrieron.



Hacía tantos años que Lee-Ahn no tenía sueños agradables que provocaban su sonrisa mientras dormía… Era tan extraño que incluso cuando se despertó, a Lee-Ahn le extrañó que todo no hubiera sido real. Y quiso cerrar los ojos para volver a regresar a ese sueño…

Qui-Gon no había muerto, y él mismo fue quien le cortó la trenza de Padawan el día en que la nombraron Caballero Jedi.

De alguna manera, Anakin y Amidala se casaban tal y como Annie había vaticinado con su sueño. Y Qui-Gon sonreía y le llamaba «hijo».

El brillo que Lee-Ahn echaba de menos en los ojos de Obi-Wan reaparecía.

Todo era tan perfecto, tan idílico…

Ki-Ond y Deiné ya eran adultos. Serían unos perfectos Jedi. Y Lee-Ahn se sentía orgullosa, se sentía feliz. Ya no había miedo, ni dolor, ni tristeza… ni siquiera ese vacío que atormentó a Lee-Ahn durante todos esos años.

Y Qui-Gon sonreía y la llamaba «mi niña».

Entonces Lee-Ahn hablaba de Darth Maul y la Federación de Comercio, de los documentos Alderaani y del Maestro del Sith, del ser oscuro que violaba sus sueños… Pero Obi-Wan la besaba con dulzura y le repetía que todo había sido una pesadilla.

Pero qué pesadilla tan real.

Anakin, Ki-Ond y Deiné ya no llevaban trenzas de Padawan. Se habían convertido en Caballeros Jedi. Y Lee-Ahn y Obi-Wan ya eran Maestros.

Todos estaban contentos, y charlaban jovialmente.

Un niño de cabellos rubios se escapaba del regazo de Amidala. Un hijo suyo y de Annie. Con un gran poder en la Fuerza… probablemente Obi-Wan se ocuparía de él, tal y como hizo con su padre. El niño corría de un lado para otro, sus ojos sonreían y su pelo dorado brillaba con el Sol.

Y todos reían y llamaban al niño Luke.



Los rayos de Sol acariciaron la cara de Lee-Ahn. Ella abrió un poco los ojos, lo suficiente como para acostumbrarse a la luz que comenzaba a iluminar la habitación. Se dio la vuelta, y contempló a Obi-Wan, quien seguía durmiendo. Lee-Ahn sonrió y se apoyó sobre un codo en la cama, mientras que con la otra mano se frotó lentamente la cara, como si quisiera apartar los restos de sueño que le quedaran.

Observó a Obi-Wan mientras dormía. Parecía tan frágil… Aparentaba ser mucho más débil de lo que en realidad era. Y sin embargo, eso era algo en lo que él siempre le aventajaba.

Apoyó suavemente la cabeza en su hombro, con cuidado para evitar que él no despertara. Comenzó a soñar despierta, a recordar momentos de su niñez cuando era tan sólo una Padawan… Recordó cuando ambos eran unos niños y todo parecía tan fácil, tan sencillo. Cuando Qui-Gon la tomó excepcionalmente como Padawan ella tenía nueve años y Obi-Wan catorce. Siempre compartieron la habitación hasta que Lee-Ahn creció y

dejó de ser una niñita. Entonces no quiso dormir en la misma habitación que él, no quería que él la viera… El mismo recuerdo provocó la risa en Lee-Ahn.

A su lado, Obi-Wan comenzó a moverse, y Lee-Ahn se volvió para mirarle. Él sonrió perezosamente y suspiró.

—¿Ahora te dedicas a espiar a Caballeros Jedi mientras duermen? —dijo aún con los ojos cerrados; con la voz ligeramente ronca a causa de las horas de sueño.

Ella le pasó el dedo índice por la mejilla y entonces él entreabrió los ojos. O, al menos, a Lee-Ahn le pareció ver el reflejo de algo verde dentro de ellos. Al contacto con su mano, él emitió un sonido que se quiso parecer al ronroneo de un gato. Lee-Ahn comenzó a reír.

—¿Y tú te dedicas a comportarte como un gatito indefenso? ¡Obi, aún estás sonámbulo!

Justo al acabar la frase, Obi-Wan saltó de su posición y se incorporó frente a Lee-Ahn, inmovilizándola al tomarla de los brazos. Ahora tenía los ojos abiertos de par en par, y en sus ojos ligeramente enrojecidos por el sueño pareció brillar su iris verdoso. «Ojos de gato», pensó Lee-Ahn, y siguió riendo.

—¿Es que no puedes dejar de reír? —dijo Obi-Wan, comenzando a contagiarse por ésta.

Se agachó y rozó los labios de Lee-Ahn con los suyos. Entonces volvió a su posición original, cuando aún estaba medio dormido. Volvió a cerrar los ojos.

—Bueno, creo que después de esto puedo volver a dormirme… —dijo, y bostezó ruidosamente.

Como Lee-Ahn no contestó, abrió uno de los ojos y miró a Lee-Ahn. Ella sonrió abiertamente.

—Sabía que harías eso —dijo ella, acariciando el pelo de Obi-Wan—. Eres demasiado previsible.

—¿Por qué estás tan feliz? —preguntó él, devolviéndole la sonrisa.

—No he tenido pesadillas, Obi.

Obi-Wan pareció bastante sorprendido ante esa respuesta.

—¿Ninguna?

Ella negó con la cabeza.

—Al contrario, he tenido un sueño realmente estupendo. Y tú salías.

—¿Ah, sí? —sonrió él, fingiendo importancia—. ¿Y de qué iba el sueño, globalmente hablando?

La sonrisa de Lee-Ahn se disipó cuando iba a contestar.

—He soñado que Qui-Gon estaba vivo.

Apartó la vista de Obi-Wan y miró hacia la ventana. A su espalda, él se incorporó y le besó el cabello con gentileza.

—Oye, no quiero que te deprimas en un día como hoy. A Qui-Gon no le gustaría.

Ella asintió pensativamente. De todas maneras, Qui-Gon era uno con la Fuerza, y por mucho que su espíritu acudiera para reconfortarla y darle consejo, nunca más sería lo

mismo. Y mientras pensaba, una duda acudió a su mente: ¿Por qué Qui-Gon aún no había hablado con Obi-Wan?



Horas después del desayuno, Lee-Ahn salió al jardín acompañada de su ahora Padawan Ki-Ond Simun. Momentos antes ella había hablado en secreto con el Consejo vía holograma y le habían comunicado que Adi Gallia había dado su consentimiento para que Lee-Ahn entrenase a Ki-Ond. En otras palabras, oficialmente Lee-Ahn tenía dos aprendices a su cargo.

—¿Conocías a mi Maestra Adi Gallia? —oyó Lee-Ahn decir a Ki-Ond a su espalda. Ella se dio la vuelta.

—Simplemente por reputación. Cuando ella ya era una gran Maestra Jedi yo aún no había alcanzado el rango de Caballero Jedi. Y ambas tenemos prácticamente la misma edad…

—Ya veo —dijo el joven escuetamente.

Lee-Ahn le hizo que se sentase frente a ella.

—Padawan, ¿hay algo que te preocupe?

El chico le contestó sin mirarla directamente a los ojos.

—Presiento que el momento se acerca, Maestra. Anoche apenas puede dormir.

—¿El «momento»?

—El Lord del Sith. Es como un animal de caza, esperando el momento adecuado para saltar sobre su presa.

Lee-Ahn se quedó atónita. No supo qué decir ante el comentario del chico pues, obviamente, ella no había presentido nada al respecto esa noche.

—¿Estás seguro, Ki-Ond? Yo no he sentido nada.

Quiso reconfortarle, darle apoyo a través de la Fuerza, pero no le era posible. El vínculo que normalmente existe entre todo Maestro y su Padawan aún no se había abierto en su totalidad, no se había afianzado del todo. Y eso era un obstáculo que llevaría su tiempo, puede que unas horas o puede que unas semanas. Así que decidió optar por una decisión más drástica.

—Había decidido continuar con el entrenamiento de sables de luz, pero me parece que lo dejaremos para esta tarde. Ahora comenzaremos a practicar con tus poderes mentales a través de la Fuerza y aprenderás a controlar todos esos pensamientos para que sean más… creo que nítidos se acerca a lo que quiero decir. ¿Me comprendes?

El joven asintió, pero no estaba muy seguro de sí mismo.

—Nunca antes había hecho eso, ni siquiera con la Maestra Gallia.

—Pues ya eres lo suficientemente mayor como para que llegue ese momento. De todas maneras pienso ayudarte. Si estás preparado, cierra los ojos.

Ki-Ond obedeció, y aunque controlaba su miedo con gran facilidad, Lee-Ahn casi podía palpar la inseguridad que invadía al chico.

—Ahora debes concentrarte. Aleja de ti todas esas inseguridades, y deja que la Fuerza te guíe… Recuerda que podemos parar cuando tú quieras. —Lee-Ahn hizo una pausa hasta que el joven estuvo totalmente concentrado—. Ahora debes enfocar tus pensamientos, en lo que no te deja dormir. Sé que es difícil, así que tómate tu tiempo.

Lee-Ahn observó a Ki-Ond, cuyas facciones comenzaron a endurecerse poco a poco.

—¿Qué es lo que ves, Padawan?

—Todo está borroso… —contestó confundido.

—Con el tiempo y la práctica aprenderás a verlo todo más claro —dijo Lee-Ahn conciliadoramente—. ¿Percibes algo por tu instinto?

—Siento frío, mucho frío… —Lee-Ahn supo sin duda que Ki-Ond presentía el Lado Oscuro—. Y el miedo invade el ambiente. No es el miedo que conduce al Lado Oscuro, sino es una especie de… temor a que algo peor se desencadene.

—Bien, Ki-Ond. Ahora intenta calmarte y sigue hablando.

Lee-Ahn supo sin duda que el frío era el Lado Oscuro. Lo que el chico veía era el duelo con el Lord del Sith. Y tal y como había dicho, el momento estaba cerca.

—Siento… siento dolor…

—Ki-Ond, debes parar si no…

—No —dijo Ki-Ond tajantemente—. Maestra, no es un dolor físico. Es otro tipo de dolor… No lo sé… —el joven intentaba buscar la respuesta a través de la Fuerza—. Dolor por otra persona.

—¿Qué es lo que quieres decir?

—… Ha ocurrido algo. Algo a otra persona, y me siento responsable. Por culpa de la falta de algo, por culpa del…

De repente Ki-Ond calló, y la sorpresa invadió su cara.

—¿Qué te ocurre, Ki-Ond?

—Maestra… —susurró el chico casi imperceptiblemente—. ¡Maestra Lee-Ahn, estoy dentro de tu mente!

Entonces el chico abrió los ojos, y comenzó a respirar ruidosamente.

—Estoy tan… cansado…

—Has hecho demasiado esfuerzo, Padawan… Creo que por ahora hemos acabado.

—Maestra Lee-Ahn, lo que he visto ha sido el duelo con el Maestro del Sith… desde tu punto de vista.

Lee-Ahn supo que era cierto, y sólo se limitó a asentir débilmente.

—Lo sé, Padawan, lo sé. Pero el futuro no siempre ha de presentarse tal y como uno lo ve. La Fuerza superior, la Fuerza cósmica es algo que cambia continuamente. Por eso se presentaba tan borroso. De todas maneras a partir de hoy nos concentraremos en la Fuerza viviente.

—Si, Maestra.



Lee-Ahn y Ki-Ond decidieron salir del Palacio de Theed por un momento. El chico no había visto la ciudad y se sentía muy interesado en la riqueza de la cultura y la belleza de los paisajes de Naboo. Todo esto quería decir que Ki-Ond había tenido tiempo para investigar por su cuenta. Sólo entonces Lee-Ahn comprendió el porqué de que el chico estuviese constantemente en la Biblioteca de Palacio.

—¿Cómo progresan tus conocimientos de lucha con sable de luz, Ki-Ond?

El chico se paró por un instante mientras caminaban por un pasillo del palacio, el cual les conduciría al exterior.

—¿Es eso estrictamente necesario, Maestra?

Lee-Ahn le miró severamente.

—Padawan, si hemos de enfrentarnos contra un Lord del Sith es totalmente necesario que sepas usar tu sable de luz. De lo contrario, no te permitiré que estés con nosotros.

Ki-Ond bajó la vista, avergonzado.

—Maestra, sé toda la teoría al pie de la letra. Sólo… me hace falta algo de práctica.

—En ese caso no te preocupes. Si sólo necesitas practicar algo de tiempo esta tarde lo podemos solucionar para que nos acompañes —sonrió Lee-Ahn—. A propósito, ¿te has construido ya tu propio sable de luz?

El joven asintió rápidamente y le entregó con orgullo su sable de luz.

Lee-Ahn lo observó por unos instantes, entre sus manos. La complejidad de su diseño enseguida denotó que había sido construido en el Templo Jedi de Coruscant. De lo contrario, si se hubiera construido fuera de éste, su diseño sería bastante más sencillo.

Lo activó y de su emisor salió una hoja color verde esmeralda, un color que Lee-Ahn nunca antes había visto. Ki-Ond sonrió.

—Conseguí la gema para darle ese color a la hoja durante una misión en Kessel.

—Debí haberlo dado por supuesto —dijo Lee-Ahn, apagando el arma y devolviéndoselo a Ki-Ond. Sin mediar más palabras, ambos siguieron caminando hasta que salieron al exterior del palacio.

El cielo estaba totalmente despejado, y sin embargo hacía una buena temperatura. Todo estaba demasiado tranquilo, era demasiado… perfecto. Sobre todo para el peligro que se cernía sobre ellos.

—Tengo un mal presentimiento… —murmuró Lee-Ahn en voz baja.

—Todos estamos preocupados, Maestra —señaló el joven Padawan—. Sobre todo por si la acción del Sith se desencadena en algo mucho peor y afecta a todo el planeta; tal y como ocurrió hace siete años.

—No lo creo —dijo Lee-Ahn—. Esta vez sólo nos quieren a nosotros. El problema es entre los Jedi y los Sith. Y claro está, por los documentos que nos entregaste.

—Lo que no entiendo es por qué el Consejo Jedi se está arriesgando tanto y está arriesgando nuestras vidas…

—Eres demasiado avispado, mi joven aprendiz —rió Lee-Ahn—. Si sirve de algo mi opinión, creo que lo que el Consejo quiere es poner un fin de una vez a todo esto.

Ki-Ond asintió, comprendiendo, y ninguno de los dos dijo nada más.

—¡Hola Dola! —se oyó detrás de ellos, y ambos se volvieron. Era Jar Jar Binks, quien se acercó a ellos.

—Hola, Jar Jar —dijo Lee-Ahn, sonriendo—. ¿Qué es lo que te trae por aquí? ¿Aún están reconstruyendo Otoh Gunga?

El gungan asintió.

—Misa no entiende gunga. Misa ayuda y Capi Tarpals dice «¡Jar Jar Binks, tunotravez!» y Jefe Nass ordena misa que vaya ver a nabooses. Así que misa qui.

Lee-Ahn y Ki-Ond comenzaron a reír.

—Vaya, Jar Jar, no entiendo por qué desconfían de alguien tan responsable como tú —dijo Lee-Ahn irónicamente.

Ki-Ond le miró curiosamente.

—¿Eres un gungan?

Jar Jar asintió, haciéndose el importante.

—Es verdad, lo olvidaba —asintió Lee-Ahn—. Jar Jar, este es mi Padawan Ki-Ond Simun. Ki-Ond, este es…

—¡Misa Jar Jar Binks! —dijo Jar Jar, agitando fuertemente la mano de Ki-Ond—. ¡Misa mu contento por nuevo colega!

—Tranquilo, Jar Jar —dijo Lee-Ahn, poniéndose entre ellos—. Hoy es el primer día que entreno a Ki-Ond, así que no me lo mates todavía.

—¡Oh, Li-Ann muuuu graziosa!

Todos comenzaron a reír. En ese instante salió Anakin por la puerta. Saludó a todos sonriente, con un gesto con la cabeza, y luego se dirigió a Jar Jar.

—¡Hey, Jar Jar! ¿Aún sigues enfadado conmigo?

—¡Oh, misa no mosquea con Ani! ¡Tusa choca esos… hmm… cuatro!

Anakin sonrió, chocando suavemente su mano con la del gungan.

—Me he enterado que eres el Padawan de Lee-Ahn —le dijo a Ki-Ond—. Por lo que veo vamos a pasar mucho tiempo juntos…

—Ya lo veo —sonrió Ki-Ond.

—Bueno, ¿qué quieres que te diga? Me encanta tener nuevos amigos. ¿No piensas lo mismo Jar Jar?

Jar Jar asintió.

—Anakin, de un tiempo a ahora estás desaparecido. ¿Se puede saber dónde te metes? —dijo Lee-Ahn, revolviendo el pelo del chico.

Anakin le miró extrañado.

—¿De verdad que no te lo imaginas?

Lee-Ahn suspiró.

—Cierto. Estaba demasiado claro.

—¡Jedi Lee-Ahn! ¡Jedi Lee-Ahn!

Todos se volvieron hacia Rabé, la asistente de la Reina Amidala, quien se encontraba frente a ellos casi sin aliento.

—Tranquilízate, jovencita —le dijo Lee-Ahn—. ¿Qué es lo que ocurre?

—¡El Canciller Palpatine nos ha comunicado que las comunicaciones holográficas se han restablecido!

Lee-Ahn sonrió irónicamente.

—Realmente es una sorpresa. ¿Cómo ha sido?

—No lo sé —confesó la joven asistente—. Pero Obi-Wan Kenobi dice que el Consejo Jedi está a la espera de establecer una conexión con el Palacio.

—De acuerdo. Muchas gracias, Rabé.

Todos se encaminaron de vuelta al interior del Palacio de Theed y se dirigieron a la sala de recepciones, donde Obi-Wan les estaba esperando. Mientras caminaba, Anakin se acercó a Lee-Ahn y le tocó el brazo.

—Ya te dije que Palpatine no era tan malo —dijo, y sonrió a la Jedi.

Lee-Ahn tuvo que reconocer que esta vez el chico tenía razón.



Una vez que llegaron a la Sala de Recepciones, Rabé les dejó solos a los cuatro Jedi. Obi-Wan les hizo una indicación para que se acercasen, lo cual hicieron. En ese momento ante ellos se materializó la noble figura del cabeza del Consejo, Mace Windu, quien les saludó con un breve gesto con la cabeza.

—Me alegra comprobar que os encontráis en buen estado, y que las conexiones holográficas a Naboo se hayan restablecido.

—Maestro, las conexiones mediante hologramas nunca han fallado —contestó Obi-Wan seriamente.

—Obi-Wan, ¿qué es lo que quieres decir? —dijo el Maestro Jedi visiblemente confundido.

—Quiero decir que nunca hubo problemas en los sistemas de comunicación. Justo después de que nos dieran la noticia descubrimos que se encontraban en perfecto estado y que nunca se habían cortado.

Mace Windu reflexionó unos momentos antes de contestar.

—Puesto que el «problema» ya está solucionado creo que no nos debemos preocupar más por ello. Sin embargo, a todos nos interesa conocer la situación de Naboo.

—Todo está demasiado… tranquilo, Maestro. Tememos que de un momento a otro se desencadene un mayor peligro —contestó Lee-Ahn.

—Deberéis estar preparados para lo peor. De todas maneras, si todo se complica, os tenéis que comunicar con nosotros urgentemente para que podamos trasladarnos a Naboo.

—No creo que haya suficiente tiempo —dijo Lee-Ahn, preocupada por la situación.

—Sí, ese es el mayor problema. Aunque todos creemos que, ya que el Sith sólo busca los documentos Alderaani, no se desencadenará una invasión por todo el planeta. En eso no está interesado. —Mace Windu pausó por unos instantes—. Quiero que os disculpéis ante la Reina en mi nombre porque todo esto tenga que ocurrir en Naboo.

Los cuatro Jedi asintieron en silencio.

—Por cierto —dijo Windu, dirigiéndose a Lee-Ahn—. Como medida excepcional, el Consejo Jedi ha decidido que te ocupes del entrenamiento de Ki-Ond Simun permanentemente, hasta que llegue el momento en que se convierta en Caballero Jedi.

Lee-Ahn sonrió, puesto que de alguna manera ya conocía esa decisión de antemano.

—Sí, Maestro.

—Recordad que debéis ser fuertes. Que la Fuerza os acompañe.

Todos se inclinaron ante Mace Windu y, acto seguido, su imagen se disipó en el aire.



Horas más tarde, Lee-Ahn salió de su habitación en busca de los demás (Obi-Wan, Ki-Ond y Anakin) para que los Padawan practicaran con sus sables de luz. Era algo vital, ya que tal y como todos presentían, les quedaba poco tiempo.

Había intentado dormir, pero no le fue posible. En su cabeza no paraban de dar vueltas una serie de ideas y conjeturas. Ya no era tan sólo el problema con el Sith, el comportamiento extraño de Palpatine, o la conducta del Consejo Jedi… ahora también era lo que Ki-Ond había «visto» a través de la Fuerza, o el hecho de que Anakin desapareciese continuamente; y no siempre se encontraba junto a Amidala…

Lee-Ahn suspiró profundamente. Debía calmarse, recuperar el control o de lo contrario no sabía lo que ocurriría. Comprendió que le hacían falta algunas horas de meditación y buscar en la Fuerza ese apoyo que tanto le hacía falta.

Al pasar junto a los aposentos del Canciller Palpatine escuchó un murmullo, luego una serie de risas. Lee-Ahn se paró en seco. ¿Dónde había oído una risa tan parecida? La cabeza comenzó a darle vueltas, y Lee-Ahn se obligó a sí misma a apoyarse en la pared. Todo era tan extraño, tan… tan estremecedor… y sin embargo, a Lee-Ahn le pareció haber escuchado esa risa, pero no en la realidad… sino en un sueño.

Entonces las puertas se abrieron y de la habitación salió Anakin Skywalker.

Lee-Ahn se maldijo a sí misma y se obligó mentalmente a tener una serie de sesiones extra de meditación. ¿Cómo no le iba a resultar familiar la risa de Anakin? ¿Y por qué de un tiempo a esta parte no hacía nada excepto relacionar todo lo que veía y oía con los sueños que tenía?

—Lee-Ahn… Lee-Ahn, ¿estás bien? —Anakin se acercó a ella, y su cara expresaba la tremenda preocupación que sentía por su amiga.

—No te preocupes, Annie. Tan sólo me estoy volviendo un poco neurótica —sonrió, y ambos se dirigieron hacia el jardín de entrenamiento—. A propósito, ¿me puedes explicar qué es lo que hacías con el Canciller Palpatine?

Anakin se paró en seco.

—No tengo por qué explicarte nada —murmuró entre dientes.

Lee-Ahn le miró severamente.

—Annie, ninguno confiamos en Palpatine, y tú lo sabes. No entiendo por qué te empeñas en ver en él a una buena persona.

—¡¿Por qué nunca confiáis en mi?! ¡No me dejáis hacer nada, y Obi-Wan mucho menos! —gritó Anakin, enfurecido—. ¡Creía que eras diferente, Lee-Ahn, creía que tú me comprendías!

—¡Anakin Skywalker, si dejas que la ira te envuelva tan fácilmente nunca serás un Caballero Jedi! —La misma Lee-Ahn se asombró del tono de su voz. Nunca antes le había hablado tan alto a alguien.

Anakin volvió la cabeza. Lee-Ahn pudo comprobar que el chico pensaba en su madre. De alguna manera, ella había dado en la tecla adecuada al sugerirle la posibilidad de que nunca se convertirá en Jedi. De esta manera, el chico nunca conseguiría liberar a Shmi Skywalker.

Cuando Lee-Ahn le obligó a mirarla, Anakin tenía el rostro surcado en lágrimas. A Lee-Ahn se le partió el corazón, y cuando se acercó para abrazarle, él no opuso resistencia.

—Lo siento —balbuceó Anakin—. Siento haberte levantado la voz…

En un lugar de su interior, Lee-Ahn supo que había llegado el momento de hablar con Anakin. Tenía que contarle la verdad sobre su pasado. Por un momento tuvo miedo de dañar al chico con la revelación acerca de Qui-Gon, pero entonces en su mente resonó la voz de su Maestro, que decía: «Todo debe ser respondido a su tiempo, mi joven aprendiz, y sólo tú puedes saber si eso es lo correcto o no».

Sólo entonces Lee-Ahn comprendió que era lo correcto.

—Anakin, tenemos que hablar.

El joven levantó la cabeza y miró a Lee-Ahn.

—Ya he dicho que lo siento. ¿Qué mas he hecho ahora?

—No es eso, Annie. —Lee-Ahn sonrió—. Es algo mucho más serio.

Anakin asintió, y ambos se sentaron en las escaleras que daban a la entrada del jardín del Palacio. Probablemente Obi-Wan y Ki-Ond ya estarían ahí, pero no podrían escucharles.

—No se por dónde empezar… —murmuró Lee-Ahn pensativamente.

—¿Por el principio?

—Supongo que sí. Annie, quiero que me escuches con atención: Tú no fuiste creado a partir de midiclorianos. Ni siquiera creo que ese tipo de gestación exista.

—¿Quieres decir que tengo… un padre?

Lee-Ahn asintió, preocupada por la reacción de Anakin, pero al comprobar que éste se encontraba totalmente sereno, decidió continuar.

—Hace bastantes años, un Caballero Jedi visitó Tatooine. Durante su estancia en el planeta conoció a una joven llamada Shmi Skywalker, y como debes suponer, el amor surgió entre ellos.

—¿Qué ocurrió?

—La vida de un Jedi es muy arriesgada, y él decidió abandonar Tatooine muy a su pesar. No quería poner en peligro a tu madre, así que usó la Fuerza para que tu madre no

le recordase. Pero todo se complicó cuando a los pocos meses descubrió que Shmi acababa de tener un hijo al que puso de nombre Anakin Skywalker.

—Mi madre me dijo que Anakin significa «que no tiene padre».

—Pero sí que lo tienes. Anakin, no sé si te lo imaginarás o no, pero ese Jedi que una vez visitó Tatooine; el nombre de tu padre es… Qui-Gon Jinn.

Todo se quedó en silencio. Sólo se oía el murmullo de los pájaros en plena naturaleza, el ligero viento al chocar contra las ramas de los árboles. Lee-Ahn miró a Anakin, y supo que el joven comprendía y aceptaba lo que le acababan de decir.

—Debí imaginármelo —murmuró para sí mismo—. No lo sé, era la forma en que nos miraba a mi madre y a mí, su empeño por liberarnos a los dos… También era como si la Fuerza me quisiera decir la verdad en todo momento. Ahora entiendo por qué sentí tanto su muerte.

Lee-Ahn le pasó una mano por la cabeza, como si fuera a su hermano pequeño.

—Creo que inconscientemente siempre supiste que Qui-Gon es tu padre…

—¿Por qué nunca me lo dijisteis?

—Te sorprenderá saberlo, pero Obi-Wan y yo nos enteramos el día anterior a nuestra partida a Naboo.

Anakin se quedó pensativo por un momento, luego comenzó a reír.

—Además —dijo entre risas—. Eso de que fueron los midiclorianos los que me generaron me sonó demasiado increíble desde el primer momento…

Sonriendo, Lee-Ahn se puso en pie y ofreció su mano a Anakin para que hiciera lo mismo.

—Annie —dijo, mientras se dirigían a dónde estaban Obi-Wan y Ki-Ond—. quiero que me perdones por lo de antes. Nunca jamás había hablado así a nadie.

—Por favor, no hablemos más sobre eso.

Lee-Ahn asintió en silencio.

—Sabes perfectamente que eres como un hermano para mi, por eso debes comprender que no puedo evitar preocuparme por ti…

—Hermanos, ahora más que nunca, ¿no, Lee-Ahn? —comentó Anakin jovialmente.



Tardaron unos minutos en encontrarles. Obi-Wan, sentado en un banco, hablaba animadamente con Ki-Ond, quien se encontraba de pie y frente a él, sostenía entre sus manos una especie de botella que contenía agua.

—Vaya… ya era hora de que aparecierais… ¿dónde os habíais metido? —dijo Obi-Wan, fingiendo enfado. Ki-Ond, a su lado, hacia esfuerzos por no reír.

—La paciencia es una gran virtud, Jedi Kenobi. Me gustaría que aprendieras eso. —Lee-Ahn y Anakin compartieron una mirada cómplice y sonrieron.

Obi-Wan les miró, atónito.

—Esperad un momento. Aquí pasa algo, y yo soy el último en enterarme… ¿qué es lo que ocurre, si se puede saber? —Obi-Wan miraba a su Padawan y a Lee-Ahn sin comprender.

Lee-Ahn suspiró, sacudiendo la cabeza.

—Obi, Anakin ya sabe toda la verdad.

—¿La verdad? —preguntó el Jedi, aún sin saber a qué se referían.

—Maestro —dijo Anakin—. Ya sé que Qui-Gon era mi padre.

Ki-Ond, quien hacia unos segundos estaba bebiendo agua, comenzó a toser ruidosamente.

—Oops… —dijo Anakin—. Se me olvidaba que él no lo sabía.

—Eso sólo tiene un nombre, Padawan —indicó su Maestro, irónicamente—. Falta de tacto.

Lee-Ahn se acercó a Ki-Ond.

—Padawan, ¿estás bien?

Ki-Ond se volvió hacia ellos, con la cara colorada a causa de la tos.

—¿Qué es lo que ha dicho? —dijo con la voz ronca, señalando a Anakin.

—Anakin lo ha dejado… demasiado claro —contestó Obi-Wan con sorna—. En otras palabras: Ki-Ond, tengo el honor de presentarte a Anakin Skywalker Jinn, hijo de Shmi Skywalker y sí, Qui-Gon Jinn, Maestro Jedi.

—Ya veo lo seriamente que te lo estás tomando —comentó Anakin, y ambos rieron suavemente. Lee-Ahn les miró. En verdad, ellos nunca habían compartido una estricta relación Maestro/Padawan…

—Pero… pero… —comenzó a decir Ki-Ond—. ¡Nunca había oído hablar de Caballeros Jedi que tienen hijos con personas no sensibles a la Fuerza!

—Eso es algo totalmente normal, aunque conlleve un cierto peligro… —dijo Obi-Wan—. Lo más normal es que los hijos sean fruto de dos personas no sensibles a la Fuerza, con o sin parientes Jedi, o entre dos Jedi… —esto último lo dijo mirando a Lee-Ahn. Ella le miró, parcialmente escandalizada.

—¡¡Obi, no es el momento!!

—Y si no —dijo Anakin, sin parar de reír—. ¿De dónde crees que salen tantos Padawan? ¿… De los midiclorianos, como yo?

—Deberíamos tomarnos esto más en serio, si sirve de algo mi opinión —observó Ki-Ond, y Lee-Ahn asintió, señalándole.

—Por todos los cielos, si el Maestro Yoda nos llega a oír hablando así de la Orden Jedi y del Código… Mejor no quiero ni pensarlo.

—¡Impertinentes, vosotros sois! ¡Castigaros deberemos! —dijo Anakin en una mala imitación de Yoda. Lee-Ahn ya no sabía si reír o llorar.

—¡Oidme todos! —se hizo oír Obi-Wan, provocando un repentino silencio—. Veamos, si mal no recuerdo estamos aquí para que estos dos jóvenes —señaló a Anakin y Ki-Ond—. entrenen con sables de luz, ¿no es así? Pues recomiendo que comencemos antes de que anochezca, por el bien de todos.

Acto seguido, los aprendices Jedi activaron sus respectivos sables de luz.

—Y por cierto —añadió Obi-Wan—. para que no se vuelva a repetir este periodo de locura transitoria ordeno que tengamos unas sesiones de meditación sobre lo que no debemos decir.

Lee-Ahn enarcó una ceja. Sabía que Obi-Wan, fiel defensor del Código Jedi y opuesto a que se mofen de él, diría eso. Los gritos de protesta de Anakin se pudieron oír a lo largo de todo el jardín del Palacio de Theed, provocando que los pájaros huyeran asustados de los árboles del mismo.



Una vez, cuando era una pequeña Padawan, Lee-Ahn oyó decir a un venerable Maestro Jedi que todo lo que se va acaba volviendo antes o después. Nunca supo exactamente lo que querían decir esas palabras hasta hace poco. Lo comprendió cuando vio por primera vez al espíritu de Qui-Gon.

Y esa noche Lee-Ahn volvió a tener pesadillas. A decir verdad, tuvo la peor pesadilla que una persona puede tener jamás.

No pudo asegurar en qué planeta se encontraba. Tampoco supo decir el momento justo en el que se desarrollaba la escena. Tan sólo percibió un extraño sentimiento que invadía las habitaciones. El vínculo con Anakin estaba cerrado.

—Anakin, no puedo permitir que sigas cayendo por ese oscuro pozo. La entrada al Lado Oscuro es muy sencilla, pero salir de él no.

—Kenobi, olvidas que ya no soy tu Padawan… has llegado tarde, como siempre. Ahora toda la Orden Jedi será destruida, y tú correrás la misma suerte.

Lee-Ahn entró en una de las habitaciones. En ella estaban Obi-Wan y Anakin, aunque este último ya no era ni siquiera un adolescente, sino un hombre. Y Obi-Wan, aunque siguiese siendo joven parecía muchos años mayor a causa del cansancio que marcaba sus ojos. Lee-Ahn contempló con horror la escena.

Entonces Anakin activó su sable de luz, el cual emitió una hoja de color rojizo. Obi-Wan, con los ojos empañados en lágrimas, activó el suyo. Parecía que ninguno de los dos se había percatado de la presencia de Lee-Ahn, quien estaba semioculta tras las sombras. Anakin sonrió maliciosamente y se acercó a Obi-Wan.

—Adiós, Obi-Wan Kenobi —dicho esto, comenzaron a luchar. Lee-Ahn casi no podía ver los sables de luz, apenas se distinguían una serie de imágenes borrosas. Unas rojas, otras azules… Lee-Ahn no podía comprender por qué peleaban el Maestro y el Aprendiz.

Obi-Wan parecía comenzar a cansarse. Anakin, por su parte, no parecía dar muestra alguna de agotamiento; lo cual era totalmente normal al ser Anakin El Elegido. Pero su cara no era la misma, no era el mismo chico que una vez conoció. Lee-Ahn aún se preguntaba si en su interior quedaría algo de aquel Anakin Skywalker.

Obi-Wan se despistó por unos instantes, y Anakin no quiso perder su oportunidad. Se abalanzó hacia él para asestar un golpe certero, un golpe con el que podía acabar con el Caballero Jedi…

—¡¡¡NO!!! —gritó Lee-Ahn, y sin llegar a pensar en su propia acción, se colocó entre el Maestro y el Padawan.

Entonces lo sintió. Vio un sable de color rojo que la traspasaba. Aunque en realidad no llegó a sentir dolor, ni miedo, ni el sabor de la muerte. Era como si estuviese viendo esa escena, como si estuviese viéndose a ella misma caer al suelo desde la otra punta de la sala. Inconscientemente lo único en lo que pudo pensar fue en si el Maestro Qui-Gon sintió lo mismo cuando Darth Maul le hirió de muerte con su propio sable de luz. Miró a Anakin, y el sable de luz cayó al suelo, desactivado.

—Annie… —consiguió balbucear, como si le estuviera implorando algo.

Anakin negó con la cabeza. Por un momento creyó ver en él el Anakin que siempre había sido.

—No… Lee-Ahn no… Esto no puede estar pasando… ¡A Lee-Ahn no le puede estar pasando! —lo único que el joven había conseguido al matar a Lee-Ahn fue adentrarse más en esa negra inmensidad que es el Lado Oscuro. Y Anakin Skywalker huyó de la habitación, maldiciéndose a sí mismo por haber acabado con la vida de la persona a la que una vez llamó «hermana».

Lee-Ahn no pudo más, y cayó al suelo falta de aire. A su lado se encontraba Obi-Wan, el cual no podía hablar. Se agachó junto a ella y le escuchó llorar en silencio.

—Lee-Ahn, no puedes dejarme ahora. ¡Ahora no!

—Obi, escúchame, no me queda mucho tiempo… —Lee-Ahn obligó al Jedi a mirarla. Ojos marrones se encontraron con ojos verdes. Y entonces Lee-Ahn comenzó a hablar casi de manera inconsciente, pues en su interior ni ella misma sabía de qué estaba hablando—. Obi, debes ocultar a los hijos de Anakin. Debes evitar que él desconozca su identidad… al menos mantén a uno de ellos en el más completo anonimato… —Lee-Ahn comenzó a toser, pero se obligó a sí misma a seguir hablando—. Debes quedarte con uno de ellos, entregárselo a tu hermano Owen en Tatooine… el otro debe quedárselo su madre, o dárselo a Bail Organa… No puedes permitir que Anakin destruya a su familia también… —Lee-Ahn calló por unos instantes, intentando buscar aire, pero le comenzaba a faltar poco a poco.

—Lee-Ahn, el Maestro Yoda está en Dagobah. Al menos él está a salvo.

—Tú también debes esconderte, Obi. Vete a Tatooine y espera el momento en que puedas entrenar al pequeño… A Luke Skywalker… Sólo entonces podrás hacer frente a tu destino —le rozó el pelo con dulzura—. Yo ya he encarado al mío… —Lee-Ahn comenzó a cerrar los ojos.

—¡No, no! —gritó Obi-Wan, obligándola a despertarse—. No hables así, tú no te vas a morir…

—Todos morimos algún día, Obi… Tú eres hijo de padres no sensibles a la Fuerza, ¿verdad?

Obi-Wan asintió, con el rostro surcado de lágrimas.

—Lee-Ahn, no comprendo a dónde quieres llegar, pero no debes hablar…

—Obi… todos los Jedi cuyos padres no son sensibles a la Fuerza sufren un cambio en su nombre al ingresar en el Templo Jedi… ¿cuál era el tuyo?

—… Ben Kenobi Lars.

Lee-Ahn sonrió.

—Entonces, Ben Kenobi, debes volver a adquirir ese nombre para permanecer oculto y de esa forma también evitarás que Anakin acabe contigo… Tu destino es volver a encontrarte con él algún día, y para entonces Anakin será el que ponga un fin a tu vida. Y deberás aceptarlo… Para entonces yo te estaré esperando…

Obi-Wan se agachó y besó los labios de Lee-Ahn con vehemencia, como si con ello no la dejara morir. Lee-Ahn volvió a sonreír, aunque su sonrisa se fundió con una mueca de dolor.

—Obi-Wan… Ahora podré estar con mis padres, y con Qui-Gon… Obi, te quiero. Aunque creo que todo eso ya lo sabes… Adiós.

Una lágrima surcó su pálido rostro, y Obi-Wan se agachó junto a ella, rogándole que no se marchara. Entonces Lee-Ahn cerró los ojos, y toda la eternidad se volvió negra.



Cuando Lee-Ahn abrió los ojos, no dijo nada. No se levantó, ni siquiera se movió de su sitio.

No, lo que había soñado no podía ser cierto. Ella no podía aceptarlo, ni pensaba hacerlo. Se dijo a si misma mil veces que los sueños no son un reflejo de la realidad, y que esa no sería la forma en que moriría. Decidió que nunca jamás hablaría con nadie sobre la pesadilla, y mucho menos con Obi-Wan. A su lado, él dormía pacíficamente, y Lee-Ahn se alegró de que Obi no pudiese percibir sus pesadillas.

Sin embargo, ella supo que el sueño era una especie de premonición de que algo malo iba a ocurrir ese día. Lee-Ahn tuvo un mal presentimiento, y de repente sintió frío. Sabía que el Sith les estaba esperando, y que probablemente aparecería ese mismo día ante ellos. Pero Lee-Ahn era valiente y supo que habría que enfrentarse al futuro. Por lo tanto, decidió olvidarse de esa pesadilla absurda, que sin duda era el fruto de sus preocupaciones a lo largo de toda la semana; tanto por sus otras pesadillas (El niño que se llama Luke, el Ser Oscuro), como por sus preocupaciones reales (el Lord del Sith, el Canciller Palpatine).

Sin hacer ruido por miedo a despertar a Obi-Wan, Lee-Ahn se levantó lentamente de la cama y decidió salir al exterior. Necesitaba tomar el aire y aclarar sus ideas, o de lo contrario sería incapaz de dormir en lo que restaba de la noche. Y eso era algo que no se podía permitir.

Pero cuando salió se llevó una sorpresa. Cobijado contra la pared, se encontraba Anakin Skywalker, quien permanecía en posición fetal y con la mirada perdida. Lee-Ahn

le obligó a levantarse, y le puso frente a él. Entonces Anakin se desmoronó y comenzó a llorar apretujado contra su amiga.

Y Lee-Ahn supo que el chico había percibido la pesadilla a través del vínculo que les unía.

—Lee-Ahn… —sollozó el chico—. Te prometo que eso nunca va a ocurrir. Yo siempre seré incapaz de hacerte daño, y si alguien lo intenta, yo…

—Ssshh… —chistó Lee-Ahn, obligándole a callarse—. No sigas. Todo ha sido un sueño absurdo, y yo sé perfectamente que eso nunca va a ocurrir.

En el mismo Palacio de Theed, Obi-Wan Kenobi despertó entre sueños y se alarmó al no encontrar a Lee-Ahn a su lado. Entonces comenzó a sentir frío, y entendió que el Lado Oscuro estaba cerca.

Ki-Ond Simun fue incapaz de dormir esa noche, pues sabía que el momento se estaba acercando.

La Reina Amidala sufrió constantes pesadillas durante toda la noche y Eirtaé, Sabé, Rabé, Saché y Yané corrieron a sus habitaciones alarmadas cuando la oyeron chillar el nombre de Anakin entre sueños.

Jar Jar Binks durmió a pierna suelta durante toda la noche, ajeno a los problemas que se acontecían en el Palacio de Theed.

El Canciller Supremo Palpatine durmió también profundamente, aunque sonrió varias veces entre sueños.

Algo más lejano a Naboo, en las coordenadas 0-0-0 de navegación, donde se encontraba Coruscant, Deiné Y'Sande despertó en mitad de la noche, preocupada por un peligro que se cernía sobre su Maestra Lee-Ahn Dylar.

El sabio Maestro Jedi Yoda permaneció en vela durante toda la noche, meditando. Sabía que el momento no sólo estaba cerca, sino que ya había llegado.



Lee-Ahn volvió a despertar, sin volver a ser perturbada por ninguna pesadilla. Sin embargo, estaba en la habitación de Anakin. Se levantó del sillón donde se había quedado dormida y se apartó el pelo de la cara. Anakin dormía profundamente.

Esa noche, Anakin estaba tan nervioso que Lee-Ahn no quiso dejarle solo otra vez. Años antes, Yoda les había aconsejado a ella y especialmente a Obi-Wan, que evitaran que el chico se desequilibrara y que no permitiesen que nada le afectase. Al ser El Elegido (aunque Yoda dudara mucho sobre ello), y tener una personalidad tan irregular, cualquier altibajo podría abrirle una puerta hacia mayores peligros.

A pesar de que Obi-Wan no se sintiera convencido, Lee-Ahn evitaba a toda costa que el chico sufriese pesadillas, pues sabía por pura experiencia lo que conllevan: Miedo, angustia, confusión… incluso al despertar por un momento parece perderse la noción de la realidad. Por ello cada vez que Anakin tenía una pesadilla Lee-Ahn le reconfortaba a

través del vínculo, haciendo que él olvidara lo que había soñado al despertar. Desgraciadamente, Lee-Ahn no corría la misma suerte.

Y nunca, nunca jamás Anakin había percibido las pesadillas de Lee-Ahn tan claramente. Antes, apenas podía sentir la angustia de Lee-Ahn a través del vínculo.

Se asomó a la ventana, y el mismo día parecía vaticinarles un mal presagio. El cielo no estaba de su usual color azul turquesa, sino que esta vez el tono azulado era más bien grisáceo. Apenas se oía el canto de los pájaros, y no había viento que meciese las ramas. Nada.

—Obi-Wan se va a enfadar conmigo por haber hecho que te separes de su lado… —oyó a Anakin decir con voz somnolienta.

—Me parece que por esta vez Obi-Wan se va a tener que conformar —sonrió Lee-Ahn, acercándose a Anakin—. ¿Cómo te encuentras?

—No lo sé —dijo Anakin, y Lee-Ahn supo que decía la verdad—. Apenas recuerdo lo que ha ocurrido esta noche, tan sólo que me encontraba muy mal y tú me traías… ¿Por qué me levanté esta noche, Lee-Ahn?

Aunque ella ya se había ocupado previamente de borrar de su memoria la horrible pesadilla, decidió no mentirle.

—Anoche tuve una pesadilla que nos afectó a ambos, Annie.

—Cuéntamela.

Lee-Ahn negó con la cabeza.

—Es tan sólo un estúpido sueño. No quiero destrozarte el día.

Anakin entrecerró los ojos y miró hacia la ventana.

—Lee-Ahn, no presiento nada bueno… Siento frío, un frío como el del espacio…

Lee-Ahn no contestó en ese momento. Supo que si Anakin percibía a través de la Fuerza que algo malo iba a pasar, entonces ocurriría.

—¿Por qué tienes miedo, Lee-Ahn?

—No es exactamente miedo. Temo por la seguridad de Naboo, por Amidala; temo por vosotros, especialmente por Ki-Ond y por ti…

—¡Nos podemos valer por nosotros mismos!

—Annie, aún sólo sois dos Padawan. Tú tienes apenas dieciséis años y él acaba de cumplir los quince.

—Seremos fuertes, Maestra —sonrió Anakin. Al menos en esa parte el joven hablaba totalmente en serio.



—«No existe la emoción; existe la paz.

No existe la ignorancia; existe la sabiduría.

No existe la pasión; existe la serenidad.

No existe la muerte… existe la Fuerza».

Lee-Ahn se repitió a sí misma una y mil veces el Código Jedi para volver a recuperar la concentración, pero todo resultó en vano. Tan sólo había conseguido meditar durante apenas dos horas. Entonces le invadieron las preocupaciones, y toda su concentración se vino abajo. A su lado Ki-Ond, que estaba meditando tranquilamente, abrió los ojos y miró a su Maestra.

—Maestra Lee-Ahn… ¿qué te preocupa?

Lee-Ahn sonrió a medias, con los ojos cerrados.

—En realidad, me preocupa todo. No hago nada excepto preocuparme desde que partimos de Coruscant. —Abrió los ojos y miró a su Padawan—. Todo es demasiado extraño, nunca debimos regresar a Naboo. Ahora ruego porque todo acabe cuanto antes.

—No me esperaba esa respuesta —comentó el chico.

—Créeme, los problemas a veces cambian a la gente. Pero todo pasará, te lo digo por experiencia… Así como las pesadillas.

—No he podido dormir en toda la noche, hay una perturbación en la Fuerza demasiado grande… —confesó Ki-Ond.

—Todos lo hemos notado, Ki-Ond. Y la verdad es que te entiendo, nadie ha conseguido dormir esta noche. Ni siquiera la Reina Amidala.

Ki-Ond respiró nerviosamente, luego se volvió hacia Lee-Ahn.

—Maestra, nunca antes me había enfrentado a una situación tan grave como ésta. Jamás me he enfrentado con un Sith.

—Podremos afrontarlo. Y si te dejas guiar por la Fuerza y enfocar lo suficiente en tus acciones sé que no nos vas a defraudar.

Ki-Ond bajó la vista y sonrió, algo avergonzado.

—Me gustaría volver a Coruscant —murmuró en voz baja.

—La verdad, Ki-Ond —le contestó Lee-Ahn—. en estos momentos incluso Anakin quiere dejar Naboo.

En ese instante, alguien llamó a la puerta, y Lee-Ahn indicó en voz alta que la puerta estaba abierta.

Tras ella apareció la figura de la Reina Amidala, y los dos Jedi se pusieron inmediatamente en pie. Con su habitual maquillaje blanco y sus complicados trajes, ahora sí parecía la soberana de Naboo, no la leal doncella Padmé Naberrie. Probablemente Sabé estuviera en la Sala de Recepciones descansando de su tan acostumbrado papel de «Reina por un día».

Amidala se acercó a ellos, y les miró uno a uno alternativamente. Luego comenzó a hablar.

—Temo por mi pueblo —anunció, sin esperar ningún comentario—. No quiero que vuelva a sufrir la devastación que estuvo a punto de destruirlo hace siete años… No sé si podré aguantarlo esta vez.

Lee-Ahn nunca había oído a la Reina en una actitud tan derrotista, y compartió una mirada de solemne preocupación con su Padawan. Él dio un paso adelante y se acercó a Amidala.

—Alteza, estoy seguro de que eso no va a ocurrir —dijo, aunque no confiaba plenamente en sus palabras—. Nosotros estamos aquí para protegerla, para evitar que ningún conflicto se provoque. No podemos fallarla en su promesa.

En la cara de la joven Reina hizo asomo un amago de sonrisa, y rozó la cara del joven aprendiz Jedi con su pálida mano.

—Eres un muchacho realmente valiente… —luego se volvió hacia Lee-Ahn—. Cuando llegasteis a Naboo os deseamos una estancia pacífica y duradera… creo que nada de eso se va a cumplir.

Lee-Ahn se cruzó de brazos.

—Majestad, las cosas no siempre se cumplen como uno desea…



Lee-Ahn se encerró en su habitación después de comer. Necesitaba estar a solas con sus pensamientos. Intentó calmarse, con lo que comenzó a leer otra vez los documentos Alderaani. Lo había hecho ya tantas veces que si alguna vez se perdían, Lee-Ahn sería capaz de enunciarlos de memoria palabra por palabra. Pero al menos de esa manera mataría el tiempo de alguna manera.

—Padawan, esa preocupación no es propia de ti…

Sin previo aviso, la figura de Qui-Gon emergió en medio de la habitación, provocando que a Lee-Ahn se le cayesen algunos papeles al suelo. Cuando se agachó para recogerlos, su Maestro rió suavemente, tomando asiento junto a ella. Lee-Ahn le miró durante largo rato para luego apartar la vista sobre él.

—El Lado Oscuro está cerca, Maestro. Demasiado cerca…

—No debes temer nada, Lee-Ahn. Tú debes ser la última en echarte atrás. Eres el pilar en el que los demás se apoyan, en quien los demás confían. No puedes permitirte venirte abajo.

—Anoche fue Anakin el que estuvo a punto de hacerlo. Qui-Gon, temí tanto por él… Y todo por culpa de mis horribles pesadillas.

El suave rostro de Qui-Gon se endureció ligeramente.

—No entiendo por qué te dejas influenciar tanto por los sueños… ¿Cuántas veces te he repetido que te concentres en la Fuerza viviente y no te apoyes tanto en la Fuerza cósmica? Vas a acabar contigo misma.

—Lo siento —fue lo único que Lee-Ahn consiguió balbucear.

—¿Lo siento? Pareces una Padawan de diez años que se disculpa por haber cometido una travesura. Y lo digo porque solíamos tener a menudo esas conversaciones… —Qui-Gon volvió a sonreír, y en su interior Lee-Ahn suspiró de alivio.

—Le he contado a Anakin que tu fuiste su padre —dijo dubitativa, intentando tantear el terreno.

—Lo sé.

—¿Hice lo correcto, Maestro? —Qui-Gon abrió la boca para hablar, pero ella no le dejó hacerlo—. Sí, ya lo sé: «Sólo yo conozco la respuesta». Pero si quieres la verdad, no sé si eso le acabará perjudicando de alguna manera.

—Eso depende del uso que haga Annie de esa verdad… Por lo que veo has hecho caso a mis consejos…

—A veces me gustaría volver a aquellos años de Padawan, cuando Obi y yo éramos unos inocentes niños que te seguían en cada misión… Todo era tan distinto. —Lee-Ahn luchó por que las lágrimas no aflorasen en sus ojos, pero no pudo evitarlo. Por mucho que Lee-Ahn odiase llorar, en los últimos días había batido el récord de llanto.

Entonces Qui-Gon hizo algo que pilló a Lee-Ahn por sorpresa. La abrazó. No es que la abrazara a través de la Fuerza, sino que fue un abrazo totalmente físico. Como los de aquellos años. Lee-Ahn le miró, atónita.

—Qui-Gon, no puedes…

—Sshh… —le dijo, limpiándole las lágrimas del rostro—. Si durante mi vida fui conocido por no seguir las reglas del Código Jedi, no creo que importe si hago lo mismo mientras formo parte de la misma Fuerza.

—Papá… —murmuró Lee-Ahn, totalmente vulnerable, apoyándose en el hombro de Qui-Gon.

Ahora el sorprendido era el Maestro Jedi.

—No me habías llamado así desde que eras una niña pequeña…

—Sí —afirmó Lee-Ahn—. Y no sabes cuánto me gustaría volver a ese momento.

—Aunque no me creas, sí que lo sé.

—Obi-Wan también te echa de menos, mucho más de lo que él mismo se imagina.

Qui-Gon le acarició el pelo, como cuando era pequeña.

—También lo sé, mi niña. Pero ahora debéis ser valientes. Tú sabes mejor que yo que el momento ha llegado.

Lee-Ahn asintió en silencio, cerrando los ojos.

—Espero que la Fuerza os acompañe. Y que os guíe en el camino más adecuado hacia la victoria.



Esa misma tarde, los cuatro Jedi estaban juntos en la Biblioteca de Palacio junto a Jar Jar Binks. Ki-Ond hablaba animadamente con el gungan, interesado en todo acerca de la vida de su especie. Por lo que parecía, Jar Jar se encontraba bastante bien hablando sobre su pueblo con todo el orgullo del mundo.

Anakin, apoyado en una ventana, se encontraba perdido en sus pensamientos; los cuales estaban, sin duda alguna, con la Reina Amidala o Padmé, tal y como él siempre la llamaba.

Obi-Wan leía con interés en un data-pad una serie de leyendas sobre Naboo que según su propia opinión eran realmente interesantes. Lee-Ahn, por su parte, permanecía

con los ojos cerrados, apoyada suavemente sobre Obi-Wan. Él, dándose cuenta de que Lee-Ahn se estaba quedando dormida, comenzó a hacerle cosquillas en la nariz.

—Despierta, Lili —le dijo jocosamente.

—Obi-Wan —le contestó ella, abriendo un ojo y mirando hacia arriba—, si lo que buscas es entretenimiento, o reírte, te sugiero que vayas a hablar con Jar Jar.

—¿Quién? ¿La patética forma de vida?

Lee-Ahn le dio un codazo como pudo a Obi-Wan, y este comenzó a reír.

—¡Tusa escucha! ¡Misa no tá sordo! —gritó Jar Jar, provocando la risa de Ki-Ond.

Entonces Anakin hizo algo que dejó a todos asombrados. Estaba tan absorto pensando en Amidala, y su conexión con la Fuerza era tan enorme que sin querer, casi por arte de magia, frente a él apareció una imagen casi holográfica de la Reina de Naboo. Era perfecta, casi no le faltaba ningún detalle… Incluso la mirada de la joven Reina era casi real.

Ki-Ond se quedó sin aliento, y contempló la imagen unos instantes. Luego se volvió hacia Obi-Wan y Lee-Ahn.

—¿Cómo… cómo ha hecho eso? —preguntó.

Los dos Caballeros Jedi estaban mudos de asombro. Ni siquiera ellos conocían la respuesta. Quizá Yoda, o quizá Mace Windu… Pero la verdad es que ellos nunca habían visto algo semejante.

Cuando Anakin abrió los ojos a causa del ruido y vio la imagen que había creado, se quedó petrificado. Segundos después, ésta se disipó en el aire, al haber perdido Anakin la concentración. El joven miró a cada uno de los presentes de uno en uno, finalmente reposando en Obi-Wan.

—¿Alguien me puede decir cómo demonios he hecho eso? —preguntó en voz alta.

—¡Annie, tusa cabeza rara! ¡Misa no entiende!

Lee-Ahn iba a abrir la boca cuando de repente, sintió algo extraño. Fue un escalofrío que le recorrió toda la espalda, una especie de impulso nervioso hacia el cerebro que la hizo ponerse de pie de un salto. Instintivamente, se llevó una mano hacia el sable de luz.

—¿Qué es este frío que inunda toda la sala? —preguntó Ki-Ond, quien también se había incorporado junto a los demás.

—¿Frío? ¡Misa no frío! ¡Tusa enfermo! —Jar Jar siguió hablando, pero Obi-Wan le hizo un gesto para que se callara.

—El Lord del Sith —dijo finalmente, mirando a los demás—. El momento ha llegado.

Anakin cerró los ojos, intentando averiguar dónde se encontraba el Ser Oscuro del Sith.

—El hangar principal… —murmuró con los ojos entreabiertos, y todos corrieron hacia allí, sables de luz en mano.

Jar Jar se quedó horrorizado, sin saber a dónde ir.

—¡¡Oh!! ¡Misa va morir! ¡¡Todos moriremos qui!! —gritó, y corrió al Salón del Trono para alertar a la Reina.



Anduvieron lentamente, con ojo avizor. El hangar principal, que antes rebosaba de actividad, ahora se encontraba misteriosamente vacío. Todo producía una enorme sensación de incomodidad. ¿Podría Anakin haberse equivocado? Pero no, de todos ellos él era el que menos probabilidades tenía de cometer un error. Tan sólo le hacía falta entrenamiento.

Caminaban en silencio, Obi-Wan y Lee-Ahn delante, seguidos por sus Padawan. Tan sólo se oía el sonido de sus pasos y el de su respiración. Se detuvieron en medio del hangar, ateniéndose a cualquier cosa.

—Anakin, Ki-Ond —dijo Obi-Wan a media voz. Los dos aprendices desviaron la vista hacia él—. Si creéis en algún momento que no sois capaces de aguantar, salid inmediatamente de aquí. No estoy dispuesto a que ninguna de vuestras vidas corra peligro. —Al decir eso, también miró a Lee-Ahn.

Ki-Ond no dijo nada, pero era obvio que lo entendía. Anakin miró a Lee-Ahn como si le estuviera rogando, pero ella le negó con la cabeza. Lee-Ahn tampoco estaba dispuesta a sufrir otra muerte.

—¿De verdad creéis que este es un buen momento para dar lecciones de última hora?

Todos se volvieron hacia la extraña voz. Ante ellos, se encontraba un hombre de mediana estatura, oculto tras un manto negro con capucha. No se le podía ver nada, ni siquiera la cara. Pero Lee-Ahn supo que el extraño estaba sonriendo.

Anakin sacó su sable de luz, pero Lee-Ahn le ordenó que no lo accionase con un gesto con la mano, sin ni siquiera mirarle. //Todavía no//.

—¿Quién eres? —preguntó Obi-Wan.

—¿Quién soy? ¿O qué es lo que soy? —su voz, ronca y desprovista de acento, estaba llena de sarcasmo—. Mi nombre, joven Jedi… es Darth Sidious.

—¡¿Y qué es lo que quiere?! —preguntó Anakin, cuya voz sonó a algo parecido a una amenaza. Obi-Wan dio un paso hacia delante.

—Creo que eso está bastante claro, jovencito… ¿Acaso Obi-Wan no te ha enseñado lo suficiente?… Mi objetivo es acabar con la Orden Jedi, y sé de la existencia de unos documentos que poseéis y que me darían la clave para conseguirlo… —su voz se tornó lúgubre—. Y si para ello tengo que acabar con vosotros… que así sea.

Sidious sacó un sable de luz y lo activo. Un conocido tono rojizo salió de su emisor.

«Un Jedi sólo actúa en defensa propia…’, se dijo Lee-Ahn. ‘Y si esto no es defensa propia, al cuerno con el Código Jedi». Entonces activó su sable de luz color púrpura.

—Las cosas… se piden por favor —dijo Anakin, activando el suyo, de color azul, así como Obi-Wan y Ki-Ond.

Darth Sidious comenzó a reír. Fue una risa grotesca, que provocó en Lee-Ahn una honda sensación de desagrado.

—¿Cuatro contra uno? —dijo el Lord del Sith—. ¡Qué falta de respeto!… No intentéis subestimarme…

A sus espaldas, una puerta se abrió, y tras ella aparecieron una especie de droides de combate con forma humana. Sin embargo, eran tan sólo unas máquinas.

Obi-Wan les hizo a Ki-Ond y Anakin una indicación con la cabeza para que se ocuparan de ellos. Los jóvenes obedecieron, y en ese instante se comenzó a oír el ruido de los sables de luz al chocar, las chispas… y otra vez el olor a quemado que Lee-Ahn había llegado a odiar.

Se volvió hacia Sidious, el cual les miraba expectante.

—Según tengo entendido, antes erais tres… ¿Qué ocurrió con el tercero? —su risa volvió a resonar por toda la sala, una risa llena de crueldad y satisfacción al hablar de la muerte de Qui-Gon.

Lee-Ahn sintió de improviso un brote de rabia que emergía hacia el exterior, pero luchó para evitarlo. No, ella nunca caería en el Lado Oscuro. Pero fue la primera en abalanzarse contra el Sith.

«Adelante. Bloquea. Busca su punto débil. Intenta averiguar su próximo movimiento. Evita que él consiga adivinar el tuyo. Un paso hacia delante. Bloquea de nuevo…».

Lee-Ahn siempre se repetía lo mismo mientras luchaba, para no perder la concentración.

Pero sin embargo no pudo contener su asombro. El Sith, que aún permanecía con el manto negro sobre sus hombros, debía de tener el doble de años que ella y sin embargo luchaba con una facilidad y energía increíbles. Poseía la agilidad de un joven.

Le resultó imposible verle la cara. La capucha parecía no caérsele de la cabeza, lo que impedía la visión de su rostro. Apenas se distinguía el atisbo de una boca.

Obi-Wan intentaba no perder la calma. Y los tres siguieron luchando a lo largo del hangar, con unos pasos tan seguidos que parecían estar coordinados.

Tras ellos, Anakin y Ki-Ond seguían eliminando droides. Lo hacían con tal rapidez que en apenas unos minutos se habían quitado de encima la mayoría de los mismos, cada uno por su lado, pero con un mismo objetivo.

Lee-Ahn intentó alcanzar a Ki-Ond a través del vínculo, pero le fue totalmente imposible. Aún no se había estabilizado del todo.

Todo era una mezcla de colores borrosos: Rojo, azul, verde, púrpura… Era la aurora boreal en la tierra.

Por unos instantes, Sidious y los Jedi se separaron. Aún no estaban cansados, pero había que considerar el terreno. El Sith era demasiado poderoso. Aunque no tanto como en Anakin, la Fuerza era enormemente intensa en él. De haber sido un Jedi…

Junto a ellos se unieron los dos Padawan.

—Maestra, los droides han sido eliminados… —Lee-Ahn notaba un ligero cansancio en él, pero se estaba recobrando con gran facilidad.

//Es demasiado poderoso en la Fuerza… ¿cómo hace para aguantar tanto?// preguntó Anakin a través de la Fuerza.

Sidious sonrió.

—El Lado Oscuro, mi joven amigo, es la noción más poderosa de la Fuerza que existe… He oído hablar de tu poder en la misma. Ven conmigo, joven Skywalker. Juntos podremos hacer grandes cosas, como liberar a los esclavos de Tatooine… liberar a tu madre. Sucumbe al poder del Lado Oscuro. ¿Acaso nunca te has preguntado mientras eres un Jedi por qué no te dejan ir a liberar a tu madre?

La tecla correcta. Nombrarle a Anakin la condición de esclava de su madre y la posibilidad de liberarla era dar con la clave del chico, su punto débil. Despertar su rabia. Lee-Ahn percibió inseguridad y confusión en el chico, así como un inicio de furia; por un momento parecía que…

//¡¡Anakin, no le hagas caso!! ¡Si quieres cumplir tu promesa de no hacerme daño, no le prestes atención!//.

Pareció que Anakin despertaba de un estado de trance cuando miró a la Jedi. Acto seguido, volvió la vista hacia Sidious y chocó su sable de luz contra el suyo. Lee-Ahn respiró en su interior, llena de alivio. Por un instante pensó que estaban a punto de perderle, de que Anakin abriría la puerta hacia el Lado Oscuro.

A sus espaldas, algunos droides de combate entraron en el hangar. Lee-Ahn y Anakin se volvieron corriendo hacia ellos, dejando solos a Obi-Wan y Ki-Ond con Darth Sidious. Mientras Anakin se ocupaba de los pocos droides que habían conseguido entrar, Lee-Ahn pulsó la clave universal en las compuertas que darían al hangar, y estas se cerraron inmediatamente.

—Gracias, Lee-Ahn.

Ella se volvió hacia el joven Padawan y le lanzó una mirada de profundo afecto. Las palabras sobraron.

Entonces, sintió una especie de distorsión en la Fuerza. Se volvió hacia los demás, que estaban a una relativa distancia, y vio a Sidious abalanzarse sobre Ki-Ond. Obi-Wan corría hacia ellos, pero no iba lo suficientemente rápido. Lee-Ahn intentó llegar a su Padawan a través de su vínculo, pero era imposible…

—¡¡Ki-Ond, cuidado!!

El chico se dio la vuelta, intentó esquivar el sable de luz rojizo, pero Lee-Ahn le había avisado demasiado tarde. Sólo se pudo ver una ráfaga de color rojo ante el chico, seguido por un grito de dolor del mismo. Y entonces la perversa risa de Darth Sidious.

En ese momento llegó Obi-Wan, y el color azul se unió al rojo.

Mientras Anakin y Lee-Ahn corrían hacia ellos, Lee-Ahn tuvo una sensación de verdadera angustia. La culpa era suya, ella era la responsable. Si se hubiera estabilizado el vínculo pudiera haber evitado que Ki-Ond… De repente, una serie de imágenes le vinieron a la mente.

Ki-Ond meditaba, un día atrás. «Ha ocurrido algo. Algo a otra persona, y me siento responsable. Por culpa de la falta de algo, por culpa del… ¡Maestra Lee-Ahn, estoy dentro de tu mente!».

Dentro de su mente. Ki-Ond había visto con exactitud lo que les iba a ocurrir, y ella no supo a qué se refería. ¿Cómo no pudo haberlo previsto?

«El futuro es algo inexorable, no puedes rebelarte ante él».

Lee-Ahn se arrodilló junto a Ki-Ond, el cual abrió los ojos.

—Maestra Lee-Ahn… sólo es un rasguño. El Sith apenas consiguió rozarme. Si no me hubieras avisado hubiera sido algo fatal… —dijo en voz baja, casi en un susurro, por el dolor que sentía.

Lee-Ahn comprobó el estado de la herida en el brazo de Ki-Ond. Tenía bastante mal aspecto, pero no le ocurriría nada. Un Jedi era capaz de curarse sus propias heridas, con tiempo y meditación.

—Saldrás de esta, Padawan —le dijo a media voz—. Pero no permitiré que nos metamos más en líos.

Alzó la vista, y vio a Obi-Wan y Anakin, que estaban de nuevo frente al Lord del Sith. Los tres se cansaban progresivamente. Lee-Ahn se colocó junto a ellos, y volvió a activar su sable de luz.

—Entregadme los documentos Alderaani ahora mismo, o alguien más morirá. —Sonrió despectivamente, mirando a los Jedi de uno en uno.

—¡¡Los malditos documentos no tienen importancia!! ¡¡Todo ha sido un trampa!! —Obi-Wan y Lee-Ahn miraron boquiabiertos a Anakin, quien estaba furioso. A Lee-Ahn no le costó mucho adivinar que la causa era que el chico realmente pensaba que Ki-Ond estaba muerto.

La risa del Sith resonó por todo el hangar. Lee-Ahn quería taparse los oídos, y acabar de una vez con todo esto.

—Vamos a acabar contigo, Sidious —dijo Anakin, arrastrando las sílabas.

—¿De verdad lo creéis? No me subestiméis, os lo advierto.

El Sith, quien en ese momento estaba de espaldas a la segunda puerta del hangar, volvió a hacer uso de la sonrisa.

Anakin activó su sable de luz y se abalanzó contra Sidious, quien haciendo uso de la Fuerza, abrió las compuertas y las volvió a cerrar, desapareciendo en ese instante. El sable de Anakin chocó en ese instante con una de las puertas, en la cual se hizo un agujero a causa del láser.

Anakin contempló atónito la escena.

—¡¿Cómo demonios lo ha hecho?! ¡¡Maldita sea, cómo pudo escapárseme de las manos!! —golpeó la puerta con las manos, furioso porque el Sith les hubiera dado esquinazo.

—Annie, cálmate…

—¡¿Es que estábamos destinados a que no diese esquinazo?! —preguntó Anakin, propinándoles una mirada llena de enfado.

—Padawan, si no le hubieras contado toda la verdad sobre los documentos quizá ahora mismo no tendríamos de qué preocuparnos. Y controla tu temperamento, ahora eres un blanco más que perfecto para el Lado Oscuro.

La mirada del joven se tornó en otra llena de amargura.

—¿Qué va a hacer el Consejo Jedi conmigo cuando se entere de que el culpable de nuestra derrota he sido yo?

—Probablemente lo mismo que conmigo cuando sepan que yo soy la responsable de que Ki-Ond se encuentre herido —contestó Lee-Ahn.

Anakin la miró con una mirada de inmenso asombro.

—¿Has dicho herido?

Todos se dieron la vuelta hacia Ki-Ond, el cual hizo un intento por sonreír.

—¿Tan pronto me queríais muerto? En ese caso os hago saber que voy a durar bastante más de lo que creéis…

Obi-Wan le ayudó a levantarse, y todos salieron por la puerta del hangar.

En ese instante apareció el Canciller Palpatine, quien se acercaba a ellos corriendo.

—¿Qué ocurre aquí? ¡Su Majestad se encuentra muy preocupada por las noticias que el gungan Jar Jar nos ha traído acerca de una amenaza que se cernía sobre Naboo!

—Canciller —dijo Obi-Wan—. la verdad es que en realidad aquí no ha ocurrido nada. Y no sé si acompañar la frase con un «afortunadamente' o un 'desgraciadamente».

Lee-Ahn reconoció en silencio que Obi-Wan tenía razón.



—Nos llena de gran pesar tanto a mi como a todo el pueblo de Naboo que mañana tengáis que partir hacia Coruscant. Por segunda vez habéis salvado mi planeta de la maldad que acechaba la tranquilidad de un lugar tan tranquilo como éste. Os estaremos eternamente agradecidos —dijo Amidala lentamente pero con emoción en sus palabras. Todos los presentes (Panaka, las asistentes, Palpatine, Sio Bibble y Jar Jar) asintieron en silencio.

Apenas había sido el día anterior cuando el «duelo» con el Lord del Sith se había llegado a cabo. Al menos ahora conocían su nombre. Y tenían los documentos Alderaani a salvo en sus manos, que serían inmediatamente llevados de vuelta hacia su lugar de origen. Al día siguiente partirían hacia Coruscant, donde Lee-Ahn esperaba respuestas por parte del Consejo Jedi. Estaba más que decidida a averiguar qué se escondía detrás de todo el misterio de estos documentos.

A su lado permanecían Obi-Wan, siempre serio y sereno; Anakin, perdido en sus pensamientos pero siempre alerta; y su Padawan Ki-Ond, avispado y siempre con la mente puesta en el momento. Este último permanecía con un brazo en cabestrillo. Al fin y al cabo, aunque al joven Jedi le faltaba experiencia a la hora de curar sus propias heridas, estaba aprendiendo rápidamente. Lo que en una persona normal al principio hubiera sido riesgo suficiente como para perder un brazo ahora se había convertido en unos simples rasguños y el hueso roto. Ahora tenía relativamente poca importancia.

Lee-Ahn se volvió hacia la joven Reina, y la sonrió con un deje de sarcasmo.

—Muchas gracias… Sabé.

Sabé bajó la cabeza y apoyó una mano en su rostro, notablemente enfadada por ser descubierta continuamente por los Jedi. Si todo el mundo fuera sensible a la Fuerza, el truco del señuelo no serviría de nada.

Eirtaé, Rabé, Saché y Yané comenzaron a reír, y de entre ellas apareció Amidala, o en este caso Padmé, quien se quitó la capucha de la cabeza y miró jovialmente a los cuatro Jedi.

—Está claro que si por vosotros fuera, Sabé nunca más podría ocupar mi lugar… ¡Es imposible engañar a uno de vosotros, Jedis!

—Es Jedi… —dijo Ki-Ond casi sin pensar.

—¿Cómo?

—Es Jedi tanto para singular como para plural. No se le añade —s.

—Ya veo… En cierto modo, es lógico.

—La próxima vez que vengamos —observó Obi-Wan— le recomiendo que ocupe su lugar de Reina si no quiere que avergoncemos más a la joven Sabé.

—Apoyo la moción —confesó Sabé en voz alta, y las risas de las doncellas aumentaron de volumen.

Padmé también rió, aunque en un tono más bajo.

—Sí, me encantaría que hubiese una «próxima vez»… Pero espero que para entonces no volváis a traer los problemas con vosotros.

Obi-Wan afirmó con la cabeza, sonriendo por primera vez desde que entraron en la sala. Todos se acercaron para despedirse de los Jedi.

—Siento mucho los problemas que he causado —les dijo Palpatine—. No pretendía nada malo al pedir los documentos, tan sólo buscaba una solución para evitar que Naboo sufriese un nuevo conflicto…

—No se preocupe, Canciller —le contestó Obi-Wan—. Comprendemos su postura.

El Canciller puso so mano sobre el hombro de Anakin.

—Entonces espero que regreséis pronto. Me encantará volver a hablar contigo, joven Anakin.

—Por supuesto —sonrió el chico.

—En ese caso, yo también espero que volváis pronto, lo antes posible —dijo Padmé al oído de Lee-Ahn—. Supongo que te imaginarás la razón.

—Creo que sí —le contestó—. Le prometo que vigilaré a Anakin, y pronto lo volverá a tener cerca.

Cuando Padmé se despidió de Anakin, éste se agachó para besarla dulcemente en los labios.

Todos se quedaron mirando a la pareja. Las asistentes de Amidala, parecían haberse quedado de piedra, como si no se imaginaran que su Alteza pudiese llegar a hacer una cosa así. Lee-Ahn se apoyó en Obi-Wan, tapándose la boca con una mano para evitar reír ante la escena. Cuando los dos se separaron y se dieron cuenta de que todo el mundo les observaba, el rubor tiñó de rojo las mejillas de Padmé.

—Bueno… ¿se puede saber qué es lo que estáis mirando? —balbuceó ella en voz alta.

Todos comenzaron a reír, como si los hechos ocurridos hacía unos días nunca hubieran pasado. Así como las pesadillas de Lee-Ahn, que habían vuelto a abandonarla, y esta vez ella esperaba que por mucho tiempo. Lee-Ahn se dio cuenta que probablemente uno de los sueños de Anakin se convertiría en realidad: Él y Amidala (o Padmé, como él siempre la llamaba) se casarían algún día. Y si algún día tuvieran un hijo, Lee-Ahn esperó que le llamaran Luke en honor a ese niño que dio algo de alegría a las horribles pesadillas que ella había sufrido. Algún día se lo comentaría a ambos.

¿Se convertiría también en realidad su sueño de conseguir liberar a su madre Shmi de la esclavitud? Si lo consiguiese, Qui-Gon estaría orgulloso de él. Lee-Ahn lo sabía.

Y desde un lugar recóndito, perdido en la inmensidad de la Fuerza, de alguna manera presente en la habitación pero no visible, el Maestro Jedi Qui-Gon Jinn sonrió.



—Preparados para regresar del hiperespacio… —anunció Ric Olié, el encargado de llevar a los cuatro Jedi desde Naboo hacia Coruscant.

Los dos Padawan aparecieron corriendo en la sala de mandos, y se sentaron en sus respectivos asientos.

—¡Por fin en casa! —sonrió Ki-Ond.

En cierto modo, Lee-Ahn también estaba alegre por volver a la rutina de Coruscant. El Templo Jedi, las calles llenas de vehículos, el sol tiñendo de dorado los edificios al atardecer… Aunque sabía que no sería por mucho tiempo, pues en ese mismo instante recordó que poco antes de partir hacia Naboo había prometido a Deiné viajar hacia Kessel y aprovechar una misión para que ella pudiese visitar a su familia.

//¿Podré ir con vosotros, Maestra Lee-Ahn?// le preguntó Ki-Ond a través de la Fuerza.

En un principio Lee-Ahn se volvió perpleja hacia su Padawan, y este sonrió. Entonces comprendió que por fin su vínculo se había afianzado.

//Por supuesto que puedes, Ki-Ond. Recuerda que ahora eres mi Padawan…//.

En una parte de ese vínculo descubrió que Anakin estaba triste. Pero era obvio que todo se trataba a causa de la Reina Amidala. Hacía apenas algunas horas que la habían visto por última vez, y el joven ya la echaba de menos. Lee-Ahn sonrió en su interior.

Mientras la pequeña nave aterrizaba, Lee-Ahn pudo divisar una conocida figura que les esperaba en el exterior.

¡Era Deiné Y'Sande!

Una vez que todos se hubieron despedido del piloto Olié y bajaron de la nave, Lee-Ahn vio a su Padawan correr hacia ella, con el pelo dorado suelto que se le metía en los ojos, y al estar frente a ella la abrazó.

—¡Maestra Lee-Ahn, me alegro tanto de que hayáis vuelto! ¡No he conseguido dormir por miedo a que estuvieseis en peligro!

Lee-Ahn devolvió el abrazo a la niña, algo abrumada, pues no era propio de la reservada Deiné dar muestra de sus sentimientos de una manera tan explícita y afectiva. De veras debía de estar muy preocupada.

Cuando se apartó de ella, vio que sus ojos violáceos brillaban.

—Padawan, yo también me alegro de verte. En serio. No entiendo qué te habrá enseñado el Maestro Yoda en mi ausencia para que tu personalidad haya cambiado de esta manera, pero me agrada saber que lo ha hecho.

—Me enseñó que era importante abrirse a los demás.

—No hace falta ser Jedi para saber eso… A propósito, no sé si sabrás que tengo otro Padawan, además de ti… Deiné, este es Ki-Ond Simun.

—Te he dicho que ya nos conocíamos… —dijo Ki-Ond.

—¡Hola, Ki-Ond! —rió la pequeña Jedi, y se acercó a su amigo para abrazarle.

—Hola, Deiné, ya veo que estás bastante conten… ¡¡AY!!

Ambos se separaron, y Ki-Ond comenzó a frotarse el brazo herido, que aún no había terminado de cicatrizar.

—Lo siento… —murmuró Deiné.

—Por favor —anunció Lee-Ahn—. Os ruego que no digáis más veces esa expresión durante los próximos días… durante esta semana la he oído unas cien veces.

—Lo sh… de acuerdo, Maestra Lee-Ahn.

—¡Hola Deiné! —saludó Anakin—. ¿Te encuentras ya mejor? Es una pena que no pudieses venir con nosotros, hubieras tenido la mayor descarga de adrenalina que hayas experimentado durante toda tu vida…

Obi-Wan se acercó a ellos, y apoyó un brazo sobre el hombro de Lee-Ahn.

—Padawan, guarda tus maneras. Recuerda que ahora el Maestro Yoda te está vigilando…

Anakin se irguió de repente, y sus ojos azules brillaron con alegría. Deiné miró confundida a Lee-Ahn y Obi-Wan.

//Maestra, ¿qué ha ocurrido en Naboo?//.

//Es una historia bastante larga, pero seguro que ya te imaginas la mayor parte…// contestó, señalando ligeramente a Obi-Wan.

Deiné comenzó a reír, pero Obi-Wan no había captado la indirecta.

—Bueno, ¿qué tal si vamos a dejar nuestras cosas? —preguntó.

—¡Oh, se me olvidaba! —dijo Deiné, apoyando una mano sobre su cabeza—. Antes de venir, el Maestro Yoda me pidió que os dijera que el Consejo espera que os presentéis allí con los documentos de Alderaan.

Anakin suspiró con resignación y se adentró en el Templo Jedi, seguido de Ki-Ond y Deiné. Lee-Ahn se dio la vuelta y miró el cielo comenzar a cambiar de color. Rojo, naranja, rosado, azul… Todo estaba igual a la última vez que lo vio, la tarde anterior a su partida a Naboo. ¿Por qué ahora todo le quedaba tan lejos?

—Hogar, dulce hogar… —murmuró Lee-Ahn, volviéndose hacia Obi-Wan.

—¿Crees que será necesario nombrar ciertas partes del duelo, como que a Anakin se le escapó lo de los documentos? ¿O que te sientes responsable de la grave herida apenas perceptible en el brazo de Ki-Ond?

—Supongo que podremos pasarlo por alto… —sonrió ella, y ambos entraron en el Templo.



Los cinco Jedi caminaron por los angostos pasillos del Templo Jedi. A estas horas de la tarde apenas había bullicio por los mismos. Los Padawan debían de estar entrenando, como es de rigor. Los pocos Caballeros y Maestros que se encontraron a su paso les saludaron con educación para luego volver la cabeza hacia ellos. Seguramente debían de estar impresionados o admirados por el hecho de que Obi-Wan se haya enfrentado a dos Lores del Sith en apenas siete años saliendo con vida, cuando hacía más de mil años que la Orden Sith se creía más que eliminada.

Lee-Ahn se sentía feliz de estar de nuevo en su hogar, y por lo que sentía los demás también lo estaban. Quizá Anakin fuera el que menos, pero en el fondo sentía alivio por dejar atrás la problemática estancia en Naboo. Ésta, que en un principio se pensaba que duraría un mes o más finalmente había terminado en apenas una semana. La semana más larga en toda la vida de Lee-Ahn. Nunca antes había descubierto tantas cosas juntas en tan poco tiempo.

Cuando llegaron frente a la puerta del Alto Consejo Jedi, vacilaron un poco en entrar. Pero Obi-Wan, siempre a la cabeza, les indicó que siguieran adelante. Él siempre se había mantenido sereno en todo momento, incluso cuando se enfrentaron a Darth Sidious se mostró contrario a perder la calma y a que la perdiesen los demás. Lee-Ahn no lo estaba tanto… ¿Cómo iba a estar serena cuando por un momento pensó en la misma muerte? Aunque finalmente Sidious les dejó con un palmo de narices, como si les estuviera propinando una especie de premio.

«¿Pero qué es la muerte sino una lenta agonía?».

—Orgullosos de vosotros nos sentimos. Nos habéis fallado en cierto modo, sin embargo… —anunció el Maestro Yoda a modo de saludo.

Los Jedi se colocaron en medio de la sala y se inclinaron ante el Consejo.

—Maestro —contestó Obi-Wan—. somos conscientes de que lo que todos querían era una eliminación de Lord del Sith, pero nos supera en poder y en inteligencia. Nos fue imposible adivinar sus movimientos, con lo que no pudimos prever su estratagema de escapar tras averiguar que los documentos que nos enviasteis no eran importantes.

Yoda enarcó una ceja.

—¿Averíguolo él? ¿Cómo?

Ninguno de los Jedi se miraron los unos a los otros.

—Lo desconocemos, Maestro.

Mace Windu mostró una leve sonrisa.

—Entonces, ¿habéis traído de vuelta los documentos Alderaani?

Ki-Ond asintió y le entregó a Windu las frágiles hojas, así como se las hubo entregado a Obi-Wan y Lee-Ahn días atrás.

—¿Los vais a devolver a Alderaan? —preguntó Anakin, ignorando el gesto de su Maestro para que permaneciese callado.

—No, joven Skywalker —contestó Ki-Adi-Mundi—. Permanecerán en Coruscant, a salvo de la influencia del Lado Oscuro… Al igual que tú.

—Hemos sabido que el Sith intenta atraer a Anakin al Lado Oscuro al averiguar que es el Elegido de la Fuerza… Ahora más que nunca debemos evitar que Anakin reciba ninguna influencia por parte suya —dijo Mace Windu.

—Entiendo —murmuró Obi-Wan.

—¿Algo más debemos tratar? —preguntó Yoda dirigiéndose al resto del Consejo.

—Lee-Ahn Dylar —dijo Adi Gallia—. Sin duda deberemos hablar sobre el entrenamiento de Ki-Ond…

Lee-Ahn asintió hacia la joven Maestra Jedi, mas luego se volvió de nuevo hacia Yoda y Mace Windu.

—No sé si debo preguntarlo, pero… ¿Por qué insistió el Consejo en arriesgar nuestras vidas a causa de unos documentos que carecían totalmente de importancia?

—Falso eso es —contestó Yoda—. Que los documentos importantes no son, nunca te lo dije.

Lee-Ahn se cruzó de brazos.

—Sí, nunca se habló de la importancia de éstos, pero los he leído una y otra vez y no encuentro nada fuera de lo normal en ellos. Contiene leyes que cualquier Padawan conoce.

Yoda y Windu intercambiaron una mirada entre asombrada y extrañada.

—¿No habéis descubierto la importancia de los documentos de Alderaan?

Lee-Ahn y Obi-Wan negaron con la cabeza.

—¿Alguna vez habéis sometido a traducción mediante data-pad todo el texto? ¿Todas las hojas? ¿TODAS?

Lee-Ahn se paró un momento a reflexionar.

—Maestro, no comprendo a dónde quiere llegar. He traducido hasta la última palabra de la última hoja, el resto está en blanco…

Yoda rió con su característica risa.

—Comprendido su secreto no has.

Inmediatamente, Windu sacó un pequeño data-pad y lo pasó por encima de la parte no escrita en la última hoja. Montones de caracteres escritos en símbolos Jedi aparecieron en su pantalla. Los cinco lo miraron asombrados.

—La escritura microscópica en relieve es una tarea bastante antigua, pero siempre da resultado. El Sith debió suponer que habíamos empleado esa táctica, pero cuando Anakin le dijo que todo era una trampa desistió de su opinión —comentó Mace Windu.

Anakin les miró atónito.

—¿Cómo habéis…?

—Ver a través de ti podemos… estés aquí o no.

El Maestro Jedi les entregó la hoja con las traducciones, y Lee-Ahn lo miró por encima. Era una especie de método de urgencia, en caso de que la Orden Jedi estuviera en peligro. Revelaba los puntos débiles de la misma y qué se debía hacer en caso de extremo peligro. En manos de un Sith significaría el fin de los Jedi.

—¿Comprendes ahora su importancia, joven Lee-Ahn? —preguntó Ki-Adi-Mundi.

Lee-Ahn miró a los miembros del Consejo.

—Sí. Ahora conozco su poder.



Lee-Ahn cerró los ojos por un momento y luego sonrió llena de satisfacción. Aunque no sabía cuántas veces se había repetido la misma frase a lo largo del día, la verdad era que lo único en lo que podía pensar era «Al fin en casa». Por fin en la especie de vivienda que compartía con Deiné y que ahora debía ser acondicionada para que Ki-Ond las acompañase. Sonrió con el hecho de estar a cargo de dos adolescentes, le hacía sentirse vieja, y eso que sólo tenía veintiocho años…

Ahora estaba en el cuarto de estar de esa vivienda, junto con Obi-Wan, Anakin, Deiné y Ki-Ond. La jovialidad inundaba la habitación, no era la energía nerviosa que Anakin desprendía continuamente.

—¿Me vais a contar lo que ha pasado o es que también tengo que adivinarlo?

Lee-Ahn volvió la vista hacia Deiné, que los miraba interrogativamente.

—Bueno, como método de entrenamiento no estaría mal… —comenzó Lee-Ahn a contestar, pero paró al ver la cara de Deiné.

—En realidad, no hay nada que contar —contestó Anakin—. Nos tiramos casi una semana en alerta por si el Sith aparecía, descubriendo cosas que nunca pensé que podría averiguar; y de repente Darth Sidious aparece y nos deja plantados, literalmente, por culpa mía.

—Obraste como pensaste que sería más correcto, Padawan —le indicó Obi-Wan—. Nadie te está juzgando por ello.

Anakin asintió y sonrió a su Maestro.

—¿Puedo preguntar que tipo de cosas descubristeis? —insistió Deiné.

Todos se miraron, intentando fijar un punto por el que empezar.

—Lo primero y más importante —comentó Anakin—, es que Qui-Gon fue mi misterioso padre.

Deiné abrió los ojos como platos.

—¿Qué Qui-Gon Jinn fue tu QUÉ?

Lee-Ahn suspiró.

—Es una historia muy larga, pero todo llegará a su tiempo.

En ese instante Obi-Wan miró a Lee-Ahn, reconociendo una frase que su Maestro les decía continuamente. Deiné calló, expectante.

—Respecto a los documentos de Alderaan, tú sabes mejor que nosotros su historia, puesto que permanecías aquí en Coruscant cuando se dio la orden de llevarlos a Naboo —señaló Obi-Wan. Deiné asintió.

—Eso es cierto —dijo Ki-Ond—. Hablé con ella el día anterior de mi partida a Alderaan con la Maestra Gallia para decirle que iba a ver a la Maestra Lee-Ahn…

—Me extraña que no me contases nada al respecto, Padawan —dijo Lee-Ahn.

Ki-Ond le dirigió una mirada extrañada, pero no dijo nada.

—Otra cosa bastante interesante —le dijo Lee-Ahn a Deiné— es la extraña conducta del Canciller Palpatine…

—¡¿El Canciller Supremo del Senado?! —preguntó Deiné, asombrada.

—He de comentar una cosa —anunció Ki-Ond, y todos volvieron la vista hacia él—. Durante estos últimos días he estado atando cabos sobre él… ¿No os dais cuenta de lo extraño que es que Palpatine nos encontrara tan pronto después del enfrentamiento con Sidious? ¿No podrían estar Palpatine y Sidious compinchados, o que Sidious ejerciese de alguna manera una influencia sobre el Canciller?

—¡Eso es totalmente estúpido! —dijo Anakin, pero inmediatamente bajó la voz—. El mismo Palpatine reconoció que actuó por ambición, por intentar arreglar las cosas a su manera… ¿Cómo va a estar de acuerdo con un Lord del Sith?

—Sí, bueno… —dijo Ki-Ond, enrojeciendo levemente—. Supongo que tienes razón, nunca lo había pensado de esa manera.

—De todas maneras —señaló Obi-Wan—. tener en cuenta las dos posturas de la historia nos conviene, aunque la de Ki-Ond sea algo descabellada…

Todos asintieron, tomando más en cuenta la opinión de Anakin. Aunque en su interior, Lee-Ahn se preguntó qué parte de razón tendría Ki-Ond en todo esto.



Horas más tarde, mientras los chicos permanecían dentro del Templo Jedi dialogando sobre la estancia en Naboo, Lee-Ahn decidió dejarles solos y subir hacia la gran terraza con la que finalizaba una de las cuatro torres que componían el Templo. Años antes, en ese mismo lugar Obi-Wan y Lee-Ahn habían dado su opinión respecto al entrenamiento de Anakin. Mientras que Obi-Wan decía que el chico era demasiado viejo y que el Consejo no apoyaría a Qui-Gon, Lee-Ahn creía que valía la pena arriesgarse por un chico cuyo sueño era convertirse en un Caballero Jedi. Además, lo más probable era que ciertamente Annie fuese el Elegido de la Fuerza…

«Demasiado a Qui-Gon te pareces tú. Bueno o malo, no sé lo que eso puede ser» le dijo Yoda una vez. Y Lee-Ahn estaba de acuerdo pues, aunque quería obedecer el Código Jedi a toda costa; algo en su interior, lo que aprendió de Qui-Gon durante su niñez a

veces se revolvía en contra de las leyes establecidas. Aunque, nadie puede estar de acuerdo con todo siempre…

Pero eso había ocurrido hace mucho.

—¿Recordando los buenos tiempos?

Lee-Ahn ya había percibido la presencia de Obi-Wan, pero no se había dado la vuelta. Espero a que éste se colocase a su lado, y ambos se sonrieron.

—La vida en Coruscant está en continuo movimiento. Todo el día. A todas horas. Es algo inexplicable, algo que no ocurre en todos los planetas… —comentó Lee-Ahn despreocupadamente.

—¿El qué? ¿El hecho de que a estas horas de la noche aún siga el tráfico atascado?

El Jedi comenzó a reír, y cuando se volvió a mirarla, sus ojos verdes relucían bajo la acción de la fulgurante luna.

—Obi, sé que no querrás hablar de esto, pero… ¿a qué crees que vino el desplante del Sith?

—¿Te refieres a por qué nos dejó cuando tuvo la oportunidad de acabar con todos nosotros?

Lee-Ahn asintió.

—Si quieres que te diga la verdad, no paro de preguntármelo desde el mismo instante en que Sidious desapareció por aquella puerta…

—Está esperando el momento adecuado. El momento de echarse sobre nosotros cual fiera sobre su presa.

—Simplemente nos está dejando tiempo. Nos lo está regalando. —Obi-Wan sacudió la cabeza, empeñado en no creer sus propias palabras.

—No es tan sólo eso… Está esperando a que el mal termine de renacer.

Los dos se miraron, tremendamente preocupados. El renacer del mal…

—El futuro ha de aceptarse tal y como viene. Luego se ha de estar preparado para enfrentarse a él.

A Lee-Ahn no le costó mucho saber quién era el autor de la voz que resonaba a sus espaldas. Pero cuando vio a Obi-Wan volverse, y contempló su rostro tornarse lívido, supo con certeza quién estaba detrás de ellos.

El brillo azulado que ahora envolvía a Qui-Gon Jinn desprendía una tenue luz que acariciaba los rostros de los dos jóvenes Caballeros Jedi. Los ojos de Obi-Wan se llenaron de lágrimas, y se agarró al brazo de Lee-Ahn, buscando apoyo.

—No… no puede ser… —balbuceó casi ininteligiblemente, y miró interrogativamente a Lee-Ahn. Ella afirmó sonriendo, y luego se volvió a su Maestro, quien le devolvió la sonrisa. Se colocó entre los dos jóvenes, tal y como hacían antaño.

—Sé en lo que estáis pensando —dijo—. Y tenéis totalmente la razón: El futuro que se os presenta no es tan pacífico como queréis.

—Maestro… —dijo Obi-Wan, aún con la turbación en su voz—. ¿Cómo puede estar aquí, a nuestro lado, en este momento?

—Pronto lo entenderás… A Lee-Ahn no le ha costado tanto.

Lee-Ahn miró hacia un punto perdido en el infinito.

—Me gustaría cambiar el futuro…

—A todos nos gustaría, mi joven Padawan… —el Maestro Jedi hizo a los dos volverse, y les miró con un profundo gesto de ternura—. Hace algunos años os dije que aún os quedaba mucho por aprender… Ya no es así, y seréis capaces de afrontar todo lo que se os presente hasta el día en que tengáis que plantar cara a vuestro destino. Pero ahora debéis entrenar a Annie, a Ki-Ond y a Deiné… El resto se presentará por sí solo.

—Seremos pacientes —afirmó Obi-Wan, y miró a Lee-Ahn.

—Lo sé —dijo Qui-Gon—. Y yo me sentiré orgulloso de vosotros.

Todos se volvieron hacia la relativa oscuridad del infinito espacial, repleto de constelaciones y estrellas. No dijeron nada, pero no hicieron falta las palabras.

Hacía tanto tiempo que Lee-Ahn dejó Dantooine para hacerse Caballero Jedi… El tiempo transcurría de forma inexorable.

Pero ahora el mal acababa de renacer, y nadie podía prever nada bueno.

El futuro llegaría, y serían capaces de enfrentarse a él.

Enfrentarse a ellos mismos.

